



MANUAL

del Visitador

del Pobre

43
DAD AUTÓN
CIÓN GENER

136

HV43

A7

c.2

VON

ALH

136



1080022914



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

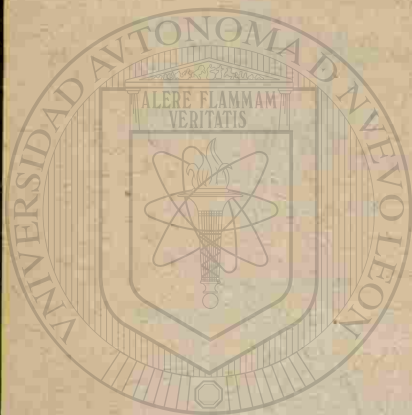
Episcopi Leonensis

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA DEL CRISTIANO

1a. SERIE

XXXII

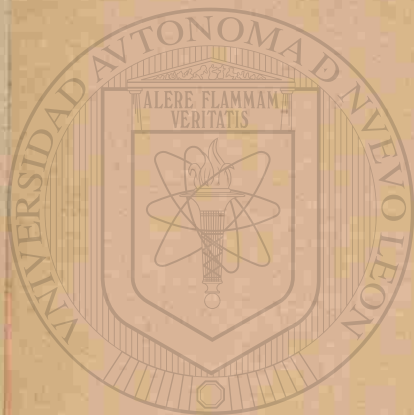
EL VISITADOR DEL POBRE.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MANUAL DEL VISITADOR DEL POBRE

PARA USO DE LAS CONFERENCIAS

DE

SAN VICENTE DE PAUL

y en general para todos
aquellos que buscan el consuelo de los pobres

escrito por

DOÑA CONCEPCION ARENAL

obra premiada

por la Academia de Ciencias Morales y Políticas.



47829®

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Tellez
Capilla Alfonso
Biblioteca UMR

HERRERO HERMANOS, EDITORES.

10. Callejón de Santa Clara núm. 10.

1902

HV43

A7

E



Queda asegurada la propiedad de
esta obra con arreglo á la ley por
Los Editores.

**FONDO EMEYERIO
VALVERDE Y TELLEZ**

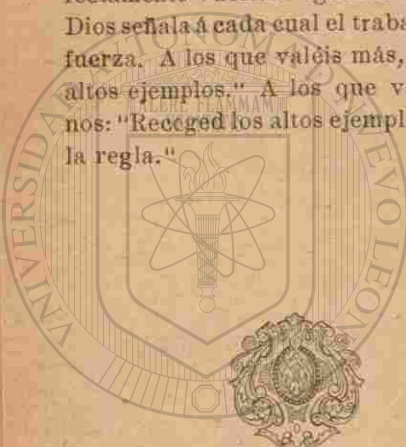
Tip. de M. Nava. 2ª de Mesones, 14.

A LAS HIJAS DE SAN VICENTE DE PAUL¹

¡Qué consuelo pronunciar estas palabras, en vez de decir: "Al lector, al público!" ¡Qué consuelo poner este libro en manos amigas, en vez de llevarle á la puerta de una tienda, como un verdadero expósito, para que los pasajeros ó no reparen en él, ó noten los unos sus defectos, los otros sus errores, y ninguno la buena voluntad de quien le escribió! Vosotros sentiréis esta buena voluntad mía, porque no sois el público, ni veréis en este libro una obra literaria. Aceptadle con el corazón, como os le ofrezco. Los defectos que tiene, son míos: si algo bueno halláis, os per-

¹ Damos este nombre, no sólo á las Hermanas de la Caridad, sino á todas las personas que procuran el consuelo de los pobres, siguiendo el sublime espíritu de San Vicente de Paul, que es el espíritu del Evangelio.

tenece. Yo no hago más que decir un poco de lo mucho que hacéis; reflejar imperfectamente vuestras ignoradas virtudes. Dios señala á cada cual el trabajo según su fuerza. A los que valéis más, dice: "Dad altos ejemplos." A los que valem menos: "Receged los altos ejemplos y formad la regla."



011733

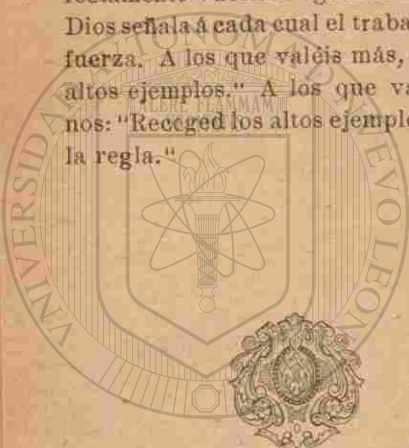
CAPITULO I.

¿QUÉ ES EL DOLOR?

Hay un enlace tan íntimo entre nuestras ideas, nuestros sentimientos y nuestras acciones; influye tanto lo que pensamos en lo que hemos de hacer, lo que hemos hecho en lo que habremos de pensar y sentir; la idea, el sentimiento, la acción se eslabonan de tal modo para formar un círculo, en que cada fenómeno es á la vez causa y efecto, que no será nunca excesivo el empeño que tengamos en rectificar nuestros errores, á fin de que una idea equivocada no nos conduzca á una acción culpable.

Será muy difícil que al visitar al pobre aliviemos su dolor, consolemos su miseria espiritual y corporal, si antes no forma-

tenece. Yo no hago más que decir un poco de lo mucho que hacéis; reflejar imperfectamente vuestras ignoradas virtudes. Dios señala á cada cual el trabajo según su fuerza. A los que valéis más, dice: "Dad altos ejemplos." A los que valem menos: "Receged los altos ejemplos y formad la regla."



011733

CAPITULO I.

¿QUÉ ES EL DOLOR?

Hay un enlace tan íntimo entre nuestras ideas, nuestros sentimientos y nuestras acciones; influye tanto lo que pensamos en lo que hemos de hacer, lo que hemos hecho en lo que habremos de pensar y sentir; la idea, el sentimiento, la acción se eslabonan de tal modo para formar un círculo, en que cada fenómeno es á la vez causa y efecto, que no será nunca excesivo el empeño que tengamos en rectificar nuestros errores, á fin de que una idea equivocada no nos conduzca á una acción culpable.

Será muy difícil que al visitar al pobre aliviemos su dolor, consolemos su miseria espiritual y corporal, si antes no forma-

mos una idea exacta de nuestra posición respectiva; si no llevamos una humildad y una tolerancia sentida y razonada; si no podemos responder con exactitud á estas tres preguntas. ¿Qué es el dolor? ¿Qué es el pobre? ¿Qué somos nosotros? Si damos á cada una de estas preguntas su verdadera respuesta; si la meditamos y nos identificamos con ella, entraremos á visitar al pobre en tal situación de espíritu, que ocuparemos siempre el lugar que nos corresponde, y haremos todo el bien que debemos hacer.

El dolor no es para las sociedades ni para los individuos un estado transitorio, una consecuencia pasajera de circunstancias especiales ó deplorables errores, sino una necesidad de nuestra naturaleza, un elemento indispensable de nuestra perfección moral. Por eso no debemos mirarle como un enemigo, sino como un amigo triste, que ha de acompañarnos en el camino de la vida.

Imaginemos, si es posible, una sociedad sin dolores, y creyendo encontrar una mansión de delicias, hallaremos un pueblo de monstruos repugnantes. El que no

recibe más que impresiones gratas, se degrada física y moralmente, se envilece sin remedio. Sin lucha, sin contrariedad, sin abnegación, sin prueba, sin sacrificio, sin dolor, en fin, no es posible moralidad ni virtud. ¿Quién cambia los groseros instintos en elevados afectos? El dolor. La amistad, que no existe sin los amargos días de prueba; el amor, que se purifica orando junto á un lecho de muerte ó sobre una tumba querida; el afecto maternal, tan sublime en sus temores y en sus penas; el heroísmo, que bajo cualquier forma que se le considere se riega con lágrimas ó con sangre; el arrepentimiento, que no existe sin la amargura de la falta; el perdón, que ha saboreado el desconsuelo de la injusticia; todo cuanto hay en el hombre, grande, puro, santo, ¿dónde tiene su origen? En el dolor. Examine-mos bien todo lo que nos interesa, nos conmueve, nos admira, nos entusiasma, y hallaremos en el fondo algún dolor, algún grave dolor como su raíz necesaria.

Por el contrario, el placer, ya lo hemos dicho, enerva y degrada: es un árbol de bella flor y envenenado fruto, cuya som-

bra es mortal. El que no recibe más que sensaciones gratas, no sabe pensar ni sentir: no comprende, ni padece, ni ama; no es hombre. Su ser moral carece de un elemento esencialísimo, y despreciable y despreciado, arrastra una vida perjudicial para sí é inútil para los otros.

Hastiado y egoísta, busca el placer como la mariposa la luz en que perece: va apurando una tras otra la copa de todos los deleites y leyendo en el fondo de cada una: *vacio, degradación, ruina*. La miserable naturaleza humana no soporta impunemente la dicha sin contratiempo: el bien sin mezcla de mal, que no corrompa y degrade, no es la felicidad de la tierra, es la bienaventuranza del cielo.

No llevemos, pues, enfrente del dolor, una impaciencia hostil, ni la idea de combatirlo, sino la de consolarle, utilizándole para la perfección moral de quien le sufre y de quien le consuela.

El dolor es el gran maestro de la humanidad. ¡Qué lección tan sublime encierra á veces una lágrima que vertemos ó que enjugamos!

El dolor espiritualiza al hombre más

grosero, torna grave al más pueril, le aleja de las cosas de la tierra, y parece que le hace menos indigno de comunicar con Dios.

El dolor levanta al caído, abate al fuerte, confunde al sabio, inspira al ignorante, y establece un lazo de amor entre los que se aborrecían.

El dolor purifica lo que está manchado, santifica lo que es bueno y diviniza lo que es santo. Acostumbrémonos, pues, á mirarle como un poderoso auxiliar, que Dios nos envía para la perfección del hombre; como el solo cauterio que puede poner coto á la gangrena de la corrupción humana.

Pero ¿cómo esta corrupción es tan grande, si el remedio se ve por todas partes con profusión lastimosa? El dolor enseña, purifica y eleva: donde quiera que volvamos los ojos, vemos dolores sin número: ¿cómo, pues, no poseemos todos la verdadera ciencia y somos puros y grandes? ¡Ah! Porque el dolor sin compasión, en vez de moralizar, deprava; y no es un elemento de moralidad sino á condición de ser compadecido y consolado. Hijo

misero de la tierra, sólo enlazado con la caridad que viene del cielo, produce el arrepentimiento y el heroísmo, las lágrimas santas de la gratitud y las de la compasión, que caen como un divino bálsamo sobre las heridas de la humanidad culpable y afligida.

Hemos dicho que en el fondo de todo lo que nos admira y conmueve, hay siempre un gran dolor; ahora debemos añadir que el dolor, origen de las más grandes virtudes, suele serlo también de los más horribles crímenes. ¿Cómo así? Porque le abandonamos a sí mismo, porque le depravamos en el aislamiento, porque le endurecemos con nuestro egoísmo, porque le irritamos con nuestra alegría, y habiéndole recibido de Dios como un medio de perfección, con manos sacrílegas le convertimos en un instrumento de muerte.

Mirad aquellos dos hombres atribulados por el dolor físico ó por el dolor moral: los dos han sido maltratados por la fortuna, ó probados por la Providencia. Al uno, desde niño se le trató con dureza; nunca tuvo una mano que enjugase su llanto, un corazón que fuera el eco de sus

penas, una inteligencia que despertara la suya y la elevara á Dios. Todas sus facultades amantes se han embotado por falta de ejercicio; todos sus perversos instintos han adquirido una actividad febril: ha empezado por aborrecer á los que eran duros con él, y ha concluido por aborrecernos á todos. La dureza de los otros le ha petrificado; no hay en él ni gratitud ni compasión. Si queréis hacerle bien, os insulta; si hablarle de Dios, blasfema. El otro tuvo quien le compadeciera y lo exhortara á sufrir con paciencia por amor de Jesús, que tanto sufrió por él. Su dolor, siempre consolado, ha hecho nacer en él una resignación dulcísima. Sin apego á las cosas de la tierra, donde tanto padece, parece no estar en ella sino para dar un sublime ejemplo; y fija la vista en el cielo, bendice sus sufrimientos, y ama con amor y gratitud infinita al que le lleva consuelo.

Estas dos criaturas tan diferentes habían nacido iguales: el dolor abandonado hizo del uno un monstruo; el dolor compadecido hizo un ángel del otro. Sin duda que el hombre puede y debe ser bue-

no en todas las circunstancias de la vida; pero la humanidad es débil, fuerte la propensión al mal, y gravísima nuestra responsabilidad si, pudiendo evitarlo, dejamos al hombre en circunstancias tales, que no pueda salvar su virtud sin heroísmo.

Penetrados de estas verdades, tengamos á la vista del dolor una compasión resignada, que nos aparte de la dureza y de la impaciencia. Miremos las desgracias como otros tantos medios de perfección para el que las sufre y para el que las consuela; pensemos con cuánta frecuencia se invierten en la vida los papeles de consolador y consolado; repitámonos una y mil veces que el dolor compadecido purifica, y abandonado, deprava.

CAPÍTULO II.

¿QUÉ SOMOS NOSOTROS?

Si no llevamos al visitar al pobre un espíritu de humildad razonada y sentida, nuestro orgullo se notará sin que nosotros lo notemos. No hemos de tener el aire de un gran señor que consiente en descender de su esfera, ni del justo que tolera los defectos del pecador, sino de un hermano colocado por la Providencia en situación más ventajosa, que se aflige de que su hermano no pueda participar de ella, y quiere prestarle auxilio y consuelo.

Entremos dentro de nosotros mismos antes de entrar en casa del pobre, y preguntémosnos: ¿Qué somos? ¿Qué hemos hecho para merecer nuestra posición, nuestras riquezas, nuestros honores? ¿Qué hemos hecho para evitar las desgracias ó

los extravíos que deploramos en otros? ¿Qué noble empleo hemos dado á nuestra inteligencia, á nuestra riqueza, á nuestro poder? ¿En qué grandes luchas ha triunfado nuestra virtud? ¿Qué grandes sacrificios hemos hecho por los que acusamos? ¿Qué sublimes ejemplos hemos dado á los que intentamos corregir? ¿Qué mérito hay de nuestra parte en no caer en faltas de que no podemos tener ni la tentación siquiera? Si esto nos preguntamos en el silencio de nuestras pasiones acalladas, si á esto respondemos en la sinceridad de nuestra conciencia, ¿quién de nosotros se atreverá á levantar la mano para arrojar la piedra de su desdén y de su cólera sobre los míseros, que Dios no colocó tan abajo sino para que los levantásemos? ¿Quién tan desvanecido por la felicidad que crea merecerla?

Todas las circunstancias que á nuestro parecer nos elevan sobre el pobre, son puramente accidentales. Nuestra fortuna constituye nuestro mérito, y rara vez podemos reclamar otro que el empleo que hagamos de sus dones. ¿Y quien de nosotros se atreverá á reclamarle? ¿Quién

hay tan ciego que se atreva á decir á Dios ni á los hombres: "Yo hice todo el bien que podía hacer, yo evité todo el mal que estaba en mi mano evitar?" ¿Quién hay que no sea justiciable de algunas de estas dos grandes faltas: hacer verter lágrimas, ó no haberlas enjugado?

¿Qué de causas atenuantes para las faltas del pobre! ¿Cuántas agravantes para las nuestras!

Desde niños aprendemos á conocer á Dios, á temerle y amarle. Nuestras facultades se educan, nuestros buenos instintos reciben expansión, siendo comprimidos los malos. Tenemos nociones exactas de lo justo y de lo injusto; á nuestros ojos aparecen el vicio en toda su fealdad, la virtud en toda su belleza. ¿Cómo, si todo tiende á elevarnos, descendemos tanto? ¿Cómo, entrando en los combates con tantos elementos de victoria, sucumbimos tantas veces? Ante el tribunal de la divina justicia, nuestra causa ha de tener más difícil defensa que la de esa gente objeto de nuestra caridad, muchas veces desdeñosa. Pensemos que la prosperidad se convierte fácilmente en ciego

orgullo; que, muy solícitos para averiguar si hemos merecido nuestra mala suerte, recibimos la buena como si nos fuera debida. Para entrar en casa del pobre con humildad de corazón y de inteligencia, investiguemos si en su lugar nos conduciríamos mejor que él, y á la vista de sus faltas, de sus vicios, tal vez de sus crímenes, dirijámonos esta pregunta: ¿Los pobres serían lo que son, si nosotros fuéramos lo que debíamos ser?

CAPÍTULO III.

¿QUÉ ES EL POBRE?

A esta pregunta no formulamos una respuesta categórica: pero rara vez deja de notarse en nuestras palabras y acciones cierto desdén hacia los que socorremos; desdén que en algunos casos es un matiz casi imperceptible: no está en lo que decimos, sino en el modo de decirlo, en la mímica, en la inflexión de la voz, en alguna cosa que se siente, y revela lo superiores que somos, en nuestro concepto, al pobre que visitamos. Bien injustos debemos parecer á los ojos de Dios, bien ridículos á los de la razón, cuando presumimos de gigantes, contando por estatura propia el pedestal en que nos colocó la fortuna.

Todos hemos formulado ú oído formular ciertos cargos contra el pobre, que constituyen la base de nuestro credo en la materia, y son el punto de partida de muchas acusaciones injustas, de muchos irrealizables intentos.

El pobre, decimos, falta á la verdad.

Es desenuado.

Es imprevisor.

Es vicioso.

Es ingrato.

Si en vez de decir el pobre, dijéramos la pobreza, seríamos más exactos y menos agresivos: porque los males que están en las cosas hacen pensar en grande medios para evitarlos, y mandan la tolerancia. Detengámanos un poco á examinar hasta qué punto es responsable el pobre de las faltas que le echamos en cara.

L.

El pobre falta á la verdad.

Un niño tiene hambre, tiene frío: sus padres no pueden darle lumbre ni pan: sale á la calle, alarga la mano, nadie re-

para en él. Dice que no tiene qué comer; todos pueden notar que está helado; pero todos pasan sin notarlo. Entonces exagera la verdad, como se esfuerza la voz para hacerse oír en medio del tumulto: dice que son seis hermanos, que sus padres están en el hospital, que no tiene padre ni madre, etc. Pasa uno, no lo cree; pasa otro, le da crédito, se mueve á compasión y le socorre. Aprende prácticamente que con la mentira alcanza lo que la verdad no consiguió. La mentira, pues, es un excelente medio, que adoptará sin escrúpulo: sus padres no se lo reprueban; á nadie hace daño con él....; miente un día, dos, un año..., mentirá toda la vida.

La mentira del pobre es una consecuencia de la dureza del rico y de su abandono. Si la desgracia tal como es sobrado triste en verdad, nos moviera á compasión, no tendría objeto el exagerarla; y si fuéramos á verla por nosotros mismos, quitaríamos al infeliz hasta la idea del engaño. Como está seguro que la mentira es lucrativa y que no se averigua la verdad, el pobre miente. En su

lugar, ¿no mentiríamos nosotros? Hipócrita ó ciego el que lo sostenga.

La mentira y el engaño en el pobre son la transformación de nuestra dureza: allí podemos estudiarla; está en relieve, deja ver toda su repugnante desnudez. Aceptemos la responsabilidad de las faltas que incitamos á cometer, y en vez de exclamar con altanería: «¡El pobre miente!» digamos con amargura: «¡Le hemos obligado á mentir!»

II.

El pobre es descuidado.

Para hablar de la miseria con acierto sería menester conocerla: para conocerla, haberla estudiado. Este estudio, ¿quién le ha hecho? Respondemos sin vacilar: «Nadie.» El actor del terrible drama no puede hacer más que sufrir; para los espectadores no hay punto de vista posible desde donde puedan juzgar con acierto. En unos el exceso de la indiferencia, en otros el de la compasión, en todos el de la distancia, no les permite formar una idea exacta.

Nosotros no sabemos lo que es la miseria; ignoramos cómo hace sufrir y sentir, cómo modifica moralmente al desdichado que inmola, y no obstante, queremos dictarle leyes, y ¡ay del pobre si no las guarda! ¿Qué diríamos del legislador que formulase un código sin conocer la historia, las costumbres, las leyes anteriores, la religión, el estado social, ni el país que habitaba el pueblo á quien debía regir? Pues ese legislador somos nosotros. Ignoramos lo que es la miseria, pero decimos al miserable: «Obra conforme á tales y tales reglas; de lo contrario, caerá sobre tí el anatema de mi desprecio y de mi abandono.»

El descuido del pobre, su dejadez, su falta de aseo, nos parecen harto culpables, y á veces disminuyen nuestra compasión, hacia él. Para tal y tal cosa, decimos, no se necesita dinero; un poco de cuidado basta. El pobre ha de ser limpio, porque lo somos nosotros, y tener el propio esmero con sus trapos, que nosotros con nuestras galas; la lógica no parece muy fuerte, pero no gastamos otra. Todos los argumentos que empleamos contra el des-

cuido del pobre, están sacados de nosotros mismos, de lo que nos agrada, nos conviene ó nos obliga. Detengámonos un momento á considerar si pueden ser unas mismas las inclinaciones y los deberes, cuando son tan diferentes las circunstancias.

La limpieza es una cosa muy artificial y por ella se mide exactamente la civilización de un pueblo. Los niños son todos sucios; no hay ninguno que no se impacienta cuando se le asea y no trate de impedirlo: como es débil, sucumbe en la lucha, el hábito triunfa de la inclinación, y acaba por hacerse limpio. En el pobre no hay esta lucha, ni puede haber este triunfo. Entre otras tristes herencias recibe la de la suciedad y el abandono, estando muy complacido entre la mugre, que nos causa náuseas, y respirando sin disgusto la atmósfera infecta, que nos parece irrespirable: el bienestar que resulta del aseo y del orden, no lo comprende, no le ha gustado jamás. Y luego, ¡qué prodigios de esmero necesita para ser limpio el que no tiene más que alguna camisa haraposa, el que necesita dormir vestido, la madre

que carece de ropa para mudar á sus hijos y de jabón y de tiempo para lavarlos! Insensiblemente se cae en el abandono, porque lo que es difícil todos los días, de hecho viene á no ser posible ninguno.

¿Qué nos sucede, á pesar de nuestros hábitos de toda la vida, cuando alguna pena grave nos aqueja? La mujer más pulcra, el hombre más elegante, ¿no descuidan el atavío de su persona? ¿No tienen la barba erizada, el cabello desordenado, el vestido descompuesto? ¿Cuándo se asean? Cuando se consuelan, ó se tranquilizan al menos. Esto nos puede hacer comprender, por analogía, que la miseria que impone privaciones á que no es posible habituarse, y lleva en pos de sí dolores renovados siempre, predispone á ese descuido que le echamos en cara, y por el cual más de una vez nos creemos autorizados para abandonarla. Seamos razonables y justos, y en vez de afirmar con acritud: "*El pobre es descuidado!*" Digamos solamente: "*Es bien difícil que la miseria no lleve en pos de sí la suciedad y el descuido!*"

III.

El pobre es imprevisor.

Si formamos una lista de los males que el pobre puede prever, y anotamos en ellos que puede evitar, ó atenuar siquiera después de haberlos previsto, nos asaltará esta duda: La imprevisión, ¿es una grave falta, ó una providencial compañera, que velando al pobre los males del porvenir, le deja disfrutar el bien presente?

El pobre no puede realizar economías. Si mantiene y educa á su familia, si coloca en la Caja de Ahorros algunas cortas cantidades para cuando le falte salud ó le falte trabajo, hace mucho, hace más que probablemente haríamos en su lugar los que le acusamos con ligereza. Si contempla su vejez, si la considera, debe aparecersele como un espectro, cuya mirada lúgubre acibará todas sus alegrías. ¿Podrá evitar que sus hijos, formando otra familia, le abandonen? ¿Que, teniendo apenas lo necesario, obedezcan al instinto que nos hace atender primero á los que

nos deben el ser, que á los que nos le han dado? ¿Podrá evitar que sus fuerzas físicas se debiliten, y que llegue un día en que nadie quiera darle un jornal? ¿Podrá evitar la especie de desdén con que se mira, cuando la pierde, al que no tiene más que la fuerza material? ¿Podrá evitar que las enfermedades, compañeras de la vejez y de la miseria, hagan amarguissimos los últimos días de su vida y apresuren su muerte? Si pensara en el porvenir, ¿podría gozar del presente, ni tener una hora de contento y alegría? Y si todo esto es cierto, debemos acusar al pobre por su imprevisión, ó bendecir á Dios que se la envía?

Es incomprensible para nosotros este olvido del porvenir, y hay una fuerte propensión á condenar lo que no se comprende. Debemos notar un hecho, cuya analogía podrá ayudarnos á disculpar la imprevisión del pobre. Si un hombre inmortal viniera á vivir entre nosotros; si viera cómo amamos la vida, cómo tememos la muerte, ¿comprendería nuestro contentamiento, sabiendo que son tan contados los días que hemos de vivir sobre la

tierra? Cada uno que pasa nos acerca á la tumba; pasa la niñez y la juventud, somos viejos: la muerte, esa muerte tan temida, está allí á dos pasos; y ó no la miramos, ó no la vemos, y seguimos alegremente nuestro viaje, como si ignorásemos lo que hay al fin de él. Los pobres no piensan en la vejez. Y nosotros, ¿pensamos en la muerte?

Además: para que la previsión del pobre dé resultado, debe ir acompañada de una serie no interrumpida de privaciones, y al exigírselas, tal vez no hemos calculado bien la fuerza que necesitan, ni si lo que pedimos se halla muy en armonía con la naturaleza humana. He aquí una materia en que no es fácil que juzguemos con acierto, porque no podemos tener experiencia propia. No sabemos lo difícil que es quedarse con hambre todos los días de una semana, de un mes, de un año, para no carecer enteramente de pan al año, al mes, al día siguiente; no sabemos lo que es estar materializados por las ocupaciones y los hábitos de toda la vida, y renunciar al hecho de un goce material presente, por la idea de evitar un

mal futuro; no nos hacemos cargo de que el hombre es antes que todo débil y paciente, con más aptitud para sufrir los males, que para evitarlos, y que por cada mil que resistan el dolor, apenas habrá uno que resista á la tentación.

Si consideramos bien todas estas cosas, seremos más indulgentes con el pobre, comprendiendo que no es muy fácil que se prive de los goces materiales el que no conoce otros, y cuán difícil es que reserve cada día una parte del jornal, que íntegro no basta para satisfacer sus necesidades.

Sus necesidades..., entendámoslo bien, porque los pobres están siempre con hambre; y no se entienda que hablamos de los mendigos, sino de los que pueden trabajar, y trabajan. Notemos, si no, que cuando la casualidad ó la compasión, en un día solemne, dan al pobre todo lo que quiere comer, come cuatro, seis, ocho veces más de la cantidad que constituye su comida ordinaria. Seamos muy circunspectos antes de dirigir al pobre un nuevo cargo, y en vez de acusarle de imprevisor, pensemos que la previsión en él es en muchos casos de una utilidad harto problemática, y es en todos difícilísima.

IV.

El pobre es vicioso.

El hombre es vicioso en general: los vicios del pobre son más groseros, están más visibles, y sus consecuencias, si no más fatales, son más ostensibles; por eso se le dirigen cargos más severos. Seguramente el vicio es odioso, donde quiera que esté; pero suele ser más disculpable allí donde parece más repugnante.

El vicio viene de la preponderancia de la materia sobre el espíritu. ¿Y qué hacemos para espiritualizar al pobre, para hacer penetrar la luz de la religión y de la ciencia, la verdad bajo todas sus formas, á través de esa ruda corteza, que cubre sus más nobles facultades? ¿Qué hacemos para arrancarle de la taberna, del gerito, de la orgía? ¿Por qué la ley da tutor al niño, al joven? ¿Es tal vez porque su cuerpo es débil? No, es porque es débil su razón. La del pobre lo es siempre; es menor toda la vida, y menor sin que haya nadie que se encargue de su tutela.

De niño, de joven, ni de adulto, ¿quién le enseña grandes verdades, ni le inspira elevadas ideas? ¿Quién vigila sus juegos ni sus diversiones, para que la necesidad de descanso no se convierta en fuente de corrupción? ¡El descanso del pobre! He aquí su más terrible enemigo. Tras de una semana de trabajo y de privaciones, el sábado por la noche no le preocupa la idea de madrugar al día siguiente, y tiene dinero. ¡Qué tentación! Allí está la taberna, donde entran sus amigos á gozar los únicos goces que él comprende. Primero se bebe, se habla y se ríe; después se jura, se blasfema, se riñe; luego.... Dios perdona al pobre que peca, y al rico que no procura apartarle del pecado.

¿Cuántos vicios se evitarían, cuántos crímenes, nada más que con pagar al jornalero el lunes antes de entrar á trabajar, en vez del sábado cuando deja el trabajo! ¿Cuánto podría moralizarse al pobre, ocupándose en su día de fiesta tan fatal para él, y haciendo que le distribuyese entre sus deberes de cristiano y sus entretenimientos de hombre racional! ¡El pobre, como los niños, se divierte con tan poco!

Nosotros, al visitarle, no podemos evitar este abandono; pero debemos tenerle presente, para ser tolerantes con los vicios del pobre, que tiene menos elementos que nosotros para resistir á ellos.

La embriaguez, ó cuando menos el abuso de los vinos y licores, es una de las causas, la más poderosa tal vez, de los extravíos del pobre. Vemos ó sabemos, que el que no tiene pan para el día, emplea los pocos maravedises de que dispone, en el aguardiente de por la mañana. Esto nos indigna, inspirándonos acaso la idea de retirarle un socorro que no merece quien gasta en vicios sus pocos recursos. Reflexionemos un poco antes de condenar sin apelación.

El abuso de las bebidas espirituosas tiene su origen unas veces en la taberna, única distracción que halla el pobre, y otras en una ley fisiológica. Tengámoslo muy presente. Nosotros nos escandalizamos de que beba aguardiente el que no tiene pan, y los fisiólogos nos dicen que es una cosa natural y conforme con las leyes de nuestra organización. Las bebidas alcohólicas reaniman el cuerpo abatido

por la miseria, dan vigor á toda la economía, embotan la sensación del hambre, producen un bienestar físico y á veces moral, que el miserable no puede conseguir de otro modo. Este vigor artificialmente adquirido pasa luego, la reacción viene después, y el desdichado busca nueva fuerza en un nuevo estímulo. Este medio violento es fatal para la salud, que no tarda en resentirse: del uso se pasa al abuso; el hábito adquirido en la miseria se conserva, aun cuando se haya mejorado de posición, y la enfermedad y el vicio degradan el cuerpo y pierden el alma del que se abandona á la embriaguez.

Pero en muchos casos, no lo olvidemos, su origen está en una propensión natural, en una ley fisiológica, que nos manda reparar nuestras fuerzas ante todo, buscar alimento á la combustión que da calor á nuestros miembros, aunque á la larga el combustible haya de ser fatal.

Seamos, pues, tolerantes, muy tolerantes, con los vicios cuyo origen es una desgracia.

V.

El pobre es ingrato.

En vez de exclamar: "El pobre es ingrato!", hablaríamos con más exactitud diciendo que el hombre en general no es muy agradecido. ¿Son tan raros los ejemplos de ingratitud entre las personas bien acomodadas? Por desgracia son más fáciles de contar los que recuerdan los beneficios, que los que los olvidan.

El pobre, decimos, se acostumbra á recibir el bien que se le hace, como si se le debiera en justicia. ¿Y nosotros no creemos que se nos debe el bien que recibimos? ¿Somos muy escrupulosos para investigar si es merecido?

Hay dos razones para que el pobre nos parezca menos agradecido que lo es realmente. La primera, lo brusco de su lenguaje, la dificultad que halla en expresarse de una manera parecida á la nuestra, lo poco habituado que está á la expansión de los afectos benévolos, de que tan rara vez es objeto: también necesita

educarse la gratitud. La segunda causa es, que á veces damos el nombre de favor á la justicia, y creemos de muy buena fe que fuimos buenos y generosos, cuando realmente no hemos sido más que justos.

Sin duda, que aún reduciendo su número conforme la razón manda, quedarán entre los pobres muchos ingratos; la ingratitud nos afligirá, es natural; pero no debe producir en nosotros cólera ni desaliento. Si no hallase más que criaturas agradecidas, resignadas, prontas á enmendarse, ¿dónde estaría el mérito del visitador del pobre? Dónde su virtud? Qué premio en el cielo, qué respeto en la tierra merecería el que marchase tranquilamente por un camino, donde no hubiera abrojos ni precipicios, derramando bienes á derecha é izquierda, sin esfuerzo alguno de su parte? La ingratitud es una prueba: sufrámosla, y dichoso el que no la merezca como castigo.

Pero si ante Dios la ingratitud es un gran pecado, respecto de nosotros, ¿no debe considerarse como una gran desventura? Si hemos padecido en la vida, si una mano piadosa ha venido á consolarnos, si

hemos derramado las dulcísimas lágrimas de la gratitud, bien celestial de los tristes, lejos de irritarnos contra el ingrato, le compadeceremos, como al que le falta un miembro ó un sentido, y diremos al dejarle: «¡Infeliz! ¡tiene la desgracia de no agradecer!»

Estas reflexiones que hacemos sobre las faltas del pobre, no significan que debamos sancionarlas; por el contrario, combatámoslas sin descanso; pero debemos llevar á esta lucha calma, tolerancia, verdadero conocimiento del origen y extensión del mal que queremos remediar; en una palabra, espíritu de caridad. El pobre no se corrige por acriminar sus vicios y darle para su enmienda facilidades que no existen; al contrario, con esta conducta se le exaspera y se le desalienta. Todos tenemos conciencia y propensión á reconocer nuestras faltas; pero si se exageran, el amor propio y el espíritu de justicia toman la iniciativa, la pasión hace oír su voz, y empezando por defender nuestro derecho; concluimos por defender nuestra culpa.

Meditemos bien la parte de responsabi-

lidad que cabe al pobre en sus faltas, y aun restemos caritativamente algo, seguros de que no hay como hacerle gracia, para que él se haga justicia. Cuando tratemos del remedio, no soñemos facilidades que no existen, que conducen á exigencias absurdas é injustos cargos. Para que una cosa difícil se haga imposible, no hay como pintarla fácil.

El pobre se extravía, necesita toda su fuerza para volver al buen camino; si le pintamos su enmienda como cosa que no exige sino un leve esfuerzo, le hace, y viéndole inútil, desconfía de nosotros y de sí mismo, se desalienta y se exaspera, pensando en que le engañamos acerca de las grandes dificultades que tiene que vencer, ó que negamos justicia al mérito de haberlas vencido. Esto no lo expresa tal vez con caridad, pero lo siente, y tiene una frase conque muy á menudo formula nuestros errores: «*Los señores no saben lo que son trabajos!*»

Que nunca digan esto nuestros pobres. Procuremos, por el contrario, que el desdichado repita estas palabras como una bendición: «*¡Parece que los señores han sido pobres, según nos comprenden y nos disculpan y nos consuelan!*»

CAPITULO IV.

DE NUESTRO EXTERIOR AL VISITAR
AL POBRE.

Hay personas de elevada categoría, que casi podría decirse que se disfrazan para ir á visitar al pobre; tan modesto es el traje que para esta buena obra usan. Nunca se elogiará bastante su conducta, que debe proponerse por modelo, ya que no nos atrevamos á imponerla como deber.

Si acostumbrados al lujo, nos parece demasiado penoso vestir pobremente, busquemos siquiera para ir á visitar al pobre nuestro traje más modesto, más obscuro; negro si es posible: llevemos algunas horas esta especie de luto por los que sufren sobre la tierra. Poco cuesta abrocharse el frac, la levita, ó el gabán, para ocultar

la cadena de oro ó los botones de brillantes; poco bajarse la manga del vestido, para ocultar la rica pulsera. Estas precauciones materiales importan más que se piensa: nuestros consejos, nuestros cargos ó exhortaciones, pueden perder toda su eficacia; más todavía: un traje rico, una alhaja preciosa, puede convertirlos á los ojos del pobre en una especie de insulto.

El pobre es muy material: ya sabe que tenemos comodidades, lujo y riquezas; pero mientras no las vea, no le exasperan: por el contrario, nos agradece que en medio de la fortuna no olvidemos su desgracia, y cuando él no tiene zapatos, nos perdona que tengamos coche, si nota, cuando vamos á verle, el polvo ó el lodo en nuestro modesto vestido. ¡Hacen tan mal efecto las sortijas en la mano que se tiende al miserable, y la preciosa cartera ó el lindo tarjetero de donde se sacan unos bonos que apenas remediarán el hambre de un día, y el reloj que consultamos con impaciencia! Pero necesitamos reloj, tenemos precisión de acudir con exactitud á nuestras ocupaciones, á nuestros pa-

satiempos, á nuestros deberes; todo esto es cierto; mas el pobre, que no comprende esta necesidad cuando no puede satisfacer las suyas, si le exhortamos para que se resigne con su desnudez ó con su hambre, al ver brillar nuestras ricas superfluidades, cuyo valor exagera, es difícil que no piense: «*Con el precio de estas alhajas innecesarias podías remediar esos males para los que me pides una resignación imposible!*» Y entonces, ¿cual será la eficacia de nuestros discursos?

Todo se evita conque dejemos en casa las galas y ricos adornos, conque no llevemos á la del miserable dolorosos contrastes, que casi podrían llamarse impías profanaciones, porque la modestia de la caridad, lejos de parecer hipocresía, es un homenaje de respeto tributado al dolor. No hagamos, pues, nada para insultar materialmente al pobre, que, como hemos dicho, es muy material, y él nos perdonará nuestras prosperidades, por que no es suspicaz: no, no lo es, aunque de tal sea acusado por los que no le conocen, por los que se equivocan: no queremos decir por los que le calumnian,

porque no podemos creer que haya criaturas tan viles, que merezcan el nombre de *calumniadores de la desgracia*.

Hemos de entrar en la casa del pobre sin dar á entender que nos molestan el calor ó el frío, el viento ó la lluvia, ni nos fatiga la mucha escalera, ni ninguna otra incomodidad que sea preciso arrostrar para visitarle. Nos hemos de sentar en cualquier parte, sin reparar si podemos ó no mancharnos. Hemos de dominar la mala impresión que nos produce la falta de aseo, el respirar un aire viciado, y conducirnos en fin, de modo que parezca que estamos allí como en nuestra propia casa, sin que nada nos choque ni nos moleste. Esto importa mucho, porque hay molestias que, no comprendiendo el pobre que lo sean, las califica de exageraciones pueriles, de refinamientos hijos de la mucha riqueza y de la poca caridad. Además, para que el pobre nos ame, sin lo cual no podemos consolarle ni corregirle; para que agradezca el bien que le hacemos, para que lo sienta, es preciso que no se lo hagamos sentir, que parez

ca que lo ignoramos, y entonces lo comprenderá mejor.

Sin usar de una urbanidad exagerada y ridícula, hemos de ser muy atentos con el pobre: esto le lisonjea y le eleva á sus propios ojos, cosa muy importante, porque el origen de muchos de sus extravíos es la falta de dignidad y de aprecio de sí mismo.

Cuando nos ofrece su silla vieja, ó nos limpia el asiento, ó se duele de no tener ninguno que ofrecernos, ó nos encarga que no nos caigamos por la escalera, debemos manifestar de una manera expansiva y cordial nuestra gratitud por estas atenciones.

No hemos de limitarnos á ser atentos con el pobre que vamos á visitar; debemos saludar cortésmente á todos los de la casa que hallemos al paso, y acariciar á los niños y terejar en sus disputas, y hacérmolos propicios con alguna fruslería.

Por regla general, en la casa donde hay un pobre, hay muchos, y algunos tal vez más necesitados moral ó materialmente de nuestros auxilios, que el que vamos á visitar: si nuestra caridad no es expansi-

va y afectuosa, no lo sabremos, perdiendo la ocasión de hacer un gran bien ó evitar un mal grave. Además, nuestros pobres necesitan á veces una vigilancia, que no podremos ejercer sin auxiliares. Tal vez quieren engañarnos, y nos engañarán, si entre sus vecinos no hay alguno que pueda y quiera decirnos la verdad.

Por nuestra dulzura, por nuestra caridad expansiva, debemos establecer relaciones benévolas con todos los pobres que rodean al nuestro; debemos procurar que se forme en derredor de él una atmósfera de cariño ó de respeto, que para cualquier cosa que intentemos ha de ser un auxiliar poderoso. A veces, en esas casas en que, por una desgracia nunca bastante deplorada, se hallan reunidos el vicio, la miseria y el crimen, hallaremos á nuestro paso figuras siniestras, miradas torvas, prontas á saludarnos con una maldición: no nos desalentemos, nuestra dulzura acabará por triunfar de su aspereza; rara vez el corazón del hombre es tan duro que, tocándole con la vara mágica de la caridad, deje de brotar en él algún buen sentimiento.

Sin tener el aire de suspicaces escudriñadores, hemos de observar todo lo que hay en la habitación del pobre, porque los objetos materiales pueden servir muchas veces como indicios ó pruebas de algún hecho importante. Restos de alimentos ó bebidas, que anuncian falta de orden ó de obediencia á los preceptos médicos; una prenda de vestir, un bastón, un pañuelo, una punta de cigarro, que indican haber estado allí una persona que nos dicen que no ha ido; una baraja, un arma, un libro donde no hay quien tenga tiempo para leer ó quien sepa, mil objetos materiales, en fin, pueden ayudarnos en nuestras investigaciones. Para que éstas no pongan en guardia al pobre, debemos empezar por notar objetos indiferentes, un espejillo, una estampa, colgados en la pared; cualquier chuchería en una vieja rinconera, ó sobre una tosca mesa. Reparemos en éstas y otras cosas, no con aire de vana curiosidad, sino como quien toma interés por todo lo que rodea al que quiere consolar. Una baratija rota, que nos encargamos de mandar componer, nos pondrá en camino de hacer sin violencia observacio-

nes sobre un libro inmoral ó una lámina obscena. Hemos de conducirnos de tal modo, que el pobre no diga: «*En todo se mete*»; sino: «*En todo se ocupa*.»

CAPITULO V.

DE LAS CUALIDADES QUE DEBE TENER
EL VISITADOR DEL POBRE.

Las cualidades necesarias para visitar con fruto al pobre, se resumen todas en esta dulcísima palabra: *la caridad*; pero la caridad como la define San Pablo, la que no se ensoberbece, no es ambiciosa, no es envidiosa, no busca sus provechos, no se mueve á ira, no piensa mal, no se goza en la iniquidad, sino en la verdad; la que es paciente y benigna, la que todo lo sobrelleva, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta: la caridad que nunca fenecesce.

He aquí el divino ideal de la caridad, que han realizado los grandes santos, el modelo de perfección que debemos tener siempre á la vista, para acercarnos á él cuanto posible nos sea.

Hay pobres de quienes tenemos mucho que aprender, que nos dan el ejemplo de las más difíciles virtudes (1); otros necesitan lecciones, necesitan auxilio, para no perder el buen camino, ó socorro para volver á él. Veamos de qué medios hemos de valernos para ganar su corazón.

Dulzura.—El visitador del pobre ha de tener una inagotable dulzura; su misión es toda de paz y de amor; la violencia no le conducirá nunca á resultados ventajosos. Podrá intimidar á los que pretende corregir, podrá obligarles á que tengan la apariencia de las virtudes, impulsados por una mira interesada; pero la enmienda verdadera sólo se consigue por medio de la persuasión (2). Para que el pobre nos crea, es preciso que se persuada que le amamos, es preciso que nos ame: él más que otro alguno, atiende más que á

(1) Después de vuestra visita, dice San Vicente de Paúl, de vuelta á vuestra casa, reflexionad sobre las virtudes que hayáis reconocido en estas pobres gentes, para confundiros vosotros mismos á la vista de vuestras imperfecciones.

(2) No olvidemos que San Vicente de Paúl nos dice: "Aunque sea necesario sostenerse con firmeza para el fin que uno se propone en las buenas obras, no obstante, es preciso usar dulzura en los medios."

las razones, al que las dice (1). Nuestro grande argumento, el que debe servir de base á todas nuestras exhortaciones, es el convencimiento íntimo que tenga el pobre, de que todo lo que le decimos es animados del vehemente deseo de su bien espiritual y temporal: todo está perdido si ve nuestro amor propio ó nuestras pasiones á través de nuestra débil caridad. Aunque tengamos que ser severos con el pobre, porque así lo exija la justicia, la dureza que pueda haber en el fondo de nuestra resolución no debe llegar nunca á la forma. Debemos mostrarnos como los afligidos ejecutores de una orden severa impuesta por la necesidad, y tener muy presente que el castigo pierde toda su eficacia si se ve que la pasión anima al que le impone. El pobre á quien por incorregible retiramos nuestra limosna, ó la de la sociedad á que pertenecemos, es todavía un hermano nuestro, un hijo del Dios

(1) "Los mismos presidiarios, con quienes he vivido, no se ganan de otro modo: cuando les hablaba con severidad, todo lo echaba á perder." Esto dice San Vicente de Paúl, y en otra parte añade: "Tened toda la condescendencia que queráis, siempre que no ofendáis á Dios."

que murió por él como por nosotros, y no debemos desesperar nunca de corregirle. Hagámosle comprender que, aunque no podamos darle socorro material, estarán siempre con él nuestra buena voluntad, nuestro deseo de verle mejor y más dichoso. ¿Quién sabe si el melancólico recuerdo de este amigo desinteresado que con pena se apartó de él, porque él lo quiso, quedará en su alma como una preciosa semilla, que cualquiera circunstancia puede hacer germinar? ¿Quién sabe si el último día que nos ve es el primero que empieza á comprender lo que para él fuimos; si aprecia nuestro amor por el vacío que le deja; si este adiós hasta la eternidad le hace pensar en ella y estremecerse? Pero aunque dejemos á un pobre, no le abandonemos por eso; sin que parezca que le buscamos, procuremos encontrarle alguna vez; y si cualquiera terrible desgracia le aqueja, que nos vea á su lado. El hombre, sublime por sus aspiraciones y despreciable por sus instintos, es tal, que ni se debe confiar ni desconfiar de él nunca en absoluto.

Firmeza.—La dulzura con el pobre de-

be ir acompañada de una razonable severidad; y esto aun para conservar el prestigio que debemos tener con él, y sin el cual no le podremos corregir. La debilidad de carácter mueve á desprecio y es escarnecida por los mismos que la explotan. ¿Cuáles son los hijos insolentes y poco cariñosos? Los hijos mimados. Cuando sea necesario, debemos doblar, romper, si es preciso, la voluntad del pobre, no con la nuestra, sino con la de Dios, que haremos prevalecer con cristiana firmeza. No somos dueños, sino administradores de los bienes de todas clases que distribuimos á los pobres, y debemos llevarlos allí donde la necesidad y el mérito sean mayores. Pensemos que lo que se da indebidamente á uno se quita al que lo merecía; que la arbitrariedad en la distribución de las limosnas es un poderoso argumento contra las asociaciones caritativas, y un motivo que retrae de entrar en ellas á personas virtuosas, cuyo auxilio podría ser muy eficaz. Esta arbitrariedad sirve también de pretexto: guardémonos bien de dar al egoísmo medios de disfrazarse.

Exactitud.—La exactitud en llevar los

socorros, ¡es una cosa tan obvia, tan esencial! Es tan fácil cumplir este deber, y tan horrible olvidarle, que apenas se concibe que sea preciso hablar sobre esto á ninguna persona que voluntariamente se presenta para visitar al pobre. Hay una familia sumida en la miseria; la pobre madre no puede dar más que lágrimas á los extenuados hijos, que le piden pan, ni responder á sus ayes sino con los violentos latidos de su corazón. Se acusa la lentitud de las primeras horas de la mañana en que se espera el socorro, luego más tarde se abre la ventana, se mira, se escucha, se espía el menor ruido, se oye lo que sue-
na....., llega la noche, la puerta se cierra, ya no hay esperanza. El que debía llevar el consuelo á la desolada familia, se ha ido á sus negocios, á sus placeres, y el socorro guardado en su cartera, nada dice á su corazón ni á su conciencia! Aquellos bonos son el pan del pobre, son su legítima propiedad. Faltamos á la confianza que deposita en nosotros el que nos confió la santa misión de llevar consuelo al desdichado; cada hora, cada minuto que retardamos voluntariamente este con-

suelo, cometemos una especie de fraude, que tiene algo de sacrilego. ¿Quién será el responsable de la desesperación de aquella familia, que aguardó en vano todo el día el socorro que debíamos llevarle; de la blasfemia que formulan aquellos labios, del crimen que medita aquel corazón y tal vez consuma?... Nada nos dirán los tribunales de los hombres, ¡pero compareceremos un día ante el de Dios!

El visitador del pobre no cumple su santa misión con mandar los bonos ó cualquiera otra clase de socorro, con dejárselos á una vecina del necesitado ó quien iba á visitar, ó echarlos por debajo de su puerta: no son el principal bien que llevamos al pobre, sino, por el contrario, son en general el menor bien de los que podemos hacerle.

La exactitud en llevar los socorros materiales es tan fácil, y faltar á ella es tan repugnante, que apenas parece necesario recomendarla; pero hay otra que, sin importar menos, corre más riesgo de ser olvidada, y lo es, en efecto, muchas veces. Si nos aproximamos un poco á ser lo que debemos, muy pronto lo somos todo para

el pobre: nos confía sus secretos, nos expone sus dudas, nos pide apoyo en sus tribulaciones, y consejo en sus perplejidades. "No tengo en el mundo más que á Dios Nuestro Señor y á usted, nos dice; usted es mi madre y mi padre;" y nos convierte en agente de todos sus negocios. El memorial para que un hijo enfermo sea llevado gratis á tomar baños, otro pidiendo tal ó cual socorro, la pretensión para que una niña entre en un asilo de caridad, diligencias para buscar ocupación al que carece de ella, para reclamar un derecho, para defenderse de una inculpación calumniosa, para buscar un documento, sin el cual no se puede legítimar una unión ilícita, etcétera, etc., todo se encomienda á nuestro celo con una fe que nos obliga. Aunque no fuéramos exactos por amor de Dios y del prójimo, parece debemos serlo por delicadeza. ¡Es tan indigno burlar la confianza que en nosotros se depositó!

Si alguna vez nos olvidamos de cumplir exactamente los encargos del pobre, disimulemos la verdad sin pronunciar nunca la palabra *olvido*: ¡es tan dura de oír

para el desdichado! ¡Olvidarse de lo que á él le preocupa todos los momentos; olvidarse de lo que mortifica tanto á su hijo, de lo que podría aliviarle!..... Excusémosnos de un modo cualquiera, y procuremos reparar nuestra falta: confesársela, es causar al pobre una gran pena, producirle un cruel desengaño; es dirigir un terrible golpe á nuestro prestigio, fundado todo en la gratitud y el amor.

A veces decimos: El pobre abusa, tiene exigencias impertinentes, verdaderos caprichos de niño mimado. Dios bendiga desde el cielo, y los hombres respeten é imiten sobre la tierra, al visitador cuyos pobres tengan estas exigencias y estos caprichos; ellos quieren decir: *Es tan bueno, que la desgracia constituye para él un derecho sin límites* (1). ¡Bienaventurado el fuerte, de quien abusa el débil que padece!

Circunspección.—El visitador del pobre no sólo debe ser bueno, debe pare-

1 Acordémonos de que San Vicente de Paul no daba muestra de impaciencia, ni aun de extrañeza, cuando un oficial de castre le encargaba un ciento de agujas, y hacía con exactitud el encargo.

cer perfecto. Delante de los pobres, como delante de los niños, debemos medir nuestras palabras y hasta nuestros gestos, estar verdaderamente en escena, y como si representásemos un papel de mucha importancia, en que nada es indiferente. Nunca debemos decir nuestra opinión sobre nada, hasta conocer perfectamente la del pobre que visitamos, ni tributar grandes elogios á las virtudes que talvez finje; ni escandalizarnos altamente de los vicios que ostenta; las acciones, nuestro poderoso argumento para convencer, han de serlo también para ser convencidos, y la reserva un poderoso auxiliar, porque el pobre no es reservado. Pero esta reserva debe estar suavizada por la caridad, para que no parezca suspicacia, y haga poner en guardia al que queremos conocer: la circunspección no es la seriedad ni el silencio. Midamos, pues, nuestras palabras de modo que no haya ninguna imprudente, y si es posible, ninguna vana.

Cuando tratemos con personas de diferente sexo, seamos precavidos hasta la nimiedad, ya porque sería insensata arro-

gancia creer superfluas precauciones, que los más grandes santos juzgaron necesarias, ya porque las apariencias no puedan condenarnos nunca. Las apariencias, que son edificación ó escándalo, importan mucho á todos, pero muy particularmente á los individuos de una asociación caritativa. La falta de un particular á él sólo perjudica; la del que pertenece á un cuerpo colectivo, recae sobre la corporación, y Dios sabe el daño que puede hacer, ya por los extraviados que impide corregir, ya por los virtuosos que retrae. Además, al mundo, muy tolerante con los que le siguen, es severo en demasía con los que quieren corregirle y aun consolarle. Todas sus franquicias y privilegios llevan esta condición: *No serás mejor ni más grande que yo*. El que no la llena, puede prepararse, según los casos, á renunciar al fuero ó á quedar fuera de la ley.

Semejante conducta parece una injusticia incomprensible, muy propia para irritar á los que de ella son víctimas; y no obstante, nada les sucede que no sea muy natural, hasta cierto punto justo, y esto principalmente por tres razones.

Primera. El mundo es absoluto en sus fallos y poco perspicaz en sus observaciones. No admite más que tres tipos. Los que le siguen, á los cuales, aunque no lo diga, tiene por *muy* medianos; los que se apartan de él hacia el mal, que son *muy* malos; los que caminan por la senda del bien, que deben ser *muy* buenos: tiene una extraordinaria predilección por el superlativo: de ahí el que no deteste la maldad ni respete la bondad, sino cuando pasa ciertos límites.

Segunda. El mundo acaba por respetar lo que juzga respetable, pero regatea cuanto puede este respeto, y esto porque nuestro amor propio, el de todos, se rinde lo más tarde que puede á tributar esta especie de homenaje, que quiere decir: *Vale más que yo*.

Tercera. Los que se apartan del mundo para hacerle bien, vale más que él. Dios ha fortificado su voluntad, ó iluminado su entendimiento, con una fuerza y con una luz que no da al vulgo de las criaturas. Son elegidos. El Señor ha de pedir cuenta á cada uno según lo que le dió: ¿por qué extrañar que el mundo pi

da mucho á los que por instinto comprenden de que han recibido mas?

Sean, pues, tolerantes los mejores, que el mundo quiere impecables, y considerando que las exageradas exigencias de los pobres están disculpadas por la miserable naturaleza humana, y apoyadas en parte por la razón, lejos de irritarse, procuren llegar al elevado blanco que se les fija. Las mismas ofensas son verdaderos homenajes: de nadie se exige mucho sin confesar tácitamente que se tiene de él una alta idea.

Celo.—Nada hay en el celo que parezca obligatorio; en muchos casos puede tener apariencia de un lujo de compasión, y no obstante, es indispensable en el visitador del pobre. Colocado muchas veces entre la inercia del que necesita y la indiferencia del que puede dar, se vé precisado á importunar aquí, á rogar allá, á reprender en otra parte; á luchar con los errores, con las pasiones, con el egoismo; á olvidar tantos desengaños sufridos; á imponer silencio al amor propio; á ser, según las circunstancias, dulce, severo, insinuante, flexible, patético, jovial y gra

ve; á inventar mil ingeniosos medios de llegar al santo objeto que se propone. Por ventura, ¿podrá hacer todas estas cosas sin ese entusiasmo del bien, sin esa imaginación de la virtud, sin ese fanatismo de la caridad, que se llama celo? Seguramente que no. Si el celo nos falta, habrá en los movimientos de la caridad cierta exactitud casi mecánica; cumpliremos con el reglamento de la asociación piadosa, si pertenecemos á alguna; nadie podrá reprendernos si no Dios y nuestra conciencia. Toda ley es esencialmente negativa, sobre todo en materia de caridad. En sus artículos hallaremos lo que no debemos hacer; lo que debemos practicar sólo en nuestro corazón. Cumpliendo materialmente con lo que se nos manda, sin dar lugar á que se formule una queja razonada contra nosotros, la familia confiada á nuestro cuidado se hallará sin apoyo eficaz y sin consuelo. Los que pertenecen á una asociación caritativa deben tener cuidado de no ejecutar nada de lo que el reglamento prohíbe; pero necesitan hacer mucho de lo que no puede mandar: ningún reglamento puede ser otra cosa que

el esqueleto de la caridad. En vano quiere tomar su nombre esa virtud falta de celo, que es un río sin corriente, una flor sin aroma, una máquina sin motor.

Perseverancia.—La perseverancia es una virtud tan necesaria como difícil; llevamos la veleidad á todas las cosas, y la mayor prueba de nuestra miseria es el poder del tiempo. Nuestros dolores, nuestras alegrías, nuestra cólera, nuestra compasión, todo se gasta. El hombre de elevada razón, el más profundo filósofo, tiene una desgracia: se le hacen los más poderosos argumentos, los más lógicos; es inútil, padece cruelmente. Pasa un año; se consuela de su pena, si acaso no la olvidó. Miserable razón la del hombre, que en su mayor altura, no puede competir con el sueño de 365 noches!

El tiempo, cuya mano se posa tan suave en la frente del que goza, y tan inexorable sobre la del que sufre; el tiempo extingue ó amortigua, no la divina llama de la caridad, pero sí los fuegos fatuos que muchas veces toman su nombre. Hay gran diferencia entre impresionarse con los males de nuestros hermanos, y afligirse. Pa-

ra lo primero basta imaginación, y se necesita corazón para lo segundo. Estudiémonos bien, y si no hay en nosotros más que impresionabilidad, pidámos á Dios vocación verdadera, porque vocación y alta vocación necesita la práctica de la caridad: confiemos nuestra limosna á los que supieren distribuirla, y no vayamos á dar el mal ejemplo de nuestra deserción. La caridad, para que sea perseverante, necesita echar raíz muy profunda en nuestro corazón. Sondeémosle bien antes de entrar en una asociación caritativa: el que sale de ella por no haber llenado los deberes que impone, no deja un puesto vacío, sino una brecha por donde entran la crítica, la calumnia y el descrédito.

Si Dios nos ha elegido para instrumentos de su misericordia infinita, correspondamos dignamente á tan señalado favor, hagámonos dignos de tan sagrado depósito, acreditemos nuestra vocación con nuestra perseverancia. Sin esta virtud nada podemos, nada somos para consolar al pobre, ni para corregirle: nuestro trabajo será el del obrero que empieza muchas soboreájas e y jamcluye una. Sea-

mos circunspectos para ofrecer protección á los desvalidos. Consultemos nuestros medios materiales y nuestro corazón, siempre pequeño, antes de ofrecernos á visitar un gran número de familias. Si visitamos bien una, si la consolamos, si la corregimos, si nos identificamos con ella, si perseveramos, á pesar de todos los obstáculos que el mundo nos oponga, y de las pruebas que Dios nos envíe, no hemos hecho en vano la peregrinación de la vida. El mérito no está en halagar nuestro amor propio con la protección de un gran número de personas, sino en la perseverancia de ser útiles á unas pocas.

A veces nos desalienta la poca proporción que hay entre los escasos resultados que obtenemos y los medios que empleamos, como si Dios en la balanza de su divina justicia hubiera de arrojar nuestra buena fortuna, y no nuestra buena voluntad. Además, no somos exactos apreciadores del mal que evitamos ni del bien que hacemos. El bien y el mal van por el mundo como esos pequeños fragmentos de roca desprendidos de las altas montañas cubiertas de nieve, y que se convier-

ten en masas enormes. ¿Quién es capaz de calcular el daño que se evita al evitar una falta, el bien que se hace al contribuir á una acción buena? Por ventura, ¿el mal y el bien no dejan en el alma una especie de levadura, que hace fermentar en ella nuestros perversos instintos ó nuestras nobles facultades? Cuando obramos mal, ¿no sentimos una especie de fascinación, que nos impele á obrar peor? Cuando hacemos bien, ¿no nos sentimos mejores y más dispuestos á la virtud? Y luego, ¿quién nos ha dicho el precio de una lágrima que se enjuga? ¡Ah! ¡Si hemos sido desgraciados, debemos saber que es grande!

Humildad.—La humildad con los pobres es una virtud que nos enseñó el divino Maestro, y sin la cual no podemos corregirlos. La humildad no es más que el exterior de la caridad, la expresión de un amor sin límites, que ninguna injusticia extingue, que ningún odio altera: tengamos ese amor, y seremos humildes. No hay nada tan sublime como la humildad verdadera, que por amor de Dios se inclina ante el hombre, que compadece a:

que la maltrata, que consuela al que la injuria, que perdona de rodillas (1).

La humildad tiene un gran poder cuando se ve en aquellos en quienes no puede parecer bajeza, y por eso impresiona á los pobres cuando la observan en sus favorecedores. La soberbia en el débil es absurda, en el fuerte es vil. La soberbia humilla sin corregir; la humildad corrige sin humillar. La soberbia despierta el amor propio y nos dispone á defender nuestras faltas; la humildad habla al corazón y nos lleva á confesarlas. Cuanta más distancia ha puesto la fortuna entre el pobre y nosotros, más le impresiona nuestra humildad para con él. Hay pocos tan insensibles ó tan depravados que, por una especie de reacción, no se sientan movidos á inclinarse ante el que nunca los humilla.

Pero lo más difícil no es ser humildes con los pobres; su misma desdicha escuda nuestro amor propio: los vemos tan abajo, que no creemos que puedan alcanzarnos sus ofensas! Nuestra humildad es

(1) La humildad, dice San Vicente de Paúl, es el camino que conduce á la más alta perfección.

una forma de la compasión. Nuestros iguales, los que tienen mejor posición, nuestros compañeros ó superiores, si pertenecemos á una asociación caritativa: he aquí escollos más temibles para nuestra humildad, que la soberbia del pobre. La suspicacia del amor propio nos hará notar la frialdad del saludo en uno, el aire desdénoso del otro, la falta de franqueza en el de más allá. Nos parecerá que nuestras recomendaciones no se atienden, mientras se escuchan otras; que nuestros pobres son los menos favorecidos, siendo los más necesitados. Notaremos que nuestros talentos, nuestro mérito, nuestra buena voluntad, pasan inadvertidos, confiando al cuidado de personas menos aptas encargos que deberíamos nosotros desempeñar. Llegaremos tal vez á tener por cierto que se nos desprecia de propósito y se nos humilla á sabiendas. El amor propio, que no hay disfraz que no tome, se revestirá con la sagrada túnica de la caridad, acusando en nombre de Dios á los que nos ofenden. Guardémonos de escucharle: la acrimonia de nuestras quejas debe revelar nos su verdadero origen. Pensemos que los

otros valdrán más de lo que suponemos, y nosotros menos de lo que hemos imaginado. En corroboración de ello nos bastará recordar la exagerada idea que de su mérito tienen las más de las personas que conocemos, y cómo se ciegan acerca de sus defectos. Por ventura, ¿nosotros seremos mejores, apreciadores de nuestro propio valer? ¿Por qué razón? Pensemos también que los desdichados que queremos amparar, con serlo tanto, tienen quien los aventaje en esa terrible competencia de dolores, cuya escala parece infinita. Pensemos, en fin, que si realmente hay alguna parcialidad, debemos sufrirla humildemente por Dios, que recibirá el sacrificio del amor propio como la mejor ofrenda que podemos llevarle. Si el hombre es débil é imperfecto, ¿cómo sus obras no han de resentirse de su imperfección y de su debilidad? ¿Hay razón, hay sentido común siquiera, en exigir que en la asociación á que pertenecemos las cosas pasen como si estuviera compuesta de santos y dirigida por ángeles? Hemos de hacernos esta pregunta: ¿Es más el bien que se hace que el mal, en la asociación que

criticamos? Si la respuesta es afirmativa, las injusticias que alegamos para no pertenecer á ella ó para abandonarla, son pretexto del egoísmo, del amor propio, de la debilidad, de la soberbia, origen de tantos males.

Para mejorar la suerte de nuestro pobre necesitamos á veces recurrir al auxilio de personas cuya posición social es muy superior á la nuestra, y nos irrita la dificultad de verlas, la necesidad de esperar en una antesala, la insolencia de un lacayo, la altanería del señor. Si somos buenos cristianos, poco nos costará ofrecer á Dios estas pequeñas contrariedades; pero, aun suponiendo que nuestra virtud es débil y tibia nuestra fé, apelando sólo á la razón, debemos mirar con calma estos contratiempos, que están en la naturaleza de las cosas. ¿No arrostramos por amor del pobre la suciedad de su habitación, su fetidez, su mucho calor ó su mucho frío? Pues ¿por qué no hemos de arrostrar al lacayo del rico, y su antesala y su vanidad? ¿Por qué hemos de darle más importancia que la que se da á una cosa desagradable que hay que sufrir, ó á un obs-

táculo que hay que vencer? Si al ver los defectos del pobre decimos para excusarle: "¡Es tan pobre!" ¿por qué á vista de los del rico nó hemos de decir: "¡Es tan rico!" No hay escollos muy difíciles de evitar para los que están en lo más alto de la escala social, como para los que están en lo más bajo? En vez de irritarnos contra los poderosos, debemos gracias á Dios, que no nos ha puesto tan caídos que se abruma nuestro corazón, ni tan levantados que se desvanezca nuestra cabeza: démosle gracias porque nos ha colocado en la situación en que el entendimiento se ofusca menos y la virtud es más fácil.

Sucedará, tal vez, que la familia confiada á nuestro cuidado nada adelante en el camino de la virtud: en lugar de darla por incorregible, pensemos que acaso no hay en nosotros las dotes necesarias para corregirla; que no la inspiramos esa simpatía que, nacida del corazón, es el medio más seguro para llegar á él, y entonces debemos pedir ser relevados por otra persona más apta. Este acto de humildad, lejos de rebajarnos, nos eleva; nunca el hombre parece tan grande como cuando confiesa su pequeñez, ni para nada se necesita más fuerza que para ser humilde.

CAPÍTULO VI.

DE LA HABITACION DEL POBRE Y DE SU VESTIDO.

Sin necesidad de dinero podemos hacer mucho bien al pobre, aun materialmente. La miseria produce, entre otros males, una apatía que parece preferir los dolores al trabajo de buscarles remedio, y un abandono que la caracteriza siempre y en todas partes.

Nicholls, al hablar de la miseria en Irlanda, dice que, viendo la entrada de las pobres chozas obstruida por estiércol y toda clase de inmundicias, preguntaba á los colonos cómo no la limpiaban, y ellos le respondían: «¡Somos tan pobres!» A primera vista, la respuesta parece absurda; para barrer un poco no se necesita ser rico; pero éste «¡somos tan pobres!»

táculo que hay que vencer? Si al ver los defectos del pobre decimos para excusarle: "¡Es tan pobre!" ¿por qué á vista de los del rico nó hemos de decir: "¡Es tan rico!" No hay escollos muy difíciles de evitar para los que están en lo más alto de la escala social, como para los que están en lo más bajo? En vez de irritarnos contra los poderosos, debemos gracias á Dios, que no nos ha puesto tan caídos que se abruma nuestro corazón, ni tan levantados que se desvanezca nuestra cabeza: démosle gracias porque nos ha colocado en la situación en que el entendimiento se ofusca menos y la virtud es más fácil.

Sucedará, tal vez, que la familia confiada á nuestro cuidado nada adelante en el camino de la virtud: en lugar de darla por incorregible, pensemos que acaso no hay en nosotros las dotes necesarias para corregirla; que no la inspiramos esa simpatía que, nacida del corazón, es el medio más seguro para llegar á él, y entonces debemos pedir ser relevados por otra persona más apta. Este acto de humildad, lejos de rebajarnos, nos eleva; nunca el hombre parece tan grande como cuando confiesa su pequeñez, ni para nada se necesita más fuerza que para ser humilde.

CAPÍTULO VI.

DE LA HABITACION DEL POBRE Y DE SU VESTIDO.

Sin necesidad de dinero podemos hacer mucho bien al pobre, aun materialmente. La miseria produce, entre otros males, una apatía que parece preferir los dolores al trabajo de buscarles remedio, y un abandono que la caracteriza siempre y en todas partes.

Nicholls, al hablar de la miseria en Irlanda, dice que, viendo la entrada de las pobres chozas obstruida por estiércol y toda clase de inmundicias, preguntaba á los colonos cómo no la limpiaban, y ellos le respondían: «¡Somos tan pobres!» A primera vista, la respuesta parece absurda; para barrer un poco no se necesita ser rico; pero éste «¡somos tan pobres!»,

bien meditado, tiene su raíz profunda en el corazón humano, y explica y disculpa gran número de hechos que nuestra ligereza condena. Porque son tan pobres, se hacen sueños; porque son tan pobres se causan de luchar contra la fortuna, que los ha vencido tantas veces; porque son tan pobres, no sienten las molestias, atormentados por los dolores; porque son tan pobres, se desagradan y caen en una apatía que no es filosófico estoicismo ni cristiana resignación, sino brutal indolencia.

Preparémonos, pues, á trabajar, muchas veces sin fruto, contra el descuido del pobre, pensando que Dios recompensará nuestro buen deseo, y que á los ojos de la caridad no es nunca pequeño el bien que se hace, ni el mal que se evita.

Procuraremos mejorar las condiciones higiénicas de la habitación del pobre, cuidando mucho de hacerlo de modo que él no sospeche nunca que es nuestra comodidad, y no su bien, el móvil de semejante conducta. Si el aire está viciado, cosa muy común, podemos abrir la ventana, con un pretexto cualquiera, notando la buena vista que allí se disfruta para ob-

servar un objeto que hay enfrente, etc., etc.; y luego, como por descuido, la dejaremos abierta. Podrá ser que el pobre note una grata impresión con el aire renovado, y entonces ya no hay más que hacer; pero podrá ser que no, porque la miseria embota hasta el instinto de conservación. Entonces, ya en pie para marcharnos, debemos explicarle, del mejor modo que podamos, que el aire respirándole se vicia, se hace infecto, y si no se renueva, basta por sí solo para producir á la larga enfermedades y agravar desde luego cualquiera que se padezca: después le pedimos permiso para abrir un poco, y nos vamos, á fin de que nunca imagine que lo hemos hecho por comodidad nuestra.

Otras veces, por el contrario, hay que evitar la entrada del viento, que penetra por todas partes. Se tapan con papeles, llevados al efecto, las rendijas; se pide un poco de yeso en la obra más inmediata para cubrir unos agujeros; se pone un bramante en cruz para que sostenga el papel de una ventanilla; en donde el viento le rompía siempre; se unen algunos pe-

dazos de estera vieja ó alfombra para cubrir el frío ladrillo. etc., etc. El pobre, que nada de esto remediaba, apenas ve que ponemos manos á la obra, es otro hombre. ¡Con qué actividad nos ayuda! ¡Con qué solicitud procura que no nos marchemos, que no hagamos esfuerzos que puedan perjudicarnos! ¡Infeliz! ¡Lo que no hacía por sí, lo hace por nosotros! ¡Parece que no ama sino porque le amamos!

Muchas veces, la cama de un enfermo que debe sudar y estar sudando, se halla colocada en el sitio más expuesto al viento, ó donde se percibe más ruido, que molesta al que sufre un fuerte dolor de cabeza, etc. Ni el paciente ni los que le rodean lo echan de ver; notémoslo nosotros, y pongámoslo remedio hasta donde sea posible.

Hay pobres á quienes, por su temperamento, perjudica más habitar en parajes lóbregos y húmedos; debemos hacer todo cuanto esté en nuestra mano para que cambien de habitación, porque hay familias que se envenenan paulatinamente con el aire que respiran, y que con un pequeño auxilio podrían hallar otra vivienda que no les fuese fatal.

El aseo de la casa también nos dará que hacer: sin embargo, por regla general, nuestra visita, hecha cuando nos espera, basta para que las cosas vayan un poco más en orden. Pocas serán las familias que no traten de asear algo su habitación, para recibirnos en ella. Las hay, no obstante, y con ellas es preciso recurrir á remedios supremos. La violencia y la cólera nada consiguen: la amenaza de retirar el socorro debe economizarse mucho, dejándola para casos más graves: los medios supremos no son los medios violentos, en confirmación de lo cual citaremos un hecho.

Había una familia pobre, sumamente descuidada, y una señora que la visitaba se valió inútilmente de mil medios para que barriese la habitación. Un día entró con una escoba, y se puso á barrer. Los pobres quisieron impedirlo: fué inexorable; se acusaron, los disculpó; la representaron lo vil de la ocupación. «¿Para qué lavó Jesucristo los pies á sus discípulos, les dijo, sino para enseñarnos á prestar servicios humildes á los que son menos que nosotros?» Concluida su fae-

na, añadió «Me llevaré la escoba para otra vez.» «No, señora, no», dijeron á un tiempo la mujer y el marido, conmovidos visiblemente; y desde entonces no hubo en el barrio casa más barrida que la suya.

Si de la habitación del pobre pasamos á su vestido, serán aún más graves las dificultades que se nos presentan.

La mujer pobre que tiene cuatro ó seis hijos, es imposible que los traiga decentes, y en la imposibilidad de hacer todo lo que convendría, concluye por no hacer nada. Así el pobre adquiere desde niño el hábito de vivir en la desnudez y la inmundicia, que ni aun puede notar, aquejado por el hambre y el frío. Así, sucede con frecuencia que vestimos á una familia necesitada, y al poco tiempo la hallamos cubierta de harapos. La ropa interior no se lava, la exterior no se quita para dormir, ni se cose un rasgón, ni se echa una pieza. Es verdaderamente para desalentar.

Pero la caridad nunca se cansa y todo lo sobrelleva. Exhortemos un día y otro, y siempre sin irritarnos, pensando que

en aquel abandono hay más desgracia que culpa. Busquemos en la familia el individuo que sea menos descuidado, y con amonestaciones, ruegos y ofertas, veamos de corregirle: si le hacemos dar el primer paso, casi todo está hecho, porque se complacerá en verse más limpio, en que le distingamos, dándole la preferencia, y en ver que le consideran más en todas partes, porque sabido es cuánto influye el traje para todo. Al mismo tiempo que estímulos al que procura enmendarse, procuremos que el incorregible reciba humillaciones, sin que sospeche que hemos contribuido á ellas, y aunque nos parezca duro, consintamos en que sufra los rigores de la estación, ya que no cuida el traje que podría ponerle á cubierto de ellos, y digámosle con pesar: "Amigo mío, me duele en el alma ver á usted en este estado; pero como darle un vestido es tirarlo, y hay tantos que lo necesitan, no puedo en conciencia hacerlo." Lo suave del lenguaje y lo duro del castigo tal vez logren corregirle.

En el desorden y abandono del traje, la falta está principalmente en las muje-

res, y á ellas hay que dirigirse, apelando á sus afectos benévolos, á su amor propio, á su instinto de abnegación. Una prenda que no cuidaría por su comodidad, tal vez lo cuida porque se la hemos llevado el día de su santo ó del nuestro, encargándole que la conserve como una memoria. Acaso se anime á coser si la regalamos una linda cajita que contenga hilos, dedal y agujas. Puede que la mueva la gratitud ó el deseo de agradarnos, y que haga por nosotros lo que no haría por ella misma. Encarezcamos la belleza de sus hijos, que resaltaría sólo con lavarles la cara, y un día con aire de broma, saquemos del bolsillo un pedazo de jabón, y hagamos que se laven los niños. El que lo haga sin llorar recibirá en premio algún regalillo, y la oferta de algún otro siempre que le hallemos con las manos y la cara limpia. Tal vez baste esto para que todos se laven y la pobre madre se anime. Alentémosla de modo que comprenda que sabemos toda la dificultad y todo el valor que tienen sus esfuerzos, haciéndole ver cuán meritorios serán para con Dios y para con el mundo, porque

las personas caritativas que entran en casa del pobre, dicen como un gran elogio: *«¡La tiene tan limpia!»*

Este cuidado material del pobre puede tener consecuencias que no sean materiales.

El hombre físico y el moral están unidos de tal manera, que modificado el uno, rara vez deja de modificarse el otro. La postración del ánimo le hace ser des-cuidado con su persona, y el aseo levanta su espíritu. Si al que yace en la miseria le vistiéramos decentemente, dándole una buena habitación, veríamos que sus pensamientos se elevaban, que sus inclinaciones eran menos bajas. Por eso al corregir al pobre por su descuido, no le hacemos sólo un servicio material, sino que le ponemos en camino de ser mejor, y con la higiene de su cuerpo le preparamos la salud del alma.

CAPÍTULO VII.

¿DE QUÉ HEMOS DE HABLAR CON EL POBRE?

Esta pregunta sirve de respuesta cuando alguno nos hace presente el poco tiempo que estamos en casa del pobre, donde no pueden pasar las visitas de cumplimiento. ¿Con quién cumplimos? Dios ve su inutilidad, el pobre la siente, nuestros superiores la comprenderán por los resultados, el mundo no nos mira, nosotros mismos.... ¿Qué idea tenemos de nuestra santa misión si creemos llenarla con algunos minutos de asistencia material? ¿Cómo nuestra conciencia no nos acusa de abusar de la confianza de los que confían á nuestro celo un cargo que tan mal desempeñamos, y de estar en un puesto que otro ocuparía más dignamente?

La visita del pobre puede dividirse en cuatro clases. La que se ha llamado de

corredor, reducida á ver al pobre y darle el socorro material, sin sentarse, tal vez sin entrar en su casa, ni acabar de subir su penosa escalera.

La de *cumplimiento*, en que el visitador se sienta, está muy amable, habla algunos minutos de cosas muy indiferentes, y se va.

La de *amigo*, que se prolonga, y en que se habla de las necesidades del pobre, de sus faltas, de los medios de mejorar su conducta y su posición, y se dan consejos y consuelos.

La de *padre*, que es todo lo largo que el caso requiere, y frecuente según la necesidad; en que se ríe y se llora, se reprende ásperamente y se consuela con amor; en que se habla mucho; en que se guarda silencio ante dolores sin remedio sobre la tierra; en que se reciben íntimas confidencias; en que se manda y se prohíbe, y se amenaza y se ruega; en que hay lágrimas de arrepentimiento, de amargura, de compasión y de gratitud; en que se reciben desengaños y estímulos, quejas y bendiciones.

Ya se comprende la inutilidad de las

dos primeras visitas, que podemos hacer durante muchos años, toda la vida, sin inspirar confianza al pobre que las recibe, sin conocerle más que de vista, ni hacerle otro bien que el socorro material que le llevamos, que así aislado acaso no lo sea, y tal vez le perjudique estimulando su pereza, ó dando pábulo á su intemperancia.

Nuestra visita debe ser de padre, y si á tanto no podemos llegar, de amigo. ¿De qué hemos de hablar con el pobre? ¡Ah! ¡Si somos buenos, no faltará asunto de conversación! ¡El pobre tiene tantas cosas de que hablarnos! ¡Le sirve de tanto consuelo el que le escuchemos! ¡Nos da tanto derecho á que nos escuche, el haberle escuchado!

El pobre tiene una larga y triste historia, que cuenta prolijamente: oigámosla para dar gracias á Dios, que no nos ha enviado tan duras pruebas; para aprender á sufrir; para que nos sirvan de ejemplo la resignación, el valor, mil virtudes, secreto entre Dios y el pobre que la caridad sorprende; para conocer al que visitamos; porque quien refiere su vida, se

pinta en ella, y es casi imposible que al pintarse el pobre no se retrate.

Hay en el pobre errores que combatir, faltas que deben corregirse, propósitos de enmienda que animar, dudas que resolver, ignorancias que ilustrar, proyectos que dirigir, temores que desvanecer, y la esperanza, que debemos custodiar en su corazón tan piadosamente como la caridad en el nuestro.

Somos bien poco cristianos y bien ridículos al decir con aire de superioridad desdeñosa: "¿De qué hemos de hablar con el pobre?" A Jesucristo, que confundía á los doctores en el templo, ¿le faltaba de qué hablar con el pobre pueblo ignorante y extraviado? Nosotros, miserables criaturas, ¿tendremos que descender tanto como el divino Maestro, para enseñar algo á los que visitemos? A los ojos de la eterna sabiduría, ¿las lecciones que damos valen tanto como las que podemos recibir? A las personas de elevada inteligencia, de vasta instrucción, si tienen caridad, no les falta nunca de qué hablar con los pobres, que al cabo de una larga visita les dicen: "¡Tan pronto se marchan

ustedes!" Porque el pobre no es lo que cuentan los que no le conocen ni le consuelan. Hay pobres pervertidos, y sobre todo de escasa capacidad, que aprecian principalmente el socorro material que se les lleva; pero muchos aprecian tanto la visita, y no pocos, más que el socorro.

¿Por ventura el pobre no tiene alma para recibir con gratitud la limosna de cariño que llevamos á su corazón?

Una señora, cuyo nombre pronuncian con respeto todas las personas que conocen sus virtudes y su talento, decía presidiendo una Conferencia de San Vicente de Paúl: "Nuestro celo falta muchas veces: los medios materiales no faltan nunca: ¡Yo hubiera querido verlos agotados alguna vez para visitar sin bonos!" Y como alguna de sus hermanas replicase: "Entonces los pobres nos recibirían mal," contestó: "Eso sería prueba de que no sabíamos cumplir con nuestra obligación: si los pobres no recibían mal sin bonos, es que no los visitamos bien." En corroboración citó una Conferencia de señoras en Cataluña, que estuvo visitando sin bonos por espacio de un mes, y cuyos po-

bres recibían á las hermanas con las mismas pruebas de afecto, con el propio cariño que cuando les llevaban socorros materiales. Esto prueba que si es cierto que hay pobres que no ven más que los bonos, se hallan muchos que ven el corazón, que le comprenden, simpatizan con él y agradecen la visita más que la limosna; esto prueba que en el corazón del pobre, como en el árbol del desierto, hay un fruto de ruda corteza que encierra un licor dulcísimo, refrigerante, no sospechado por el egoísmo y que la caridad revela.

No puede faltar asunto de conversación con el pobre, que recibe como un gran consuelo nuestra visita, que nos consulta sobre todo lo que debe hacer, y nos refiere todo lo que ha hecho; tiempo y voluntad es lo que faltan generalmente. El pobre suele ser prolijo en sus relatos; á veces nos cansa y nos impacienta con sus rodeos, con sus episodios, empleando media hora en decir lo que podría muy bien referirse en cinco minutos.

Pero si interrumpimos su relato, si damos muestras de impaciencia, si no le dejamos decir todo lo que él quiere, es se-

guro que callará alguna vez cosas que nos importe saber. Además, si no le escuchamos, no nos escuchará, y luego, parece tan duro privarle del consuelo que halla en referirnos extensamente sus cuitas! ¡Tiene tan pocos que le oigan! ¡La desgracia deja un vacío tan grande en derredor del desgraciado!

Nuestras primeras conversaciones con el pobre no suelen ser muy animadas, porque tiene poca confianza, y porque no estamos familiarizados con su lenguaje ni él con el nuestro. Pero la caridad hace prodigios. ¡Qué pronto el que la tiene inspira confianza al que visita! ¡Qué pronto se comprenden, y qué especie de fusión se verifica en el lenguaje de entrambes!

Es digno de notarse cómo las personas ilustradas se acomodan al lenguaje de los pobres, adoptando uno que, sin ser bajo, esté á su alcance, y cómo los pobres pulen el suyo, y poco á poco le van elevando. Una vez llegados á este punto, y se llega pronto, falta siempre tiempo, no asunto de conversación.

La falta de tiempo es un motivo que alegamos para detenernos poco en la vi-

sita. Esta excusa podrá ser legítima en muchos casos; si deberes más imperiosos nos llaman á otra parte, no es justo que estemos en casa del pobre; pero entonces, ó limitemos nuestros cuidados á una sola familia, ó confiemos nuestra limosna al que pueda llevarla acompañada de consejos y consuelos que no tenemos tiempo para dar, porque con nuestra vista mal hecha privamos tal vez al pobre de otro visitador que le sería más útil.

Sin negar que haya personas de tal modo ocupadas, que no pueden dedicarse á visitar á los pobres, notaremos que el tiempo tiene cierta elasticidad para los que saben emplearle. Los buenos lo hallan siempre para hacer bien, y á los que no saben de qué hablar á los pobres, no es que les falten palabras, es que les falta caridad.

CAPÍTULO VIII.

DE LA CORRECCIÓN DEL POBRE
IRRELIGIOSO.

Nunca repetiremos bastante que el socorro material no es el bien mayor que podemos hacer al pobre, y que debe ser mirado por nosotros, más bien que como objeto, como medio.

Nuestro objeto, nuestro grande objeto, es inspirar al pobre sentimientos religiosos, moralizarle, dirigirle, alentarle y sostenerle, para buscar alivio á sus males, y consolarle en los que no tienen remedio.

Cuando hallemos un pobre que no cumple con sus deberes de cristiano, no nos ocurra la idea de predicarle largos sermones, de presentarle las objeciones que se han hecho contra la religión, para reba-

tirlas luego. Este medio es peligrosísimo con los pobres que discurren un poco, y á quienes damos para combatir la verdad, un arma que no tenían. Sin duda que los argumentos que combaten la religión pesan mucho menos que los que la defienden; pero arrojando con aquéllos los depravados instintos, los malos hábitos y las pasiones, la balanza podrá inclinarse del lado de la impiedad y del error. Esta circunspección es tanto más razonable, cuanto que la irreligión del pobre es práctica y no teórica, y su materialismo no es sistemático, sino brutal. No va á misa, porque no iba su padre, por que su madre no cuidó de que fuese. No se confiesa, porque cuesta trabajo revelar las propias faltas. No se enmienda, porque es más fácil satisfacer los instintos, que ponerles freno. Se burla de las cosas santas por estupidez, por insustancialidad, por hábito, por fanfarronada; tal vez por sofocar la voz de su conciencia, como canta en la obscuridad el que tiene miedo. Da malos ejemplos, pero no tiene pretensiones de formar prosélitos: no vayamos á sugerirle la terrible revelación de que

aquello mismo que él hace, hay quien lo defiende y razona, bien ó mal: no elevemos á sistema sus extravíos, que él mira sólo como un hecho.

Armémonos de todo nuestro celo, de toda nuestra dulzura y circunspección, de toda nuestra caridad, en fin, para escuchar al impío. Oigamos con aparente impasibilidad sus blasfemias y sus obscenidades; sepamos lo que hace, lo que piensa, lo que cree; escuchemos sus maldiciones sin escandalizarnos, sin reprenderle, sin alterarnos, y del mismo modo que oiríamos los desvaríos de un demente.

Después que con nuestra calma y nuestra dulzura hayamos sondeado todo aquel abismo de males, guardémonos de querer ponerles un pronto remedio. El mayor enemigo del bien es la impaciencia de hacerle (1). Es duro ver á un hombre que puede contar las ofensas que hace á Dios por las horas del día, que arruina por momentos su escasa fortuna, su débil

(1) Las obras de Dios, dice San Vicente de Paúl, se llevan á cabo poco á poco, por principios y progresivamente.

salud, y ante este espectáculo esperar una semana y un mes y un año, y guardar silencio, y devorar la impaciencia, la repugnancia, el horror, la compasión, las lágrimas, todo, para aparecer tranquilos en medio de una escena desgarradora: es duro, es cruel, pero es preciso; el que no sabe esperar, no puede corregir.

Debemos ante todo, atraernos el corazón de aquel ser extraviado; si él no nos mira como amigos, nuestras exhortaciones serán siempre inútiles: comprendámoslo bien: si no conquistamos su afecto, es imposible que salvemos su alma. Pero, ¿tiene afectos esa criatura depravada, que maldice de Dios y de los hombres, ese corazón, caverna de rencores y de iras? ¡A, sí! Por ese hombre murió en la cruz Jesucristo, y así como la huella del pecado original se percibe á través de las virtudes del justo, la luz de la redención llega hasta los infelices de que hablamos.

Más ¿por qué medios se conquista la amistad de una criatura que parece no abrigar más que odios en su corazón? El amor; he aquí el grande, el único medio: la caridad es la vara prodigiosa que hace

brotar el arrepentimiento de la áspera roca de un corazón depravado. Si no tenemos caridad de esa que no se irrita, ni se cansa, y que todo lo espera, inútil es que emprendamos la regeneración de ningún pecador; pero si esa caridad divina existe en nosotros, nada hay imposible.

Hallaremos en nuestra inteligencia, en nuestro corazón, en nuestro carácter, medios que no sospechábamos; y si, al querer elevarnos un poco sobre la naturaleza humana, nos hemos visto tan pequeños, al descender á los abismos de la culpa para salvar á un hermano, nos sentiremos grandes.

Amor, amor, siempre amor; he aquí nuestro objeto, nuestro medio, nuestra alma casi irresistible (1). El hombre pervertido suele despreciar la humildad y la dulzura del débil, porque la equivoca con el temor y la bajeza; pero el pobre no puede tener esta idea de nuestra mansedumbre. Sabe que podemos y valemos más que él, que no le necesitamos para

(1) El paraiso de la tierra, como el del cielo, dice San Vicente de Paúl, está en la caridad. El paraiso no es otra cosa que amor, unión y caridad.

nada, que de él nada podemos esperar ni temer; y la abnegación humilde, desinteresada, perseverante, la paciencia del que todo lo sufre, el celo del que todo lo intenta, es difícil que no conmuevan al pobre extraviado, y le conduzcan á preguntarse si no hay más allá de la tierra y de la vida un móvil y un premio para tantos sacrificios.

Empecemos á tratar al pobre depravado, como si prescindieramos de sus faltas, de sus errores y hasta de sus crímenes; como si nos olvidásemos de que tiene alma. Tratemos de mejorar su situación material, y hablémosle largamente de los medios de conseguirlo. Como el pecado es tan fatal para esta vida como para la otra, todos nuestros planes y nuestros proyectos para mejorar su suerte irán á estrellarse contra su mala conducta: procuremos que la vea muy en relieve. Que el médico le diga que su intemperancia se opone á su curación; que el casero al parecer inexorable, motive tal dureza en su mala conducta; que el que le niega trabajo alegue su poca exactitud y esmero para cumplir sus compromisos;

que el que podía darle una colocación ventajosa se excuse, manifestando que no puede admitir personas de tan malos antecedentes; y en fin, que el que le niega una limosna, diga: «Hay otros más acreedores.» Hagamos cuanto sea posible para que en todos los escollos donde tropiece vea escrita su culpa; para que en todos los males vea las consecuencias de sus extravíos. Pero eso lo ha de ver él, no hemos de enseñárselo nosotros: nuestro arte no consistirá en hacerle reflexiones, sino en conducirle á que él las haga. La elocuencia de todos los oradores sagrados y profanos, empleada en acusarnos, no tiene tanta fuerza como un cargo que en silencio nos dirigimos de lo íntimo de nuestra alma.

Pongamos, pues, al pobre en situación de dirigirse este cargo, sino como una falta, como un error perjudicial: nuestros primeros esfuerzos deben dirigirse á que él se diga: "Si tuviera yo mejor conducta estaría mejor." Notemos que las culpas de los pobres llevan casi siempre el castigo inmediatamente en pos de sí.

En medio de ese mundo que, como un

mar tempestuoso, lanza las olas de su severidad implacable contra el que le provoca, aparezcamos como un faro ante los ojos del pobre. Que nos vea siempre buenos, afectuosos y prontos á levantarlo, sin inquirir hasta qué punto fué culpable la caída; que vea en nosotros una buena voluntad perseverante, y que, como dice San Vicente de Paúl «nuestra mano hasta donde sea posible, esté conforme con nuestro corazón.»

A veces nuestra conducta parecerá absurda: debemos arrostrar esta apariencia, y que nos acusen de fomentar vicios dando socorros materiales á hombres viciosos, y alentar la impiedad protegiendo á hombres impíos. ¿Qué importa que nos acusen? Digamos con San Vicente de Paúl: «Nadie se pierde en el ejercicio de la caridad.» Estas acusaciones son una prueba más que tenemos que sufrir; porque ni es posible corregir al hombre extraviado é ignorante, sin hacernos amar de él, ni es posible inspirarle afecto sin hacerle bienes materiales, únicos que él comprende y puede agradecer. Cuando se quiere poner un dique á las olas, se empieza por

arrojarles, como al acaso, masas enormes: llegan uno y otro día centenares de embarcaciones, y lanzan su cargamento al mar, que lo traga: parece la obra de un pueblo de dementes. Pero á fuerza de tiempo y de constancia el abismo se llena; una montaña artificial se levanta, y el hombre edifica sobre ella. Así también los beneficios que arrojamos sin cuenta ni medida en el corazón de un hombre extraviado, acaban por cegar aquel oscuro antro, y un día vemos la gratitud sobre el nivel de sus pasiones borrascosas; y aquel día, bendito mil veces, podemos poner la primera piedra, de su regeneración.

Para corregir al pobre hemos de ser sencillos de corazón y de voluntad: en nuestra conducta no debe de haber doblez, pero sí circunspección, disimulo, artificio muchas veces. Las circunstancias no se presentan siempre favorables á nuestros buenos deseos; hay que modificarlas y, hasta donde sea posible, combinar los sucesos de modo que impresionen más el ánimo del que intentamos corregir. Si hay casos en que tengamos que

ser severos y hasta duros, no dejemos de ser suaves en la forma; no olvidemos que el amor es nuestra única arma; no nos cansemos de repetir aquella sublime frase: "La cólera del hombre no realiza nunca la voluntad de Dios." Cuando debamos hacer tocar al pobre las consecuencias de su mala conducta, hagámoslo de modo que vea que este castigo está en la fuerza de las cosas, no en nuestra voluntad. Como es raro que apreciemos los bienes antes de perderlos, ni sepamos el lugar que ocupan sino por el vacío que dejan, convendrá tal vez que retiremos al pobre nuestra protección y nuestros auxilios, para que comprenda mejor lo que nos debe, y nosotros podamos calcular lo que somos para él. Más esto hemos de hacerlo sin que él sospeche que nuestra voluntad tiene parte en el cambio, motivándolo con un viaje, falta de salud, ocupaciones imprescindibles, una orden superior, etc.

Cuando estemos seguros de que el pobre nos mira como á sus amigos y siente hacia nosotros algún afecto benévolo, podemos empezar la obra de su regeneración.

Si la impiedad ha hecho estragos en su alma, procúremos reanimar el sentimiento religioso, no con largos discursos, sino con ejemplos, con exhortaciones afectuosas, con escenas, que, á la vez que conmueven el alma, hablan á los sentidos.

Nunca repetiremos bastante que el pobre tiene la práctica, no la teoría, del mal que hace, que las abstracciones están fuera del alcance de su inteligencia; que los largos razonamientos le fatigan, y que la lógica lucha mal con el hábito. Sin duda, como á ser racional que es, debemos hablarle en razón; pero brevemente, y comparándola al timón de una nave, que dirige, pero no imprime el movimiento. En la regeneración del pobre la inteligencia debe mostrar el camino; pero el impulso para emprenderle, la fuerza para llegar hasta el fin, ha de venir de Dios al corazón. A Dios debemos dirigirnos principalmente, y después al corazón, buscando en él nuestros medios de persuasión, que la lógica no nos dará nunca, pero sí Aquél de quien viene todo don perfecto.

El autor de las *Lecturas y Consejos* para uso de los miembros de las sociedades de caridad, cita un hecho muy digno de notarse.

"Hemos conocido un hombre, dice, que llevaba muchos años de vivir en unión ilícita con una mujer, de la cual tenía varios hijos, siempre firme en su fría é impasible creencia de que ni él ni su compañera hacían en ello mal alguno, y á quien cambió totalmente la sola idea, presentada con habilidad á sus ojos por un hombre de fé, de que era muy posible que otro hombre hiciera lo mismo con una hermosa hija que tenía, en lo cual, según sus doctrinas, no habría mal alguno, ni nada que no fuese muy natural. El efecto que le produjo esta idea, la rabia furiosa que le suscitó, la impresión que le causó el calcular que, en efecto, sus doctrinas y su ejemplo autorizarían á otro hombre para seducir á la hija querida de su corazón, le ocasionaron una enfermedad, de la que se cree resultó su conversión."

He aquí un hecho que pone en relieve

la eficacia de los medios que se dirigen al corazón.

Hemos dicho también que debe hablarse á los sentidos del pobre, como un medio poderoso para llegar á su alma, y la pompa del culto católico puede ser á veces un poderoso auxiliar. Hay sensaciones que, aunque percibidas por los sentidos, no pueden llamarse materiales: tal es la que producen la música, la vista del campo y el espectáculo de la oración colectiva.

Desgraciadamente, la música se emplea para divertir, y no para educar. Considerémosla, no obstante, como un poderoso medio de espiritualizar al hombre y elevarle hasta Dios. Ved esos seres groseros, á quienes intentáis en vano comunicar ideas, y que, á pesar de vuestros perseverantes esfuerzos, se arrastran en el fango de los goces brutales, sin que nada en ellos revele la existencia del espíritu. Una melodía llega á sus oídos; vedlos agrupados alrededor del instrumento que la produce; vedlos inflamados de ardor bélico ó enternecidos ó graves, según la música es marcial, patética ó sa-

grada. Sin duda el visitador del pobre no puede modificar las leyes y las costumbres de modo que la música se mire como un poderoso auxiliar para educar y corregir; pero en circunstancias dadas puede utilizar su influencia.

El espectáculo del campo no impresiona á las personas vulgares que viven en él; pero los labradores pobres son precisamente los más morigerados, y entre ellos hacen menos estragos el vicio y la impiedad. En los grandes centros de población es donde se hallan esos pobres corrompidos é impíos, que, lejos de los espectáculos de la naturaleza, pueden ser impresionados por ella, si alguna vez la contemplan. Es un error imaginarse que en esas naturalezas groseras no ejercen ninguna influencia el murmullo de un arroyo, el canto de las aves, los aromas que trae el viento, los matices de una flor. Pasad con un ramo de flores en la mano por una de esas calles extraviadas, donde á todas horas se hallan niños de todas edades, que, expuestos á la inclemencia, al mal ejemplo y á las tentaciones, reciben lo que pudiera llamarse la fatal edu-

cación del arroyo; pasad, y veréis á las groseras criaturas faltas de pan, mirar con ansia vuestro ramillete, y acercarse y buscar en vuestros ojos algún indicio de simpatía. Si le hallan, el más resuelto dirá: «¿Me dá usted una rosa? Me dá usted un clavel?» Y si accedéis, nuevas peticiones seguirán á aquélla, y vuestras flores pasarán á las pobres criaturas, que las contemplan y aspiran su aroma y las llevan en triunfo, olvidándose por un momento de que tienen hambre.

Si os confundís con la gente del pueblo que sale á pasear en un día festivo de primavera, tal vez os sorprenda el entusiasmo que experimentan al contemplar los espectáculos de la naturaleza criaturas groseras, que no juzgáis susceptibles sino de goces materiales. Si visitais al pobre, veréis acaso en su habitación lóbrega, descuidada, inmunda, una maceta florida, olorosa, cuidada con esmero, y sonriendo en medio de aquel cuadro sombrío, como en una vida de dolores sonríe la esperanza. Estas observaciones y otras prueban que allá en el fondo de esos corazones, que juzgamos em-

pedernidos por el vicio y la miseria, hay una fibra palpitante, que vibra y produce como un cántico de alabanza ante las obras de Dios.

El espectáculo de muchas criaturas que elevan en común sus oraciones al Creador, es también muy propio para impresionar el ánimo. Todo lo que sienten y expresan á un mismo tiempo un gran número de personas reunidas, sea para el bien ó para el mal, adquiere una energía que parece traspasar los límites de la débil naturaleza humana y una influencia magnética, aun para el espectador indiferente. Si observamos en casa de cada ciudadano su predilección por tal forma de gobierno, su antipatía ó simpatía por tal institución ó tal persona, no podremos comprender que sean los elementos de ese ardor febril que se llama entusiasmo de un pueblo, ni de ese monstruo conocido con el nombre de furor popular.

Una indiferencia análoga se advierte en el efecto que produce el espectáculo de la oración individual y colectiva. No es la razón, no es el ejemplo: es alguna cosa que se siente y no se explica, que im-

presigna, que conmueve, que arrastra, que hace entreabrir maquinalmente los labios que ya no saben orar; que arranca lágrimas de los ojos que no se vuelven á Dios; que conmueve profundamente el corazón que no tiembla por el temor de los castigos de otra vida, ni se consuela con la esperanza del cielo. En ese coro de voces que se elevan al Señor, ofreciéndole cuanto bueno hay en el hombre, pidiéndole perdón por cuanto el hombre tiene de miserable; en ese coro, cuyas armónicas notas significan la nada de la vida, el temor de la muerte, la certidumbre de nuestra debilidad, la confesión de nuestra flaqueza, la humillación de nuestra inteligencia, el sentimiento de nuestra miseria, las aspiraciones de nuestra grandeza; en ese coro en que se funden la niñez y la decrepitud, la ignorancia y la sabiduría, el poder y la debilidad, la riqueza y la miseria, la inocencia y el arrepentimiento; en esas palabras que todos pronuncian, en esos ojos que se elevan al cielo, en esos corazones que sienten á Dios, en ese cuadro heterogéneo y armónico, donde una mano invisible ha escrito con

fuego y con lágrimas: *culpa, dolor, esperanza*; en todo esto se ofrece un espectáculo tierno, patético, grave, sublime, propio para conmover al impío.

Pero ni este cuadro, ni los de la naturaleza, ni los acentos de la música, hemos de presentárselos al pobre que intentamos convertir como llevados por nuestra propia mano, sino como ofrecidos por la casualidad. Si le decimos: escucha estas armonías, entra en ese templo, recoge esos campos, para que la música, la oración colectiva ó la esmaltada pradera conmuevan tu ánimo, y te preparen á sentir verdades que no puedes comprender, el pobre así prevenido tratará de defenderse de las impresiones que va á recibir; porque un cambio de sentimientos y de ideas supone un cambio de vida, que le parece penoso, y porque el amor propio quiere seguir siempre el camino emprendido, pues variarle es confesar que se había equivocado.

Tampoco debemos emplear estos medios de impresionar al pobre extraviado, sin tener probabilidad de que se halla en estado de recibir semejantes impresiones.

Si á un hombre grosero y vicioso le llevamos sin preparación al campo ó al templo, sólo conseguiremos inutilizar este recurso por no haberle usado á tiempo. Es preciso que antes haya dado pruebas de que en su ser moral se ha verificado algún cambio; y estas pruebas podremos buscarlas en alguna modificación de su conducta, en el modo de escucharnos y en alguna señal de gratitud. Emplear un lenguaje decente el que acostumbra á usar palabras obscenas, tratar con menos dureza á su familia el que la maltrataba, frecuentar un poco menos los lugares en que se embriaga ó se arruina, escucharnos sin impaciencia, y otras señales análogas, pueden servirnos de prueba, ó de indicio cuando menos, de que el pobre se ha modificado profundamente y está en vías de corregirse.

Otra señal hay en que debemos fijarnos mucho, ya porque no se finge, ya porque podemos verla sin averiguaciones acerca de la conducta del pobre, que no siempre hay medio de hacer, ya, en fin, porque revela un cambio profundo; hablamos del modo de comprendernos que tie-

ne el pobre extraviado. El pobre comprende la verdad principalmente con el corazón. Cuando empezamos á explicársela, si el corazón está corrompido, podemos notar que por muy sencillos y breves que sean nuestros razonamientos, pasan en su mayor parte inadvertidos. Si la gratitud le conmueve, si empieza á amarnos y á corregirse, ó á ello tiene propensión, empieza á comprender. Su inteligencia está oscurecida por la ignorancia, extraviada por la culpa: parece que sólo en el corazón conserva aún el sagrado privilegio de reflejar la verdad. Dando á nuestros razonamientos una importancia que no tienen, y extraviados por la vanidad, no vayamos á creer que el pobre es mejor porque nos ha comprendido; sucede todo lo contrario: comprende, porque es mejor. Podemos medir los progresos de su regeneración por los de su inteligencia, y este conocimiento puede sernos precioso. Pero cuidemos mucho de no compararlo á un pobre con otro, sino con él mismo, estableciendo por término de nuestra comparación, no lo que alcanza otro que se halla en circunstancias análogas, sino lo

que alcanzaba él cuando empezamos á visitarle.

Después que estemos seguros de que nuestro pobre ha dado el primer paso en el camino de la regeneración, procuremos acelerarla, buscando medios de conmoverle ó impresionarle: elijamos cuidadosamente el lugar y el momento en que por primera vez hemos de hablarle de Dios; y en comprobación de cuánto importa la oportunidad, citaremos un ejemplo:

Vivía en la ciudad de... una pobre mujer, cuya inteligencia habían extraviado antes de corromper su corazón. El tiempo puso fin á la mayor parte de sus goces y de sus extravíos, y apenas quedaban en ella otra cosa que el dolor y la impiedad. Sintiéndose despreciable, no comprendía que nadie pudiese amarla, y la mayor dificultad que tuvo que vencer la señora que la visitaba, fué la idea de que nada de lo que hacía era por ella, sino por Dios: suponía que iba á verla, que la amparaba, como se pone un cilicio para hacer penitencia y merecer el cielo. Pero la necesidad de ser amados es tan

fuerte, y tan grande la desgracia de que ninguno nos ame, que la infeliz acabó por creer que había en el mundo quien tomaba parte en sus penas y quería consolarlas; quien la amaba, en fin. La primera consecuencia de creerse amado es sentirse menos vil, y es el primer paso también para dejar de serlo. Después de grandes esfuerzos de la mujer caída y de la que intentaba levantarla, empezaron á verse los primeros síntomas de regeneración. El uso de las bebidas espirituosas era menos frecuente, el aseo de la casa y de la persona y la asiduidad al trabajo mayores, y sobre todo comprendía más fácilmente cualquiera explicación ó cualquier relato. Se complacía en prestar algún pequeño servicio á su bienhechora; manifestaba su pesar cuando tardaba en verla, y, en fin, apareció la gratitud, celestial precursora del arrepentimiento. Dos años habían pasado, y su visitadora creyó que era ya tiempo de hablarla de Dios.

Oigamos el relato hecho por ella misma:

«Un día le hablé del cielo, y la blasfemia y la impiedad, que yo creía muy lejos de su corazón, volvieron á salir de su bo-

ca. Mi ímprobo trabajo de dos años había sido perdido, y lo que era peor, se perdía aquella alma que yo juzgaba en camino de volver á Dios. El desaliento y la pena, y mi esperanza engañada, me hicieron bajar tristemente la cabeza y verter una lágrima. Mi dolor la conmovió profundamente: recordó con calor, con exageración todo el bien que de mí había recibido, y dijo: "Usted me ha consolado muchas veces; yo la hago llorar," y lloró también la infeliz. Quise darle consuelo, y me replicó con amargura: "Yo soy muy mala, y usted es santa." "¡Santa!" le contesté. ¡Oh! "Yo no lo soy, pero otros lo han sido, lo son, lo serán; y los santos de la tierra nos dan idea del cielo. Usted cree en la virtud, usted creará en Dios;" y la dejé, porque me pareció que en la situación de su espíritu, nada podría decirle tan eficaz como lo que ella á sí propia se dijese.

"Desde aquel día hubo un cambio notable en nuestras relaciones; eran más melancólicas y más graves: su deseo de complacerme, más mareado; sus maneras insinuantes parecían decirme: esa mujer es

mejor. Continué mis lecturas, alternando las entretenidas, las morales y religiosas: nada me decía de estas últimas; ni una señal de aprobación, ni un gesto de impaciencia; y yo no me atrevía á interrogarla, por temor de un nuevo desengaño.

"Esta situación se prolongó por algún tiempo, y no sabiendo cómo salir de ella, pensé en un medio indirecto: en poner á mi protegida en una escena que hablase á su corazón, si su corazón estaba en estado de escuchar. Con pretexto de reunirnos para ir á una casa, donde debía yo recomendarla á fin de que se le diera trabajo, la mandé que me esperase en una iglesia á la hora en que las señoras de la Asociación de San Vicente de Paúl tenían su comunión general.

"El templo estaba lleno de las caritativas mujeres, que se acercaban al altar respetuosamente á recibir el pan de vida: el incienso perfumaba el aire; un coro de niñas entonaba un himno sencillito; sus voces puras, en que se reflejaban la inocencia y la felicidad, parecían las de otros tantos ángeles que habían descendido del cielo á celebrar uno de los más dulces es-

pectáculos que puede haber en la tierra; y luego el corazón escuchaba, y los ojos del alma veían allí, al lado de aquellas mujeres, los centenares de infelices que amparaban, y sus bendiciones, que, después de haber llegado hasta Dios, volvían sobre ellas, y una voz que venía de lo alto diciendo: *Benditas en el cielo las que en la tierra bendice la desgracia consolada.*

"El aire estaba impregnado de fe, de caridad, de esperanza, y la pecadora impenitente, aislada en su impiedad, se veía sola.

"Yo la seguía con mis ojos, como una madre observa los síntomas de la crisis que debe salvar á su hijo enfermo. La ví primero sentada con esa actitud que tienen en el templo los que no hacen en él oración; la ví después levantarse con un movimiento rápido, como si obedeciese á un resorte, y la ví por fin caer de rodillas. Sus ojos casi cerrados, su inclinada cabeza, revelaban un dolor grave ó una meditación profunda. Cuando la comunión hubo terminado, y cesaron la música y el canto, se levantó mirando al redor suyo de una manera particular, co-

mo quien pide á los objetos exteriores que confirmen ó desvanezcan alguna idea que conmueve el alma. Me acerqué á ella, y mi presencia le recordó el motivo que allí la había traído. Era ya tarde para ir á la casa donde debía presentarla; se había perdido un día, y un día perdido significa otro de terribles privaciones.

"Para que esta idea no la turbase, le dí, en nombre de una persona caritativa, un socorro, que la pusiera á cubierto de la necesidad del momento, y le propuse salir conmigo al campo: condescendió como el que, dominado por su pensamiento, sigue maquinalmente una dirección cualquiera que se indica. Caminamos sin pronunciar una sola palabra, y nos detuvimos en un lugar solitario, silencioso y lleno de flores, cuya belleza parecía sacar de su preocupación á mi pobre compañera. Yo hablé entonces, y me respondió con cierta gravedad, que nunca había observado en ella. Nuestra conversación fué melancólica; en primer término estaban las flores y los árboles, pero á lo lejos se descubría un cementerio. Hablamos de la vida y de la muerte, y algunas lágrimas

corrieron de nuestros ojos. "A veces se descansa llorando," me dijo. "Es verdad, contesté; Dios envía las lágrimas á los tristes, como envía el rocío á las flores; por-
"que Dios no olvida á nadie: ni á los peces en el mar, ni á las aves en el aire, ni
"á los árboles en el bosque, ni á los reptiles en sus cuevas, ni al pecador en su
"pecado." «Se habrá acordado de mí en
"el mío, y le encarga á usted de que me
"lo diga.» «Santo encargo, que yo no me
"rezco desempeñar, hija mía, pero con
"que tal vez su bondad me honra, porque
"he esperado siempre. Sí, Dios se acuerda de usted y usted lo siente: esas lágrimas son de arrepentimiento por haberle
"dejado, y de la felicidad de volver á El.
"No quiera usted estar por más tiempo
"separada de los que le adoran: vaya usted á unir su voz á las voces que le piden perdón, ó que le piden consuelo.»
"Hoy quise rezar con aquellas caritativas
"señoras que consuelan á tantos pobres:
"hubiera querido recibir con ellas la comunión.» Usted la recibirá, y los ángeles del cielo se alegrarán, y la acogerá á
"usted amorosamente aquel Dios, que de-

"ja todo el rebaño para acudir á una oveja descarriada.»

«A los pocos meses aquella mujer comulgó, en efecto, con las mismas señoras cuya vista la había conmovido tanto, y yo di gracias á Dios de lo más íntimo de mi alma.»

Resumiendo lo que hemos dicho en este capítulo, podemos fijarlo en la memoria de esta manera.

Mucha calma.

Mucha tolerancia.

Mucho amor.

Algunos beneficios materiales.

Mucho cuidado para buscar el momento oportuno de hablar de Dios al que se ha olvidado de El.

Mucho desdén de las críticas injustas.

Muchos ejemplos.

Muchos hechos que corroboren nuestras palabras.

Muchas escenas conmovedoras, principalmente de esas que empiezan por hablar á los sentidos y acaban por llegar al corazón.

Pocos discursos.

Pocas abstracciones, y nunca presentar

objecciones que el pobre no hace, aunque puedan rebatirse de la manera más concluyente.

Alguna vez podremos hallar pobres que, habiendo estado en mejor posición, ó tratado con personas mejor educadas, quieran razonar sus extravíos ó su impiedad: en este caso, si no somos personas de ciencia, debemos encomendar á alguna que lo sea aquella visita, por el fundado temor de que la verdad no aparezca en todo su brillo, si no sabemos presentarla, y recordando que del lado del error se arrojan siempre las pasiones, los malos hábitos y el amor propio, para inclinar la balanza.

Los pobres irreligiosos pueden reducirse á estas tres categorías:

Fanfarrones.

Hipócritas.

Tímidos.

Será muy raro hallar un pobre que sin cinismo, sin hipocresía y sin timidez, diga: «No creo en Dios.»

El impío fanfarrón, que asusta á primera vista, es el menos temible de todos: detrás de toda ostentación hay una debili-

dad, y el que vocifera sus errores no es el que está más firme en ellos.

Se ha dicho ya que en las altas clases las palabras valen más que las acciones: entre los pobres, al contrario, los hechos valen más que las palabras, y no se necesita una observación muy profunda para convencerse de que es así. La blasfemia y la obscenidad del pobre son las más veces un hábito: son su ortografía, sus puntos, sus comas, sus admiraciones, los medios que emplea para dar fuerza á su discurso. Las palabras con que nos escandaliza no envuelven para él ninguna idea; las repite por costumbre, y no piensa ni en Dios ni en la Virgen cuando blasfema de la Virgen y de Dios. Si le reprendéis y le decís que no sabe lo que dice, os contestará que sí, no porque lo sepa ni porque crea saberlo, sino por amor propio; quiere parecer, más bien que necio, perverso, como querría parecer cruel antes que cobarde. La debilidad es lo último que el hombre confiesa, por lo mismo que es lo primero que tiene.

Armémonos de toda nuestra fuerza para escuchar, impasibles en apariencia, el

énico lenguaje de los hombres pervertidos: para la mujer púdica, para el hombre tímido es una temible prueba. Hay que sufrirla pensando en la respuesta del divino Maestro a las hipócritas murmuraciones de los fariseos, cuando le vieron comer con los publicanos: *«No son los que están sanos, sino los enfermos, los que necesitan de médico.»*

Debemos considerar la impiedad como una dolencia, y si nos parecería cruel abandonar a un enfermo porque sus llagas dan asco, no es más humano apartarse del extraviado porque su lenguaje repugna.

Cuando queramos corregir al impío fanfarrón, no empecemos por su lenguaje: es lo último que corregirá, tardando más tiempo en parecer bueno que en serlo realmente. Si se le puede arrancar de la casa, del barrio en que vivía, se habrá dado un gran paso, porque ya no tendrá vergüenza de parecer bueno delante de personas desconocidas, que no saben que tenía vanidad en parecer malo, ni necesita pasar por arrepentido, cosa que le repugna mucho, porque es débil y vano.

Estas cualidades, que pueden ser un grande obstáculo, podrían convertirse también en un auxiliar; porque el vano necesita aprobación, y cuando está entre personas buenas, la busca haciendo bien, como la busca haciendo mal cuando está entre malvados.

Así, aplicándole todas las reglas generales que dejamos establecidas, debemos fijarnos además en lo mucho que importa el teatro en que se halle colocado; porque en el papel que represente influirá muchísimo el auditorio, y sería muy conveniente que buscando un aplauso hallara una humillación.

Más esta humillación le ha de venir del mundo, no de nosotros, que no debemos nunca mortificar su amor propio; en esto hemos de tener grandísimo cuidado, porque cualquiera ofensa nos perdonaría primero que la hecha a su vanidad. Por ninguna de nuestras palabras ó acciones hemos de dar á entender, cuando se corrige, que este cambio es obra nuestra, sino suya, y evitaremos hacer alusiones á él cuando no nos sea preciso.

Ya hemos dicho que el impío fanfarrón

parece peor de lo que es: así, hemos de estudiar sus acciones, procurando sorprender sus sentimientos, único modo de formar idea, ya de la gravedad del mal, ya de los progresos que puede haber hecho hacia el bien. Tal vez protestará contra nuestra solicitud, y afirmará que nunca ha de enmendarse; no hagamos caso de sus protestas ni de sus afirmaciones. El hombre que asegura que no hay en él nada bueno, lo mismo que el que sostiene que no hay nada malo, mente ó se engaña.

El impío hipócrita es más difícil de corregir, y conviene cuidar mucho de no equivocarle con el tímido, para lo cual deberemos tener presente que *el hipócrita exagera siempre la virtud opuesta al vicio que quiere ocultar*. El tímido oculta simplemente que no fué á misa; el hipócrita dice que ha oído dos ó tres, y da señas que nadie le pide, del sacerdote, del templo, etc., etc. La hipocresía, sobre todo entre la gente pobre, se denuncia por sus exageraciones, y no se necesita mucha práctica ni un gran espíritu de observación para descubrirla. Hay casos en

que un hombre grosero es diestro en el arte de fingir virtud y arrepentimiento, y engaña al más ilustrado; pero no es la regla. La mayor parte de los engaños vienen de nosotros mismos, de nuestra buena voluntad, que imagina realizado lo que desea, ó de nuestro amor propio, que no quiere dudar de la eficacia de los medios que ha empleado.

Con el hipócrita debemos ser buenos y afectuosos, porque es nuestro hermano, y nuestro hermano extraviado; pero hemos de ser inexorables con la hipocresía. Sería culpable la tolerancia y cobarde el miramiento que nos impidiesen arrancarle la máscara. No vacilemos, pues, en decir con dulzura, pero con firmeza: «Amigo mío, eso es falso: usted quiere engañarnos, y el engaño es bajo y necio. Bajo, porque la mentira lo es siempre, y mucho más dirigida á una persona que nos quiere bien y nos dice la verdad; necio, porque no consigue su objeto y se vuelve contra el que lo emplea.»

Así como para curar una herida que ha estado descuidada, lo primero que hay que hacer es lavarla, á fin de quitar los cuer-

pos extraños que se han introducido en ella, para regenerar al hipócrita es menester despojarle de su hipocresía, y no hay medio tan eficaz como persuadirle de que es inútil. El quiere engañarnos; procuremos convencerle que no lo consigue, y dejará de intentarlo; la ficción es un trabajo que no empleará sin objeto. Mas para convencerle de impostor no bastará nuestra perspicacia; será menester que al principio empleamos algún trabajo material, porque el hipócrita grosero necesita hechos para darse por vencido. Cuando, por ejemplo, dice: «No he estado en tal parte,» hay que contestarle: «Es falso, porque yo mismo te ví.» Si el hipócrita deja por inútil su ficción, entra en la categoría de cualquiera otro pobre que nunca necesita corregirse; pero debemos estar muy en guardia con él, porque de la hipocresía queda siempre una tendencia al engaño, que rara vez se borra por completo.

El impío tímido es el más fácil de corregir, pero el más difícil de adivinar: su reserva puede muy bien equivocarse con la piedad. Si no somos muy tolerantes,

muy dulces, muy amigos del pobre, estaremos años enteros visitando al tímido, que se extravía en cualquier sentido, sin sospecharlo siquiera. Por el contrario, si entre el pobre y nosotros hay esa cordialidad que engendra la confianza y que no excluye el respeto; él nos revelará sus faltas ó las confesará, después de habernos puesto en camino de adivinarlas.

El tímido lo es por carácter; pero esta disposición natural puede estar fortificada por el temor de afligirnos con la confesión de faltas que no sospechamos, por el de que le retiremos nuestra protección, ó por la vergüenza de aparecer culpable ante una persona que le creía virtuoso.

En cuanto á nuestra protección, debemos asegurar que, lejos de retirarla, será más eficaz allí donde sea más necesaria, y por consiguiente, el extraviado debe estar muy seguro de ella, siempre que deje alguna esperanza de que se le podrá volver al buen camino.

El temor de afligirnos es un noble sentimiento, que á veces impide que el pobre revele sus faltas; pero en cuanto lo sospechemos, debemos manifestarle que nada

nos mortifica tanto como la duda, y que la esperanza de corregirle nos consolará del dolor de verle extraviado.

La vergüenza, el amargo sentimiento de decaer en la consideración de los que ama, puede ser un poderoso motivo para que el pobre oculte sus errores y sus faltas: cuando lo sospechemos, hablemosle del arrepentimiento con toda la efusión de nuestra alma. Digámosle que nosotros también hemos caído una, dos y cien veces; que la pureza es una blanca túnica que todos manchamos; que cuando un pecador se convierte, los justos lloran lágrimas de alegría; que la inocencia, como un ángel desterrado, después de sufrir en la tierra crueles pruebas, vuelve á Dios purificada, santa, y se llama arrepentimiento; que la caridad guarda su ósculo más amoroso para la surcada frente del caído que se levanta.

El tímido, así alentado, nos abrirá su corazón, en el que podremos hacer penetrar la luz de la verdad y el consuelo del amor.

Cualquiera que sea el carácter del pobre irreligioso, ya debemos tratarle co-

mo cínico, como tímido, ó como hipócrita, hemos de observar cuidadosamente si en medio de sus errores y extravíos conserva algún noble sentimiento, algún afecto puro, que pueda servirle de áncora de salvación. El amor á la patria, el entusiasmo por algún arte ó ciencia, el cariño á su madre, á su hija, á su esposa, una amistad verdadera, pueden servir de base á la regeneración de un hombre pervertido. Desde luego es fácil atraerse su benevolencia manifestando interés por las cosas que él ama; y alrededor del sentimiento noble que él experimenta, es posible ir agrupando otros, porque el mundo moral tiene también su gravitación y sus afinidades, que, aunque menos demostrables que las del mundo físico, no son menos positivas.

Recordemos también que el hombre, pobre ó rico, como débil, es inconsecuente, y que la lógica pasa rara vez de sus discursos á sus acciones. Así se le ve muchas veces desdeñar unas prácticas religiosas y conservar otras, ó porque le son más cómodas, ó porque van unidas á algún recuerdo para él querido, ó porque el há-

bito le ha identificado con ellas. No vamos á presentarle la religión en forma de dilema, á imaginar que basta para convertirle demostrarle su inconsecuencia, ni, con intolerante y poco ilustrado celo, afirmemos que son inútiles ciertas prácticas, si se desdennan ó se olvidan otras; el bien puede ser incompleto, nunca inútil, y lo que pomposamente llamamos superstición ó inconsecuencia ridícula, puede servirnos de auxiliar poderoso, tal vez de base para la regeneración de un hombre pervertido. En las tinieblas de la culpa, cualquiera aspiración hacia Dios es un punto luminoso que revela el fuego sagrado.

Tampoco hemos de asustar con insensata exigencia al que, apartado del buen camino, quiere volver á él, pidiéndole que marche con paso firme, sin tropezar, sin caer: dejémosle que ande como pueda, y aun que se pare; pero sin desistir de nuestro intento, y siempre aprovechando las ocasiones oportunas para hacerle entender lo que no es bueno.

Hay criaturas que, como el ángel rebelde, caen en un día; las hay, como San

Pablo, que en un día se levantan radiantes de virtud y de fe; pero el común de los hombres cae por grados en el abismo de la culpa, y por grados se levanta y vuelve á la gracia: recordémoslo para no pretender que sea hoy devoto el que ayer era impío.

La lectura puede servirnos de auxiliar poderoso para la regeneración del pobre, y nunca será excesivo el cuidado que tengamos en la elección de libros. Sería un grave error leer ó recomendar la lectura de uno ascético á un pobre impío: no tendría ni la posibilidad ni la voluntad de entenderlo; lo desecharía por incomprendible y por fastidioso.

Debemos tener siempre presente que el pobre es muy material, y que antes de convertirle es preciso espiritualizarle. La lectura es un buen medio; pero es preciso que esté al alcance del que ha de escucharla, y que le interese y hasta le divierta. En el embrutecimiento que suele acompañar á la miseria, es ya un buen síntoma escuchar con interés, ó solamente sin impaciencia, un libro cualquiera. Cuando decimos cualquiera, se compren-

de que no hablamos de un libro inmoral.

Empecemos, pues, por proporcionar al pobre, materializado por tantas causas, un goce que no sea material: *los libros de guerras* suelen inspirar mucho interés á la gente poco culta; y también habla á su imaginación el relato de las grandes catástrofes de la naturaleza, como una inundación, un terremoto, la erupción de un volcán, etc.

Como los libros de historia son, desgraciadamente, libros de guerra, pueden llenar muy bien el objeto que nos proponemos de inspirar interés al pobre, y á nuestra prudencia toca elegir aquel que esté más al alcance de su débil razón, y de donde se desprenda una lección útil, ya consignada por el historiador, ya que podamos sacar nosotros sin violencia. La relación de los grandes cataclismos es también una lectura muy conveniente para empezar á modificar al que intentamos convertir. La parte maravillosa habla á su imaginación, la fija; lo que tienen de terribles, impone, inspira cierta gravedad, y en presencia de aquella isla que barrió una ola del mar embravecido, dejándola

sin un sér viviente, y de la tierra que se entreabre y traga ciudades enteras, y de las montañas que tiemblan, y de los ríos de fuego, se desprenden naturalmente dos reflexiones: la nada del hombre y la omnipotencia de Dios.

Hallaremos una gran dificultad en la falta de libros, porque con el objeto que nos proponemos no se escriben: por eso, más bien que dejar un libro al pobre, en el caso de que sepa leer, convendrá que le leamos algunas páginas de las que nos parezcan más oportunas, procurando suplir lo que falta y suprimiendo lo que no convenga.

La lectura debe ser: primero, una diversión que distraiga al pobre de otras en que ofende á Dios y se arruina; luego, una gimnasia para su entendimiento; más adelante, y por grados, podrá convertirse en lección, en precepto, en dogma; la abstracción, lo último. Antes que enseñar la doctrina, presentar el ejemplo de los que la practicaron y murieron por ella; las vidas de los santos primero, el catecismo después.

Si este método nos parece extraño, no-

temos que el pobre irreligioso, pervertido por el vicio y embrutecido por la miseria, no es dócil como un niño, ni razonable como un hombre: es la criatura caída, que ha perdido la voluntad y la fuerza de levantarse; es el triste á quien matan las tinieblas y deslumbra la luz; es la tabla en que hay mucho que borrar antes de que se pueda escribir alguna cosa.

CAPITULO IX.

DE LA CORRECCIÓN DEL POBRE VICIOSO.

Entre los pobres, lo mismo que entre los ricos, se hallan muchas personas que, sin negar á Dios, le ofenden, y confesando todas las verdades de la fe, obran lo mismo que si no creyesen ninguna. Pero si esta inconsecuencia no es peculiar al pobre, hay vicios que parecen serlo; porque la pobreza está rodeada de malos ejemplos y de malas intenciones, y porque la ausencia de los goces del espíritu le lleva á los goces materiales, que tan fácilmente degeneran en viciosos.

Aquí es ocasión de recordar lo que sabemos de la dificultad de que el pobre sea previsor; de las muchas ocasiones que tiene de caer, y los pocos medios de le-

temos que el pobre irreligioso, pervertido por el vicio y embrutecido por la miseria, no es dócil como un niño, ni razonable como un hombre: es la criatura caída, que ha perdido la voluntad y la fuerza de levantarse; es el triste á quien matan las tinieblas y deslumbra la luz; es la tabla en que hay mucho que borrar antes de que se pueda escribir alguna cosa.

CAPITULO IX.

DE LA CORRECCIÓN DEL POBRE VICIOSO.

Entre los pobres, lo mismo que entre los ricos, se hallan muchas personas que, sin negar á Dios, le ofenden, y confesando todas las verdades de la fe, obran lo mismo que si no creyesen ninguna. Pero si esta inconsecuencia no es peculiar al pobre, hay vicios que parecen serlo; porque la pobreza está rodeada de malos ejemplos y de malas intenciones, y porque la ausencia de los goces del espíritu le lleva á los goces materiales, que tan fácilmente degeneran en viciosos.

Aquí es ocasión de recordar lo que sabemos de la dificultad de que el pobre sea previsor; de las muchas ocasiones que tiene de caer, y los pocos medios de le-

vantarse; de lo rápida que es la pendiente por donde la miseria conduce al vicio y al crimen. Todo esto hemos de recordarlo, para no desesperar sin motivo por haber supuesto facilidades que no existen, para no exigir del pobre más de lo que puede hacer, y para apreciar en todo lo que vale cualquier paso, por pequeño que sea, en el camino de la enmienda.

Bien es que hagamos notar al pobre creyente que con sus desórdenes ofende á Dios; pero no hemos de confiar demasiado en la eficacia de este argumento; su confesor se le habrá hecho muchas veces, sin haber logrado que se corrija. La razón lucha mal con el hábito; y las abstracciones influyen poco en el ánimo de criaturas groseras. La mayor parte de las faltas del pobre vienen del abuso de los goces de los sentidos, y como su origen es material, deben hasta cierto punto combatirse materialmente. Al precepto religioso, al consejo, debe añadirse la acción. No basta probarle que ofende á Dios y perjudica su salud y sus intereses en frecuentar tal ó cual lugar; es preciso contribuir á que no vaya, creándole obs-

táculos y sosteniéndole en su buen propósito. El sábado, por ejemplo, es un día fatal para los jornaleros, que gastan por la noche en la taberna el fruto de su trabajo y el sustento de su familia. Ésta los ve llegar á las altas horas de la noche ébrios de vino y de cólera, dándole, en vez del fruto de su trabajo, malos tratamientos y malos ejemplos. En vano sus hijos habrientos le piden pan; en vano su pobre mujer le suplica por Dios que le dé para atenderlos: no es esposo, no es padre, es una furia que maltrata á los que debía proteger, que desconoce la razón, que desoye la voz de la naturaleza, que no escucha más que al demonio de la embriaguez, que, según su temperamento, le dice: Ríe, llora, blasfema, hiere ó mata, no tengas piedad de tu esposa enferma, ni de tus inocentes hijos, y cuando hayas agotado para el mal las fuerzas que Dios te dió para hacer bien, cae como el fruto podrido de un árbol sin vida, y duerme un sueño ignominioso para despertar en brazos de la miseria, del remordimiento y de la desesperación.

Y este monstruo odioso, y este ser de-

gradado, que escucha esta voz, era un hombre razonable y bueno antes de haberla escuchado.

Nada más frecuente que hallar artesanos hábiles en su oficio, de clara razón, de buenos sentimientos, y que serían modelos *si no bebieran*, como dicen sus desdichadas familias. Cuando están serenos, conocen su error, le confiesan, le deplo- ran, hacen sinceros propósitos de enmen- darse; pero llega el día fatal, están á so- las con su dinero, con su hábito, con el amigo que les insta, les da el ejemplo y los arrastra. Después de una semana de privaciones, de trabajo, y de contar las horas, tiene dinero á su disposición, pue- de sentarse sin consultar el reloj, y ha- blar y reir, y comer de un manjar más apetitoso que el ordinario, y beber de una bebida que le agrada en extremo, y le alegra y le vigoriza, y le hace decir cosas que celebran sus amigos, y celebrar con entusiasmo las que ellos dicen, exci- tados de la misma manera.

¿Y qué tiene para combatir esta tenta- dora perspectiva? El sentimiento religio- so debilitado; la tenue voz del deber, que

nadie le recuerda; la idea de su familia, en cuyo seno podría tener goces tranqui- los y puros, pero que ya no lo son para él, porque su alma depravada necesita las acres excitaciones del vicio. Además, él no entra en la taberna á embriagarse, entra á beber.

Detengámosle antes que entre; deten- gámosle materialmente. Hagamos la vi- sita, no en su casa, sino en el lugar en que cobra, y no le abandonemos hasta ver si es posible apartarle del sitio fatal. Suponiendo que el pobre nos mirará co- mo sus verdaderos amigos, que nos ama- rá, sin lo cual es imposible toda corree- ción; suponiendo que habremos tenido presentes todas nuestras reglas generales, y entre ellas la de la oportunidad, podre- mos rogarle en nombre de Dios, de su pobre familia y del nuestro, que no vaya á dar sus recursos, su salud y su tran- quilidad, en cambio de un placer pasajer- ro. Pidámoselo como un favor que le agradeceremos siempre, y en cambio del cual estamos prontos á otorgarle el que nos pida. Aquellas horas que había de emplear en sus culpables goces, no vaya.

mos á pretender que los dedique á escuchar nuestras exhortaciones, ó á estar tranquilamente con su familia; graduemos la enmienda, si queremos hacerla posible. Busquemosle otra diversión, en que pierda su tiempo y una parte de su dinero, pero en que al menos conserve su razón y su salud.

Si no podemos evitar absolutamente que el pobre entre en la taberna, roguémosle que nos dé en depósito su jornal, una parte siquiera, que le llevaremos el lunes, evitando así que durante la semana vayan todas sus ropas á la casa de préstamos. Hagamos cuanto esté de nuestra parte para disminuir el tiempo que pasa bebiendo: algunos minutos, media hora, una, podrán conducirnos, si no á que rompa absolutamente aquel hábito fatal, al menos á que no le sacrifique sino cierta cantidad de tiempo y de dinero, y nunca su razón. A veces nos parecerá bien duro tener que transigir con los vicios; pero cuando no se pueden extinguir, hay que resignarse á disminuir sus fatales consecuencias; y establecer en ellos alguna

cosa que se asemeje á método ó regla, es camino para hacerlos desaparecer.

Esto que decimos de la embriaguez, podemos aplicarlo á todos los demás vicios del pobre, sin otras diferencias que las exigidas por su diversa índole. No nos contentemos nunca con preceptos y ruegos, consejos y amenazas; busquemos obstáculos materiales, y opongámonos materialmente á la mala acción hasta donde nos sea posible. Los lugares en que el pobre ha pecado, parecen ejercer sobre su moralidad un fatal influjo. Aquella puerta por donde entró tantas veces desesperado y culpable; aquella ventana por donde amenazó arrojar á los que maltrataba; aquellas paredes donde resonaron sus blasfemias é imprecaciones; aquel lecho donde vió sufrir sin compasión, y donde sufrió sin consuelo; aquellas personas que viven cerca de él, que están en el secreto de todos sus extravíos, que son despreciables ó le desprecian, haciéndole siempre daño con su mal ejemplo ó con sus desdenes: todo esto forma como una atmósfera al rededor del pobre, y el recuerdo vivo de su vida pasada viene á ser un

obstáculo para la corrección de su vida futura. Hay notables ejemplos de malhechores que, llevados á países remotos, han variado de conducta al mismo tiempo que de clima. Nosotros no podemos, por regla general, llevar á nuestros pobres muy lejos del lugar en que han sido viciosos; pero en muchos casos no será difícil hacerlos cambiar de población, encomendándolos al cuidado de alguna persona caritativa que se encargue de dirigirlos. Si tanto no es posible, convendrá al menos cambiar de barrio, de casa. En la nueva no es conocido por sus desórdenes; tiene, pues, su honra que conservar. No están en la vecindad el enemigo que le provocaba, ni el amigo que le pervertía, ni la mala mujer, ni la taberna, ni el garito que tenía costumbre de frecuentar. Todo es nuevo, todo es diferente, y este cambio le predispone para el de su conducta.

El pobre vicioso no suele ser trabajador; la ociosidad y el vicio se eslabonan para formar la cadena que le retiene en la más miserable de las esclavitudes. El trabajo, ese ángel custodio del hombre ins-

pira una especie de horror al que ha adquirido el hábito de no trabajar. El mendigo sufre la desnudez y el hambre, arrostra la intemperie y el desprecio: ofrécedle alimento, vestido, techo, consideración, en cambio de trabajo y rehusa.

Este atractivo de la vagancia en la miseria es para nosotros incomprensible; admitámoslo como un hecho bien probado, para no imaginar que hicimos cuanto podíamos hacer, cuando proporcionamos trabajo al pobre que no tiene hábito de trabajar.

Para el vicioso vago: la vuelta al trabajo es la virtud; ¡y qué de obstáculo, tiene que vencer en este penoso camino! Graduémoselos según sus fuerzas. No vayamos á exigir que esté todo el día trabajando el que no trabajaba nunca. Para empezar, contentémonos con tres horas, con dos, con media, y utilicemos dos circunstancias: el placer del descanso y el hastío de la ociosidad. No vayamos, sin embargo, á creer que este hastío es en el pobre lo que en nosotros: las facultades de su alma son mucho menos activas, y cae con facilidad en una especie de letar-

go moral, en que ve pasar las horas sin que apenas lo advierta.

El placer del descanso es grande para todos, y hemos de procurar que le saboree nuestro pobre vago. También hemos de hacer cuanto nos sea posible para que su trabajo sea bien retribuido, aun más de lo que valga: no hay limosna más útil que la que contribuye á convertir un hombre vicioso en hombre honrado.

Si es posible, busquemos para nuestro pobre el trabajo que le sea menos penoso; adelantémosle, vigilémosle; no seamos duros cuando falte; manifestémosle nuestra gratitud cuando cumpla, y hagamos por poner bien en relieve ante su vista cuanto gana para con Dios, á quien no ofende; para con los hombres, á quienes no inspira desprecio; para su situación material, que es mucho mejor. No vayamos á decirle que puede trabajar con el mismo esfuerzo que otro, puesto que tiene sus miembros sanos: reconozcamos la dificultad de romper el mal hábito, y que al principio necesita mucha buena voluntad, mucha fuerza y mucha perseverancia, haciéndole notar, al mismo tiempo,

que su mérito aumenta en proporción que es mayor el obstáculo que tiene que superar, y que este obstáculo no puede ser superior á sus fuerzas, porque el deber no es nunca imposible.

Sea que alentemos al pobre para que trabaje, ó que procuremos arrancarle á sus hábitos viciosos, tengamos presente lo que ya hemos observado: que no hay cosa mas propia para desalentarle, que pintar muy fácil el camino de la enmienda, que él halla erizado de dificultades. Entonces desconfía de su fuerza ó de nuestra inteligencia, y dice: "*No puedo*," ó "*No sé*," cosas á cual más fatales; porque la regeneración del pobre consiste en la idea que tenga de sí y del que le dirige; además de que le falta un gran estímulo para esforzarse á ser mejor, si le falta la seguridad de que hay quien aprecia el mérito de su conducta, y se le tiene en cuenta y se le agradece. Por el contrario, si nos ve convencidos de que la obra que emprende es ardua; si le aplaudimos á cada paso que da en el buen camino, como de una victoria difícil, es-

to le alienta, halagando á la vez su corazón y su amor propio.

El amor propio del pobre: hé aquí un auxiliar poderoso, y ojalá que pudiéramos contar con él siempre que intentemos corregirle. Cualquiera que sea el vicio que queramos extirpar, investiguemos si la persona que en él incurre conserva algún resto de dignidad. Esta dignidad del pobre no vayamos á medirla por la nuestra, porque aunque en el fondo tenga mucha semejanza, en la forma variará tanto, que, si juzgamos por apariencias, calificaremos de degradado á un hombre que no lo esté. Semejante error sería fatal, porque nos privaría de un medio muy eficaz de influir en el ánimo del pobre extraviado. Los vicios del pobre son groseros y llegan á degradarle; esta degradación es lenta, y á veces ni siquiera la advierte; pero si la representamos con vivos colores; si comparamos lo que fué y lo que podía ser, con lo que es, esta comparación le impresiona, como nos impresionaría la copia de nuestro rostro demacrado ó deforme, puesta al lado de un retrato hecho cuando éramos bellos y robustos.

Pero si conserva alguna dignidad, hemos de manifestar al pobre vicioso hasta dónde le ha hecho descender el vicio, cuidando de no humillarle. Esto lo conseguiremos doliéndonos de su mal y no desconfiando nunca de que pueda ponerle remedio. Así como la indiferencia exaspera en vez de corregir, la compasión suaviza cualquier cargo; y las faltas que se miran como accidentales no humillan, porque para el amor propio, como para el corazón, la esperanza ilumina el cuadro más sombrío.

Para corregir á nuestro pobre, pidamos auxilio á todas las ideas, afectos é inclinaciones; pero notemos que todas parecen obrar con cierta intermitencia; que alguna vez llamamos á la razón, al deber y al sentimiento, y guardan silencio como si estuvieran dormidos, solo el amor propio vela y responde siempre.

Á veces hallaremos pobres que, al parecer, han perdido toda idea de decoro: observémoslos cuidadosamente; arroje-
mos sobre su alma el elogio y el vituperio, como se arroja una materia inflamable en donde ha habido fuego, para cer-

ciorarse de que se halla completamente extinguido. Es raro que en el corazón del hombre se borre por completo ninguna disposición, sea para el mal, sea para el bien. Vemos á una criatura degradada, porque su falta la hizo caer, y el mundo la pisó en vez de darle la mano para que se levantara. Todo cuanto la rodea le dice: "Eres vil", y lo cree, y lo es en efecto; no se halla en su corazón ningún vestigio de la dignidad humana. Pero he aquí que llega una persona que le dice: «Eres desgraciada; te apartaste del buen camino; puedes volver á él. Muchos de los que te desdennan valen menos que tú, y los que valen mucho más te compadecen y te aman, y enjugarán con su mano tus lágrimas de dolor, y recibirán en su corazón, como en un cáliz, tus lágrimas de arrepentimiento. Prueba á levantarte, y hallarás apoyo. Cuando hayas rasgado y arrojado lejos de tí la túnica inmunda que te cubre, verás como te aprecian los buenos y te respetan los mejores.» Y cuando el que así hable una á la palabra la acción, cuando busca al pobre degradado, y le alivia, y le consuela, y es deferente con

él, y le llama hermano y amigo, y penetra sin repugnancia en su habitación y en su alma, tal vez esta pobre alma revive, como un asfixiado á quien se le devuelve el aire, y la criatura de Dios aparece con todas sus nobles facultades.

Si hemos de rehabilitar un hombre á los ojos del mundo, es preciso rehabilitarle antes á sus propios ojos; porque no puede inspirar aprecio si antes no se aprecia él mismo. Para conseguirlo no nos contentemos con darle pruebas de amor y deferencia; que las reciba también de otras personas benévolas; formemos en derredor suyo como un dique de caridad, que le ponga á cubierto de las oleadas de desprecio con que el mundo le quiere derribar cada vez que intenta levantarse.

Podrá ser que hayamos de echar mano, no sólo del amor propio, sino de la vanidad, no sólo de la dignidad, sino del orgullo; no sólo de sus buenas cualidades, sino de otras que por su tendencia ó su exageración puedan parecer peligrosas. La naturaleza humana es tan miserable, que, á veces, no hallando en ella virtudes bastante fuertes, hay que combatir las

pasiones unas con otras. En muchos casos hacemos por vanidad ó por miedo lo que no haríamos por deber, y la cólera nos hace romper un mal hábito que no romperíamos por razón. Estos medios no son buenos; pero habremos de aceptarlos cuando no tengamos otros, porque lo peor de todo es dejar al pobre extraviado que siga su fatal camino, sin oponerle ningún obstáculo.

Si queremos conseguir que el pobre vicioso se corrija, hemos de vigilar cuidadosamente sus diversiones: el ocio, hasta el descanso del pobre, es un abismo en que cae muchas veces, porque no tiene para distraerse sino goces materiales y groseros, que le conducen al vicio. Nosotros no podemos llenar el deplorable vacío que la sociedad deja en este punto; pero hasta donde nos sea posible, procuraremos que nuestros pobres se distraigan de una manera honesta; inspirémosles el gusto del campo y de ciertos juegos en que ejerciten sus fuerzas físicas: no nos parezca que malgastamos los caudales de la caridad comprando al pobre algún objeto que no se crea de necesidad, porque

no sirve más que para entretenerle. No sólo de pan vive el hombre, y el pobre, que tantas semejanzas tiene con los niños, necesita, como ellos, juguetes para que se entretenga sin hacerse daño.

Se ha dicho ya cuán conveniente es, para corregir al pobre, ponerle en situación de que pueda hacer por sí algún bien, y nunca daremos demasiada importancia á este medio, tan eficaz como poco apreciado. Todos los que estudian al hombre, observan que se liga más íntimamente con las personas por el bien que les hace, que por el que recibe de ellas. Es muy frecuente hallar ingratos; muy raro mirar con indiferencia al que hemos favorecido. Los beneficios hechos predisponen á amar, dan como una nueva vida á los sentimientos benévolos, y son, por lo mismo, un eficaz elemento de moralidad. La satisfacción que se experimenta al hacer bien modifica los malos instintos, muchas veces calma la fiebre de las pasiones; es como la luz de la aurora, cuyas sonrosadas tintas embellecen hasta los objetos más toscos. Se ha visto en más de una ocasión que la cólera de un

hombre que no podían conmovér ruegos ni lágrimas, quedó desarmada por el recuerdo de un beneficio: el que ha hecho bien una vez, parece que contrae consigo mismo el santo compromiso de volver á ser bueno. Además, el que dispensa un beneficio da á su personalidad cierta importancia, se siente elevado á la categoría de bienhechor, y su amor propio alagado le predispone á formar de sí y de su valer una aventajada idea. Esto importa mucho para corregir al pobre envilecido, cuya regeneración halla, como uno de los mayores obstáculos, la menguada idea que de sí mismo tiene. Hacedle el dispensador de algún beneficio, y esto le elevará á sus propios ojos, y acaso exclame en su corazón: "Todavía soy hombre."

Tal vez diremos: «¿Cómo el desvalido ha de hacer bien? ¿Con qué medios cuenta?» En la escala inmensa, infinita, de los dolores humanos, apenas hay infeliz que no pueda hallar otro que lo sea mucho más, y á quien le es dado llevar auxilio y consuelo. Al desvalido podrá no ocurrirle la idea de hacer bien, ya porque á su parecer no tiene recursos, ya porque

el extremo de miseria, como el de grandeza, suele ser egoísta. Nosotros tenemos mil medios para sacar á nuestro pobre de su error y de su desdichada apatía. Podemos hacerle ver prácticamente cuánto bien puede realizar el que se creía inútil, y darle medios para ello, convirtiéndole en muchos casos en el dispensador de nuestros beneficios. Al principio podemos comisionarle para que preste los auxilios materiales compatibles con su situación, haciéndole también portador de alguna limosna, indemnizándole por el tiempo que emplea en su comisión; porque el pobre no tiene otro patrimonio que el tiempo, y nosotros, que debemos recordárselo muchas veces, conviene que no lo olvidemos nunca. Si no está muy pervertido pronto dejará de ser un mero instrumento, pronto tomará una parte activa en el bien que hace, pronto sentirá halagado su amor propio por la confianza que de él hacemos, por el hermoso papel que representa, y su corazón, al consolar, se hallará consolado. El bien tiene una atracción poderosa, y al oírse bendecir,

la blasfemia se detiene en los labios del maldiciente.

Con respeto á las lecturas, podemos aplicar al pobre vicioso la mayor parte de las reglas adoptadas para el pobre incrédulo, solamente que al primero se le pueden dar á leer libros religiosos y morales, sin más preparaci6n que la gimnasia que necesite su entendimiento para comprenderlos. Como no hay libro tan elocuente como el mundo, si sabemos observarle, siempre que sea posible le enseñaremos la moral en acci6n, presentándole ejemplos de las virtudes que ha de imitar, y las fatales consecuencias de los vicios de que debe corregirse. Una visita á un hospital puede ser para un pobre crapuloso lecci6n mucho más elocuente que las que podamos sacar de todos los moralistas.

Hemos indicado ya cuánto importa que el pobre que intentamos corregir se aleje de los lugares en que tuvo una vida licenciosa: ahora debemos hacernos cargo de la influencia que la casa que habita tiene en su género de vida.

Nunca se deplorará bastante el que por

nada se atienda á la moral en las construcciones, el que no estén dispuestas de modo que puedan alojar á la vez pobres y ricos, el que la pobreza se arroje á lugares dados, como una lepra, para que allí aglomerada se multiplique por sí misma y eleve á la quinta potencia el vicio y la desesperaci6n. El hombre de buena voluntad é inteligente, si tiene alguna influencia en los destinos de su patria ó en la opini6n de sus conciudadanos, bien será que clame contra la aglomeraci6n de la miseria; pero el visitador del pobre, como tal, no debe alzar la voz para acusar á nadie: su misi6n es ir por el camino que la caridad le ordena, levantar al caído, consolar al triste sin investigar si la sociedad pudo evitar las lágrimas del uno y la caida del otro: ve los males, y los siente, y los consuela, halla su origen en la imperfecci6n humana, y busca su remedio en Dios.

Reducidos, pues, á combatir los dolorosos efectos de causas que debemos evitar como visitantes del pobre, procuraremos que no se halle el que hemos de corregir en esas casas que en las grandes

poblaciones habitan la miseria, el vicio y el crimen, y que, con el nombre de *casas de vecindad*, son focos de corrupción. Entrad por ese portal inmundo á ese patio que no le es menos; mirad, cuatro, seis ú ocho puertas que dan á él; alzá la vista, y veréis dos, tres ó más corredores, que conducen á un gran número de habitaciones. Las aguas inmundas, los despojos de verduras, los huesos, todo está por el suelo, ofendiendo á la vista y la salud. Será muy raro que á ninguna hora halléis paz. Dos vecinas riñen sobre quién barre y quien ensucia la escalera; dos hombres están para venir á las manos porque uno echa en cara al otro que ha estado en presidio, y éste le contesta que todos los que había allí eran más honrados que el que le recuerda esta circunstancia; un niño da alaridos desgarradores, víctima del feroz castigo de un padre irritado; un vago entretiene el día cantando canciones obscenas, mientras llega la noche y sale á ejercer alguna industria que no paga contribución; un matrimonio mal avenido riñe y pasa á vías de hecho, haciendo necesaria la intervención de la

autoridad; dos mujeres livianas se insultan con palabras que escandalizarían en cualquiera otra parte, pero que allí apenas son notadas: todos gritan, y se denuestan, y blasfeman, porque no parece una camisa tendida ha poco en el corredor, ó porque hay que pagar una multa á consecuencia de haber quedado la noche antes el portal abierto y sin luz, etc., etc.

Estas escenas, y otras de peor género, tiene á la vista la desdichada familia virtuosa que la miseria lanza bajo el mismo techo que el crimen. Si vais á visitarla, los perros os ladrarán, sin que su amo los llame; las mujeres no se apartarán de donde están sentadas; los hombres silvarán desdeñosamente en vez de saludaros, y los niños procurarán echaros agua, ó tierra, ó piedrecillas, por los agujeros de la ruinosa escalera. Por uno de esos contrastes que se ven en estas casas, tal vez halléis un hombre que se descubre respetuosamente á vuestro paso; tal vez otro, que gana la vida vendiendo flores, os ofrece una, que recibís con emoción y gratitud de aquel pobre, que nada os de-

be, pero que os quiere bien, porque os ha visto pasar á socorrer á su vecino. Éste, al referiros sus desdichas, cuenta por una de las mayores la de estar en aquella casa, donde, á pesar de vivir aislado, ve tantos peligros y tantos malos ejemplos para sus hijos.

Estas escenas, que afligen al pobre virtuoso, ya se comprende hasta qué punto harán difícil la corrección del que no lo sea. Allí están siempre los malos ejemplos y las malas tentaciones; ninguna maldad escandaliza, ninguna virtud se hace respetar, y el vicio se aplaude, y se silva y encarnece al arrepentimiento. Si podemos arrancar de aquí á nuestro pobre, y llevarle á un rincón de algún último piso de una casa decente, habremos dado un gran paso. El aseó del portal y de la escalera, la presencia del portero, le darán la idea de entrar y salir con un poco más de compostura: sus horas intempestivas chocarán, serán molestas; tratará de volver un poco más temprano.

Sus blasfemias, sus obscenidades, causarán un gran escándalo; será preciso modificar un poco su lenguaje, bajar la

voz, por temor de que le echen. Y allí no hay ni el mal ejemplo, ni la mala tentación, ni el estímulo para ser malo, ni la burla si se corrige. Allí vive solo, ó cerca de alguna familia honrada, y no tiene más obstáculo para enmendarse que el que le venga del hábito y de sus torcidas inclinaciones. Y si en la misma casa podemos buscar al pobre extraviado un amigo que le dirija y le sostenga, ¡cuánto habremos hecho para su regeneración! El pobre es una criatura de Dios, un ser moral; y no debemos descuidar ni los preceptos religiosos, ni las amonestaciones, ni las lecturas, ni los consejos; pero el pobre está muy materializado, y las circunstancias materiales, que han influido mucho en su caída, pueden contribuir, más de lo que pensamos, á su corrección y enmienda.

CAPITULO X.

DE LOS ENFERMOS.

Todos hemos oído alguna vez esta frase: «Los pobres nunca debían estar enfermos.» Es doloroso, en efecto, ver cómo en casa del pobre suelen entrar con la enfermedad la miseria, el abandono y la desesperación. Considerado materialmente el pobre, la enfermedad es un mal físico, que tiene para él mucha más gravedad que para el rico; pero considerado como ser moral, puede serle de gran provecho la dolencia que le aqueja. «Con frecuencia, dice San Vicente de Paul, Dios manda la enfermedad del cuerpo para curar la del alma.»

El autor de las *Lecturas y Consejos* para uso de los miembros de las sociedades de caridad, ha hecho notar cómo el pobre extraviado, que no podríamos ver aunque visitásemos con frecuencia á su familia,

viene á ocupar un lugar en medio de ella cuando está enfermo, y entonces desaparece el obstáculo material que le separaba del que puede corregirle. Esto tiene más importancia de la que á primera vista pudiéramos suponer, porque hay muchos casos en que ofrece grande dificultad entrar en relaciones con una persona que nos rechaza, y que por su posición social se mueve en un círculo muy distante del nuestro.

Cuando el pobre está enfermo, no sólo tenemos la seguridad de encontrarle á todas horas en su casa, sino la de hallarle mejor dispuesto á escucharnos. Está solo; los compañeros de sus desórdenes le abandonan en sus dolores; los lazos de familia son débiles, ó se rompieron por sus malos procederes, y el aislamiento moral y material le abruma, como abruma la soledad al que no tiene para consolarla ningún dulce recuerdo, ninguna aspiración santa; podemos estar seguros de que, por más pervertido que esté y por más hostil que nos sea, deseará el momento de nuestra visita.

La enfermedad no solo para al hombre

que corría en pos del vicio, sino que le modifica de un modo muy favorable á su regeneración. Desde luego le espiritualiza, porque los sentidos callan y los apetitos groseros no ofuscan la luz de la razón. Esta se pierde en algunos casos; pero con más frecuencia adquiere mayor actividad, sobre todo en esta clase de hombres, que teniéndola como aletargada, parecen necesitar que la fiebre les comunique un nuevo impulso. El amigo perverso no está allí personificando la mala tentación. En vez del ruido del mundo, con que se aturde el remordimiento, hay el silencio de las largas noches, en que no se duerme, tan propio para hacernos entrar en nosotros mismos y oír la voz de la conciencia. A la arrogancia, hija de la fuerza física, suceden el abatimiento de la debilidad y del dolor y la disposición á reconocer nuestra miseria y á buscar alguna idea que levante el espíritu de aquel cuerpo tan caído y tan doliente. El mal hábito, que no podía romper, la enfermedad lo ha roto: ya no puede ir al lugar en que pecaba: su recuerdo tal vez le inspira horror, porque le considera como la

causa del estado en que se halla. Si apreciamos bien todas estas circunstancias, comprenderemos que la enfermedad puede ser un auxiliar poderoso para corregir al pobre pervertido.

Sentémonos á la cabecera de su cama con espíritu de caridad: si tal vez sus ayes van acompañados de blasfemias y obscenidades, veamos con lástima estos dolorosos síntomas de enfermedades diferentes. Al buscar alivio á sus males, precindamos de si son ó no consecuencia de sus desórdenes: un enfermo no es bueno, ni perverso, ni sabio, ni ignorante; es un enfermo; para corregirle tendremos á la vista sus antecedentes; para aliviarle, nada más que sus dolores.

Esa santa ceguedad de la compasión, que es un deber al lado del doliente desvalido, será un medio poderoso de corregir al hombre extraviado, que no podrá ser insensible á tantos bienes como recibe de aquella criatura que le acompaña y le alienta y le consuela, que le proporciona recursos para que la miseria no le aflija al mismo tiempo que la enfermedad, que va en busca del médico, que trae las

medicinas, que se las da, que no se irrita por su ingratitud, que recibe como si no las mereciese las pruebas de su agradecimiento.

Siempre tendremos presente que para corregir al pobre es la primera condición que nos mire como á sus amigos, y podremos conseguirlo en mucho menos tiempo si está enfermo. Entonces nos necesita más, la clase de servicios que le prestamos le impresiona con mayor fuerza, y llegan mejor á su corazón. Cuidemos, pues, de proporcionarle cuantos recursos materiales están en nuestra mano; dediquémosle todo el tiempo que nos sea posible, seguros de que cuando nos ame nos escuchará.

Llegados á este caso, se le pueden aplicar las reglas generales, modificadas según lo exija la prudencia. A un pobre que tiene dolores agudos, no hemos de abrumarle con lecturas ó amonestaciones, ni pretender que las comprenda el que tiene sus facultades embotadas por el padecimiento. Durante la enfermedad debe arrojar la semilla de las buenas obras, para recogerla en la convalecencia; en ella sen-

timos un bienestar que nos predispone á ser mejores. La razón es señora aun en el hombre materializado, á quien no hablan todavía los sentidos, los dolores no le turban, y puede pensar; el tiempo le parece muy largo, y escucha con gusto la lectura piadosa ó moral, que en otra ocasión le fastidiaría. El que visita á un pobre pervertido, y ha hecho por él lo que debe durante su enfermedad, si no le corrige convaleciente, no le corregirá nunca.

Si hemos inspirado al vicioso propósito firme de corregirse, si el impío vuelve á Dios, vigiémosle cuidadosamente, sostenámosle en su buen camino, porque la convalecencia del alma dura mucho más que la del cuerpo, y está más expuesta á recaídas. Como es más fácil rectificar los errores que corregir las costumbres, es más temible la recaída del vicioso que la del impío. Apenas aquél sale á la calle, encuentra por todas partes escollos para su débil virtud, y las fuerzas del cuerpo aumentan para combatir sus buenas resoluciones. El hombre viejo lucha con el hombre nuevo, y nunca serán excesivas

las precauciones que tomemos para que no le derribe.

Hablamos de la convalecencia, porque es el caso más general, y el más raro la muerte. Pero ésta llega también, y á veces nos deja pocos días, pocas horas, para volver á Dios al que se alejó de Él. Entonces es preciso que nuestro celo redoble supliendo el tiempo que nos falta. ¿Cómo se ha de hablar de la otra vida al que va á dejar ésta en pecado? Pocas reglas generales pueden darse, porque deben variar los medios según los antecedentes, el carácter y el género de enfermedad. Pero en cualquiera circunstancia debemos hablarle con suma dulzura, procurando moverle por la esperanza más bien que por el temor. No debemos presentar la muerte como segura, porque la ciencia misma no puede afirmarlo en la mayor parte de los casos: el desaliento es mal estado de ánimo para una resolución que necesita fuerza; ni debe ser muy bien recibido por Dios el que vuelve á Él de una manera indebida. En este caso importa tanto, importa más que nunca, la idea que el pobre forme de nosotros; y si

nuestro amor conmueve su corazón, hay mucho adelantado para que la luz de la verdad llegue á su inteligencia. Nuestra solicitud, nuestro cariño, nuestra pena, los sacrificios que nos imponemos para aliviarle, son argumentos muy poderosos que podemos emplear, porque el pobre, más que otro alguno, está dispuesto á dar la razón á los que ama, y á no sospechar que pueden engañarle los que le consuelan.

En corroboración de esto citaremos un hecho notable.

Una señora visitaba á una pobre mujer cuyo marido tenía una enfermedad muy grave, de esas en que el enfermo se levanta, habla, come, y es sorprendido por la muerte en la hora que menos los espera. Este hombre trataba á su mujer con una dureza que no conmovía la dulzura de la infeliz, la cual durante su enfermedad se entregó al trabajo más penoso, y sufría las mayores privaciones, para que su marido no careciese de lo necesario. Éste, ó porque no creyera su fin próximo, ó por otro motivo, había sido sordo á todas las insinuaciones que se le hicieron para

que se dispusiera á morir como cristiano. En este estado le conoció la señora de N...., que no tenía más que dos días para visitarle, porque al tercero le era forzoso emprender un largo viaje. En estos dos días le hizo cinco largas visitas; en las cuatro primeras no le habló más que de su enfermedad, de los medios de curación, de los alimentos, que más le agradarían, porque estaba muy desgano, alimentos que ella misma le llevaba. Tratóse de unas peras de invierno, que tal vez le agradarían en compota, y se las ofreció para cenar. Pero llegada la noche, empezó á soplar un viento frío y récio, con abundante lluvia, y el enfermo, teniendo por cierto que su protectora no iría, mandó que le hiciesen una sopa. Luchaba en vano con la repugnancia que le causaba, cuando entró la señora de N....., bastante mojada y con las peras en la mano. Su aparición impresionó profundamente al enfermo, que olvidó su cena y su enfermedad, para no ocuparse más que en la noche tempestuosa y en el agua, que podía hacer daño á la señora de N..... Ésta le dijo alegremente que el viento no era más

que ruido, que el agua era muy poca cosa, y que todo reunido producía una molestia bien pequeña, comparada con el gusto de hacerle un rato de compañía y ver que cenaba sin repugnancia. Y el pobre cenó, en efecto, con placer, después de pasado algún tiempo que necesitó para reponerse de su emoción. ¿Qué pasó en aquella pobre alma? Sólo Dios lo sabe; pero su mujer decía que era como un milagro, que la trataba con cariño, que era otro hombre; y cuando en su última visita la señora de N.... le habló de Dios, la escuchó piadosamente, ofreció reconciliarse con Él, cumplió su palabra, confesando á los pocos días y muriendo como cristiano.

Este ejemplo manifiesta cuánto importa en ciertos casos impresionar á los que queremos corregir, no solo por el fondo, sino por la forma de nuestros beneficios. La señora de N...., hubiera podido ir en un rato en que no lloviera, ó cubrirse de modo que no se hubiese mojado; pero entonces no habría producido el mismo efecto su visita, que en el fondo tenía igual mérito, porque el agua no pasó de su abrigo. De otro modo no citaríamos el

hecho en este lugar, porque los ejemplos de los grandes sacrificios se presentan más bien para que se admiren, que para que sean imitados.

No se pide al visitador del pobre el sacrificio de su salud, sino en algunos casos el de su comodidad, haciéndolo de tal modo, que el mundo no le vea, que él no parezca notarlo, y que penetre en el corazón del pobre para salir en forma de gratitud y arrepentimiento.

Podrá suceder que nuestro enfermo sea conducido al hospital, circunstancia por lo común poco favorable, y que procuremos evitar. Pero si no nos fué dado, ó no lo creímos conveniente por la situación en que el enfermo se hallaba, debemos dispensarle la misma protección y ejercer la misma vigilancia que cuando estaba en su casa, sin más diferencias que las exigidas por las reglas del establecimiento. Que sean buenas ó malas, respetémoslas, teniendo presente en este caso, como en todos, que el visitador del pobre no es legislador. Si podemos conseguir permiso para ver á nuestro enfermo cuando nos parezca oportuno, convendrá mucho;

si no, resignémonos á ir los días y á las horas en que van todos. Procuremos inclinar en favor de nuestro pobre á los que le rodean, hablando á su corazón, ó á su interés si es necesario, de tal modo que nos ayuden á consolarle y en algunos casos á corregirle. Allí también podrá haber personas caritativas á quienes podamos confiar el secreto de sus faltas, y que nos ayudarán á corregirlas, ó las corregirán mejor que lo hubiéramos hecho nosotros. Seamos muy circunspectos al buscar auxiliares para nuestra obra; démosles datos y no consejos, evitando el aire de maestros aun con los que pudieran aprender algo de nosotros, porque el amor propio halla medio de alojarse en todas partes, y la virtud más austera no pone á cubierto de sus velocidosos extravíos.

No le es menos necesaria al pobre nuestra solicitud cuando convaleciente sale del hospital. Sin fuerzas para trabajar, sin recursos para vivir, vendido ó empeñado su miserable ajuar, no halla en el seno de la familia más que privaciones y la poca armonía que suele ser su conse-

cuencia. La necesidad de reparar sus pérdidas exige más alimento, y los recientes dolores producen por reacción un vehemente deseo de goces. Todas estas circunstancias ponen al pobre convaleciente en grave riesgo de buscar, por medios ilícitos, recursos que desea con ansia y no puede conseguir con su trabajo, ó, cuando menos, de buscar en la embriaguez el olvido de su dolorosa situación.

El pobre convaleciente exige nuestro particular cuidado, para que no recaiga con algún exceso; para que la convalecencia, prolongada por la miseria, no produzca una nueva enfermedad, y, en fin, si necesitaba corrección y hemos logrado corregirle, para que persevere en en el bien; porque difícil será que se salve su naciente virtud, si la amenazan al mismo tiempo el hábito de los antiguos extravíos y una situación angustiosa.

De todo lo dicho se infiere cuán necesario es que redoblemos nuestro celo con el pobre que ha perdido la salud: la enfermedad puede ser un escollo para su virtud, ó un áncora salvadora.

CAPITULO XI.

DE LOS NIÑOS.

Aqué ser cuyo nombre maldecido aterra la comarca; aquel otro, blanco de la sangrienta curiosidad del vulgo, que camina hacia el patíbulo para expiar en él sus inauditos crímenes, fueron dos niños inocentes, puros....., risueños, íbamos á decir; risueños, no, porque la miseria y la dureza helaron en sus labios la risa infantil, y en su alma el germen de las virtudes. Salvas raras excepciones, el hombre criminal fué un niño desdichado, á quien faltaron buenos ejemplos y caricias: Tengamos esto bien presente, y al ver un niño descalzo, desnudo, habriento, á quien nadie corrige ni ama, pensemos que abandonado á su mala suerte, podrá ser un hombre criminal. Es doloroso ver tantos

niños pobres como se pervierten en las calles en y sus casas.

El niño tiene el germen de los malos instintos y de las elevadas virtudes; el secreto de la educación consiste en sofocar los primeros, evitando las ocasiones de que se ejerciten y desarrollen, y en estimular las segundas. Todos nacemos con la facultad de amar y de aborrecer. Si nos rodean con una atmósfera de amor, sólo se desarrollarán los afectos benévolos; los opuestos quedarán eternamente en embrión: ¿a quién hemos de aborrecer? Si, por el contrario, no hallamos más que hostilidad en derredor nuestro, la facultad de aborrecer entra en una triste gimnasia, en que ella sola se ejercita; la opuesta se debilita, como un miembro que no se usa; si desaparece, ¿a quién hemos de amar? Este es el caso de muchos niños que; no teniendo padres, ó siendo éstos viciosos y pervertidos, no representan en la familia más que una pesada carga. Como la infancia exige tantos y tan incesantes cuidados, como necesita tantos sacrificios de parte de los que han de protegerla, Dios ha puesto el más po-

deroso y el más noble de los instintos para ampararla; pero este instinto se debilita muchas veces por la miseria y por el vicio.

Para comprender la conducta de ciertos jefes de familia, es preciso recordar que fueron tratados por sus padres lo mismo que tratan á sus hijos. No hay solo la *indigencia hereditaria*, hay también dureza y culpable abandono hereditarios, ¡Triste herencia, recogida, fatalmente de generación, en generación para desgracia de todas! Vemos, pues, á un hombre, á una mujer, que harán de sus hijos lo que sus padres hicieron de ellos: el mal es grave, y la caridad necesita de todos sus esfuerzos para aminorarle, unas veces á consecuencia del vicio, de la miseria otras, porque la miseria debilita el cuerpo y deprava el alma. Ese niño tiene hambre, tiene frío, su vida moral parece que no existe; está dominado por dos ideas fijas: comer y calentarse. Su madre tiene frío y hambre; se ha acostumbrado á oírle llorar á él y á sus hermanos: miró su nacimiento como una desgracia, mira su existencia como un peso; es indiferente á sus gracias, dura

con sus faltas, le da pan cuando lo tiene, pero no le da caricias. ¡Qué va á ser de ese pobre niño, que no oyó nunca de la boca de su madre: "*Bendito seas!*" Será el hombre que hallamos perverso, duro, y cuyos hijos debe amparar el visitador del pobre.

Según los grados del mal debe variar la clase del remedio. Hay familias tan perversas, que no queda otro recurso sino apartarlas de sus hijos, á lo cual no se oponen. Si son muy pequeños, la dificultad es grande, porque ni pueden colocarse en aprendizaje, ó donde presten algún servicio por el que ganen la comida; ni será fácil que los reciban en los establecimientos de beneficencia, donde se atiende á los huérfanos que dejan la miseria ó la muerte, más bien que á los que deja el vicio. Si no nos fuere dado separar al niño de su viciosa familia, amparémosle allí cuanto nos sea posible, protéjámosle contra la brutalidad de sus padres, inspirémosle odio á sus vicios, que él tendrá propensión á mirar como odiosos, procurando salvar el amor y el respeto que debe á los autores de sus días. Si, por

ejemplo, ve venir á su padre embriagado, digámosle: «Hijo mío, tu pobre padre es bien infeliz; gasta su caudal para comprar el desprecio y acaso el odio de los que le miran, y además pierde su salud y su tranquilidad, y todos estos males le vienen de haber presenciado, desde que era pequeñito como tú, malos ejemplos, y no haber tenido, como tú tienes, una persona que le amparase contra ellos. Aunque extraviado, es siempre tu padre, le debes la vida; y dejando á Dios el derecho de juzgarle, tú no tienes más que el de apartarte del camino que sigue, cuando sea malo. Compadécele porque no tuvo, como tú, una mano que le sostuviese; prepárate para darle el buen ejemplo que no ha podido darte: ¿quién sabe si á la vista de tus virtudes enfrenará sus vicios? ¿quién sabe si algún día, extendiendo hacia tí sus débiles manos, te dirá con lágrimas: "*Bendito seas, hijo mío: te debo la tranquilidad de los años que me restan, y si el Señor me perdona, te deberé la salvación de mi alma!*" Ahora compadezcámosle y roguemos á Dios para que se apiade de su miseria: ruégale tú, á

quien escuchará mejor, porque eres inocente y porque eres su hijo.»

Procuremos siempre salvar la dignidad de los superiores, no reprendiéndolos nunca delante de sus inferiores, y alejemos al niño antes de echar en cara á los padres su dureza ó su descuido, faltas en que suelen incurrir con frecuencia. La buena educación exige una vigilancia continua, frecuentes reprensiones y prohibiciones, que evitan los grandes castigos evitando las grandes faltas. Los pobres suelen hacer todo lo contrario: dejan á sus hijos en el mayor abandono durante la semana ó el mes, hagan lo que quieran, y como es imposible que dejen de hacer algo malo, llega una hora, ó un día, en que los castigan, maltratándolos con la mayor dureza: pasada aquella explosión, el niño vuelve á tener libertad de hacer lo que le parece, y vuelve á hacer mal. Esforcémonos para evitar estas alternativas, que depravan enteramente al niño, por la libertad de que abusa, por la crueldad que le endurece, y por la injusticia que le pervierte.

Procuremos que el niño vaya á la es-

cuela, aunque sea muy pequeño, menos por lo que puede aprender allí, que para evitar lo que aprendería en su casa y en la calle. El primer día vayamos nosotros mismos á llevarle; el niño, que va con temor, se animará, nos lo agradecerá mucho, y el maestro le tratará con más consideración. Volvamos con frecuencia á informarnos de nuestro protegido: si su conducta es buena, elogiémosle en presencia de todos; si no; esperemos á estar solos con él para reprenderle, enseñándole alguna chuchería, que tenemos el disgusto de no poderle dar, porque no la merece. Hagamos lo posible porque el niño vaya decentemente vestido; si no, se burlarán de él sus compañeros, y los niños son extraordinariamente sensibles al ridículo, hasta el punto de arrostrar algunos la cólera de sus padres, antes que ir á la escuela en que les *ponen motes*. Como el niño pobre no tiene la culpa de serlo, la burla que se refiere á su traje es de las más injustas, y esto bastaría tal vez para depravarle, porque no hay cosa que más pervierta que la injusticia. Importa, pues, mucho que nuestro niño va-

ya vestido con decencia, y como hay que contar poco con el esmero de su madre para cuidarle la ropa, convendrá interesar su amor propio para que él no la destruya mucho. Si tal vez nos parece que hay el riesgo de hacerle vano, este extremo será menos temible que el opuesto.

Los días festivos son un terrible escollo para el pobre, de cualquiera edad que sea: la ociosidad es en sus manos un arma de cien bocas, que se dispara en todas direcciones, sin que él sepa cómo. El día en que no hay escuela, el niño pobre tiene el mal ejemplo de su casa y de la calle, el riesgo de que le coja el coche que pasa, de caerse del alto corredor en que brinca, ó al pozo que nadie tapa. Como no hay quien le vigile, sus travesuras van graduándose hasta convertirse muchas veces en verdaderas maldades, que sus compañeros aplauden, que los vecinos denuncian y que sus padres castigan con dureza: el día de fiesta suele acabar para él tristemente, y cuando menos en una mala lección. Reuniéndose algunas personas caritativas, sería muy fácil alternar en la custodia que necesitan los niños

pobres los días festivos. ¿Veis esas criaturas que hacen un ruido infernal, que se entretienen en manchar los vestidos de los que pasan, que fuman, que blasfeman maquinalmente, que juegan á la baraja, que se combinan para adquirir por cualquier medio algún dinero con que dar pábulo á sus nacientes vicios? ¿Queréis verlos transformados? Sacadlos al campo. Veréis que felices y qué buenos son, jugando con agua, con tierra, y respirando aire puro en un sitio bañado por el sol. Veréis como hacen casas, y reunen plantas y flores, y buscan insectos, é inventan mil juegos, en que ejercitan su cuerpo sin depravar su alma. Su felicidad será mayor si para amenizar sus juegos les compráis algunos objetos con que puedan variarlos, y no tendrá límites, si añadís un poco de pan y queso. Veréis con que impaciencia esperan la hora en que vais por ellos, y cómo os aman; y cuando al ponerse el sol les hagáis notar la belleza de las nubes que le reflejan, y la melancólica magnificencia de ese espectáculo, que diciéndonos: "¡tienes un día menos!" parece preguntarnos: "¿qué

empleo has hecho de él", veréis cómo están dispuestos á rezar con vosotros la oración de la tarde, y á volver á sus casas mejores y más dichosos que salieron de ellas.

Para sostener los sentimientos religiosos de nuestro niño, no solo habremos de suplir el vacío que sus padres dejan, sino neutralizar el efecto de sus malos ejemplos. No basta llevarle á misa; hay que decirle que su padre no ya y blasfema, porque no sabe lo que dice ni lo que hace, que de la ignorancia y de la corrupción resulta una terrible enfermedad del alma, que se llama impiedad: el niño tiene propensión á creer esto, porque se lo dice una persona que es mejor y sabe más que su padre. Roguemos á éste que no nos contrarie en la educación religiosa de su hijo. Podemos decirle que, aun suponiendo que fuesen patrañas lo que enseñamos, ¿á qué conducen? A que su hijo le ame y le respete hasta donde es posible, á que sea sobrio, trabajador y paciente; cosas todas que le convienen mucho, por lo cual es de esperar que no se oponga á

nuestra obra, al menos en la mayor parte de los casos.

Debemos ver con toda la frecuencia posible á nuestro niño, ya en su casa, ya en la escuela, ó en el establecimiento benéfico, ó en casa del maestro donde le hayamos puesto en aprendizaje. Que ni á él ni á los que le rodean les ocurra la idea de que está solo en el mundo, sino que, por el contrario, sepan que hay una persona que vigila y se interesa eficazmente en su suerte. El trato frecuente nos pondrá también en estado de estudiar su aptitud é inclinaciones, estudio indispensable para guiarle. La eficacia de un castigo ó de un estímulo varía según el carácter del niño á quien se dirige, y la vocación que no se ve ó no se respeta, le hace desgraciado y le pervierte.

A veces decimos: "Este niño tiene inclinación á tal cosa"; ó bien: "No manifiesta inclinarse á nada", y en los dos casos nos engañamos. Es fácil equivocarse la aptitud con el instinto de imitación, que hace al niño educable y le impele á repetir los actos que presencia muchas veces; es fácil también que la aptitud de un ni-

ño no se haya manifestado, porque en el limitado círculo en que vive no vió el objeto que debía despertarla. Observemos bien al nuestro para no hacerle seguir un camino diferente del que le trazó la naturaleza: su felicidad y su virtud se interesan en ello igualmente.

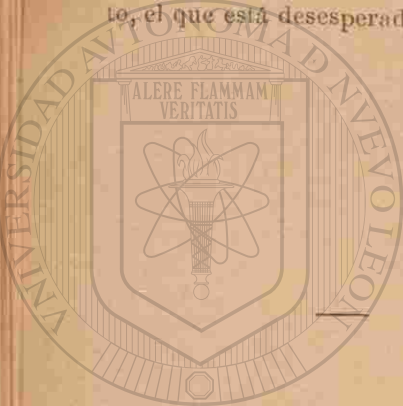
Peró lo que debemos procurar con más cuidado es inspirarle cariño. Que sus disposiciones benévolas no queden en eterno letargo por falta de acción; que sienta, que agradezca, que ame; y este amor será el hilo que le conducirá fuera del laberinto de vicios en que le colocó su mala suerte. Hay niños que, incorregibles para sus padres, que los maltratan, se corrigen por amor y respeto hacia una persona que reconocen muy superior á ellos, y que los trata con cariño. El niño que se ve abandonado de todos está dispuesto á hacer mucho por la única persona á quien ama y de quien es amado.

Hay pobres, y son los más, que no des-cuidan la educación de sus hijos deliberadamente, sino por ignorancia, por desidia y porque sus circunstancias hacen muy difícil que los atiendan más que en

la parte material, y aun esto con trabajo. En este caso, cuando existe el lazo del cariño, es más fácil la tarea del visitador del pobre. Traza un plan de educación acomodado á las circunstancias, y basado siempre en amparar al niño sin abrumarle, en apartarle de la calle y malos ejemplos, en estimular sus sentimientos benévolos y generosos, y en conducirle más bien con la esperanza del premio que por el temor del castigo; exhorta, aconseja, enseña, apoya, auxilia y saca siempre algún fruto.

Para no desesperar, para no calificar de indignos de nuestra protección al niño que no se corrige y al padre que no pone en práctica los medios de corregirle, debemos tener muy en cuenta sus malas circunstancias, y hasta qué punto la miseria endurece, exaspera, debilita y hace poco menos que imposibles la dulzura, la constancia y la fuerza que la educación necesita. "¿Cómo castiga usted tan cruelmente á esa pobre niña?" decía una señora á cierta mujer del pueblo que maltrataba á su hija. "¡Está una tan desesperada!",

le contestó. "¡Vaya una razón!", diremos.
¡Oh, sí, una fuerte, una terrible razón!
¡Es tan difícil que sea bueno, que sea jus-
to, el que está desesperado!



CAPÍTULO XII.

DE LOS ENCARCELADOS.

Nuestro pobre podrá ser conducido á la cárcel por la calumnia ó por la justicia: en cualquiera de los dos casos debemos acompañarle.

Si es inocente, digámoselo á sus jueces, á sus carceleros, á los que puedan apoyar su justicia, á todos, menos á los malvados con quienes le habrán confundido, y para los cuales sería un título de persecución la falta de culpa. Que caiga sobre nuestro corazón, y le abruma, cada hora que el hombre honrado está confundido entre los perversos, obligado á ocultar sus virtudes, como si fuesen crímenes, para no ser escarnecido y maltratado! La cárcel, al menos en España, es

una tortura para la inocencia, un escollo para la virtud y una escuela práctica del vicio. Acompañemos á nuestro pobre todo el tiempo que nos sea posible; con nuestra solicitud, nuestro celo y nuestro amor, formemos en derredor suyo una atmósfera de caridad, que pueda neutralizar la atmósfera del vicio que le rodea. La perversidad es allí tan cínica, tan repugnante, que ella misma presta armas para combatirla y hacerla odiosa. Hablemos de aquellos hombres con lástima y con horror; ocupémonos de ellos como de una calamidad demasiado inmediata para prescindir de ella, pero sin manifestar jamás á nuestro pobre el temor de que pueda seguir el ejemplo de aquellos malvados; al contrario, hablémosle como si estuviera separado de ellos por un abismo imposible de salvar. Como son hombres, aunque perversos, apelemos á los buenos sentimientos que aún conserven para disminuir la prevención instintiva que tendrán contra nuestro inocente. Un saludo hecho amistosamente, un pequeño servicio, pueden atraernos su benevolencia, que recaerá sobre nuestro protegido;

y no temamos descender demasiado: la caridad no se rebaja nunca por más que descienda.

Si conseguimos probar la inocencia de nuestro pobre y sacarle de la cárcel, acompañémosle á su casa con muestras de consideración y aun de respeto. Digamos á sus conocidos, á sus amigos, á sus vecinos, á todos los que puedan oírnos, que estaba inocente, que la justicia humana es imperfecta y limitada como el hombre, que la sospecha es la combinación de la impotencia y de la perversidad, que sólo Dios puede ver los corazones, y que no viéndolos y juzgando sólo por hechos, ¿qué juez no está expuesto á confundir por un momento el crimen y la inocencia?

La infernal máxima, *di mal, que algo queda*, es de una triste verdad: la calumnia deja señales por donde pasa, como un líquido emponzoñado, que tiene grandes afinidades con el conducto por donde corre. Nada será demasiado, nada será talvez bastante para rehabilitar en la opinión á nuestro inocente encarcelado. Los buenos temerán mancharse con él; los

medianos se complacerán en humillarle, porque el común de los hombres no comprende levantarse sino rebajando á los otros; los malos se congratularán de contarle entre los suyos. ¡Oh! Hagamos de manera que no lo consigan. Saquemos á nuestro protegido de aquella casa, de aquel barrio, de aquel pueblo, para que en su desesperación no acepte las calificaciones que le dan: es frecuente que el hombre acabe por ser lo que el mundo le llama.

Si nuestro pobre es culpable, si debe permanecer mucho tiempo en la cárcel, y tal vez sufrir después su condena en presidio, echemos mano de todas nuestras fuerzas, de toda nuestra constancia, de todo nuestro celo, é invoquemos el auxilio de Dios, que bien le habremos menester para no desalentarnos. Aquel desdichado dió un paso por el camino del crimen, y todo cuanto le rodea le empuja en su resbaladiza pendiente. Dada la organización de nuestras cárceles y presidios, el crimen se parece á esas corrientes que hay en ciertos mares, que atraen á largas distancias y tragan irremisiblemente

al que entra en la esfera de su mortal acción.

El mal es grave, pero la desesperación es un pecado y una cobardía. Ni en la mansión de la miseria, ni en la del dolor, ni en la del crimen, en ninguna parte, escribamos la horrible leyenda que sólo está bien á las puertas del infierno: *Dejad toda esperanza los que entráis*. La esperanza, esa consoladora hermana de la caridad, debe acompañarnos á todas partes, sea que el mundo la califique de heroísmo, ó que la llame locura.

¿Qué vamos á hacer en el patio de aquella cárcel, en medio de ese coro de blasfemias y obscenidades, con que la voz del cinismo sofoca la voz de la conciencia; en esa escuela normal de perversión; en ese gimnasio del crimen, donde tantos Hércules escriben sobre las columnas de sus manos ensangrentadas un lúgubre *¡No hay más allá!* ¿Iremos allí á recitar oraciones y hablar de Dios y de virtud? Un hombre caritativo no es un insensato; es un hombre bueno, que ama á los hombres, espera en Dios y no abjura su razón.

Iremos al patio de la cárcel, no á pre-

dicar, sino á ver á nuestro pobre; y él, quien quiera que sea, y donde quiera que esté, nos lo agradecerá; y hé aquí que ya hemos hecho un bien, ya hemos despertado el hermoso sentimiento de la gratitud en aquel antro de maldades: la caridad, como el sol, donde quiera que penetra, hace brotar flores. Nosotros debemos conocer á nuestro pobre: según sus antecedentes será el lenguaje que con él tengamos; pero quien quiera que sea, siempre le interesará el estado de su causa y los pasos que demos para mejorarle. Como no nos escandalizaremos, más que en nuestro corazón, de nada de lo que oigamos, ni reprenderemos con imprudencia, tal vez se acerquen á nosotros algunos de aquellos seres extraviados; acaso podamos hacerles algún favor, y lleguemos á formar un pequeño núcleo de hombres que nos miren como amigos. Arrojemus allí la semilla de los buenos sentimientos, allí y donde quiera, con la profusión con que la naturaleza las arroja todas. El viento las lleva sobre las aguas y sobre las rocas; pero alguna cae en buena tierra y fructifica. En una oca-

sión solemne, ante una de esas escenas que conmueven, si se administra el Viático á un compañero enfermo, si otro va á ser conducido al patíbulo, y nos arrodillamos y oramos, es posible que aquellos seres pervertidos se arrodillen también, y se asocien á la oración en que pedimos á Dios misericordia para el moribundo ó para el culpable á quien los hombres no pueden perdonar.

También podemos dejar algún libro que entretenga el tiempo, siempre largo en la cárcel. ¿Y qué clase de libro debe llevarse allí? Ni fray Luis de Granada, ni una novela impía; un libro que distraiga sin pervertir, aunque no enseñe mucho. No seamos en esto nimiamente escrupulosos: un libro inútil en otra parte, puede ser útil en la cárcel, y hay pocos tan malos como lo que hacen y lo que dicen los encarcelados, á quienes se agrupan ciegamente para abandonarlos en la ociosidad, sin tener otro cuidado que el de que no se escapen.

Si nuestro criminal es conducido á presidio, veamos si podemos hallarle allí un protector y un guía; y si sabe leer, es-

cribámosle. ¿Por qué no? Hemos visto cartas de presidiarios, en que manifestaban su profunda gratitud hacia los que habían querido favorecerlos, y su gran deseo de salir de allí, para ir *á besarles la mano*. Un hombre que se ha hecho notable por su ciencia y que lo es todavía más por su bondad, tenía á su cargo una obra pública, donde trabajaban presidiarios. Para nada se necesitaba allí el rigor ni la amenaza. Construían con esmero y perfección muchos útiles y herramientas necesarias para la obra, que se presentaron en Madrid en una Exposición, y si no fueron notados, consistió en que la atención del público suele ser frívola y caprichosa. Se trabaja mucho y bien; si había prisa, se trabajaba tanto, que parecía que aquellos hombres estaban poderosamente interesados en la conclusión de la obra, cuando no tenían otra retribución que su mal rancho y las buenas gracias del que la dirigía. Si había que llevar ó traer caudales, solían desempeñar esta comisión dos presidiarios, á quienes el ingeniero daba su mismo caballo. Los caudales se entregaron siempre

fielmente, y el caballo fué cuidado con esmero. ¿Por qué sucedían todas estas cosas? Porque al frente de aquellos hombres, acaso más desgraciados que culpables, estaba uno bueno é inteligente; porque todos querían mucho á don N. . . No caben en estas páginas nombres propios; los bendecimos sin escribirlos; pero de este hecho y de otros análogos resulta que, aun en los presidios de España, los hombres pueden amar, es decir, que todavía son susceptibles de corrección y enmienda.

CAPITULO XIII.

DE LA PRUDENCIA EN LA LIMOSNA.

Como nadie se recela de sus buenos sentimientos, son más difíciles de evitar los males que de ellos pueden venir. Es una cosa tan santa y tan dulce dar limosna, que una vez averiguada la verdadera necesidad, podemos seguir los impulsos de nuestro corazón sin ninguna especie de traba: así parece á primera vista; pero no lo es realmente.

En primer lugar, hay pobres antipáticos, y otros con quienes simpatizamos; nuestro corazón nos lleva á favorecer á éstos más bien que á aquellos, y la razón y la justicia deben ordenarnos lo contrario. El pobre que nos causa cierta repulsión, suele inspirarla también á los otros,

es decir, tiene una desgracia más, que debemos compensar hasta donde nos sea posible, haciendo inclinar en su favor la balanza de nuestros beneficios. Hacer bien á los que nos inspiran simpatía, es un goce: la virtud consiste en favorecer á los que no nos la inspiran.

Además, la limosna ha de estar en armonía con la situación del que la recibe; si no, podemos mortificar mucho con ella ó despertar ideas que deben quedar como dormidas. Lo primero es raro. Las personas caritativas tienen mucha delicadeza en su corazón para dar esas limosnas que humillan; para llevar á una familia, que disfrutó comodidades y se ve en la indigencia, una prenda de ropa tosca, que hace subir los colores al rostro y descender la amargura á su alma, mostrándole toda la extensión de su desgracia; de aquel abismo que la caridad y la esperanza deben cubrir á sus ojos. Cuando una moneda no se puede poner, sin grosería, en manos del que la necesita, se deja sobre una mesa, ó se le da á un niño, etc., etc.

Pero no basta la delicadeza; es también

necesaria la prudencia. Si á un convaleciente desganado le llevamos un manjar más apetitoso, cuidemos que ni por su calidad ni por su precio se aparte mucho de los que él suele y puede usar. Cuando esté restablecido, comerá de todo, cierto; pero bien podrá ser que recuerde aquel alimento, aquella bebida delicada, que él no sabía que existiese, y que le reveló nuestra imprudente bondad; bien podrá ser que caiga en la tentación desaborear otra vez aquellos manjares, cuyo recuerdo le incita; y el pobre se arruina en el momento que deja de ser sobrio. Tengamos, pues, con él lujo de amor y de tolerancia; pero en cuanto á proporcionarle goces que no estén en armonía con su situación, seamos muy circunspectos, porque las necesidades se crean con mucha facilidad, y se satisfacen muy difícilmente.

La propia consideración hemos de hacer con respecto á los niños. Convendrá muchas veces que les llevemos golosinas ó juguetes; pero que sean de los que ellos conocen y han adquirido alguna vez y pueden volver á adquirir: de otro modo,

sobre establecer dolorosos contrastes; les revelaríamos goces y refinamientos de un mundo que deben ignorar ó olvidar, sino han de ser muy desgraciados. Cuando la limosna consiste en vestidos, el error es todavía más fácil, y puede ser más fatal. Reunimos nuestras ropas usadas y las de nuestros amigos y amigas, y nos complacemos en pasarles revista, en ver que abultan mucho, en notar que aún están vistosas: vamos á poner á nuestros pobres muy majos, y distribuimos mentalmente las prendas de nuestro pequeño vestuario. Nuestra voluntad es buena, Dios la recibe; pero en cuanto á nuestra prudencia, podrá dejar mucho que desear. Es probable que convenga vender ó cambiar, ó cuando menos variar de forma, aquellas prendas que pensamos dar tales como están. En algunos casos podemos hacerlo, si se trata de familias que han estado bien acomodadas y conservan necesidades y hábitos de otra posición mejor; pero cuando no media esta circunstancia, cierta clase de objetos, sobre ser de poca utilidad, porque su delicadeza no está en armonía con el género de

vida y costumbres de los que han de usarlos, pueden llevar á una familia pobre dolorosos contrastes y peligrosas aspiraciones. La vanidad penetra insensiblemente por todos los póros de nuestra alma, reviste todas las formas, se acomoda á todas las circunstancias y se alberga indistintamente en el palacio y en la buhardilla. Un vestido dado imprudentemente á una niña, puede preparar el camino á los extravíos de una joven. Una criatura que se confundía modestamente con las de su clase, puede querer distinguirse de ellas por una dádiva imprudente, que la hace notar ó parecer más bella. Una vez despertada la vanidad, echa profundas raíces, y sólo Dios sabe la paz y las virtudes que á ella se inmolan. Cuidemos mucho por nuestra parte de no fomentarla imprudentemente, sobre todo entre las niñas y las jóvenes, que pueden tener en ella un gran escollo para su virtud. Que nuestra limosna socorra necesidades, y no fomenté caprichos ni despierte pasiones peligrosas.

CAPITULO XIV.

DEL RESPETO AL DOLOR

El que va en busca de su hermano desvalido para consolarle, no insultará seguramente su desgracia. ¿Para qué recomendarle el respeto al dolor? Porque todos hemos oído decir alguna vez, y acaso hemos dicho: *«Esa gente no siente como nosotros. Los pobres no sienten.»*

Comprendemos que los pobres, por su género de vida, sean menos susceptibles, y que el hábito de sufrir endurece para los sufrimientos; pero si restáramos de nuestra decantada sensibilidad la hipocresía, que los pobres no tienen, y las conveniencias sociales, que desdeñan y acatamos nosotros, no nos pareciera tanta la distancia entre su modo de ser y el nuestro. ¿Qué diferencia esencial hay en-

tre el pobre que, después de perder á una persona querida, sin consultar más que su corazón, se va á la taberna, y el rico que consulta impaciente el calendario para ver el día en que podrá cambiar de traje ó ir al teatro?

—Pero supongamos que en general los pobres sienten mucho menos; admitámoslo como regla; ¿creemos que no tiene excepciones numerosas?

—¿Cómo va, Juan?

—Medianamente, señora: con este tiempo no se puede trabajar. Algunos ratitos que no llueve hago algo en la huerta de D. N.... y me dan la comida.

—¿Y á dónde va usted con ella?

—La llevo á casa.

—¿Poca cosa será para todos!

—Poca; pero á lo menos así aprovecha; porque comer yo solo, pensando que mi mujer y mis hijos no comen.....

—¿Qué es eso, pobre María? ¿Se han aumentado los dolores?

—No, señora.

—Pues, ¿por qué está usted tan afligida?

—Hoy hace siete años que me despedí de la hija de mi alma, que murió en el hospital. Me parece que la estoy oyendo. «¡Adiós, madre mía! me decía, ¡no nos volveremos á ver!» Y no nos vimos más. Llegó la hora, tuve que dejarla, y murió sin que yo supiera cómo, ni oyera la última palabra que dijo.....

—¿Qué ha tenido usted, Antonia?

—Me encuentra usted muy cambiada, ¿no es verdad?

—¿Ha estado usted mala?

—Sí, señora.

—¿Qué ha sido?

—Una pena, que fué para morir de ella; pero los pobres no morimos de penas. ®

—Los ricos tampoco. ¿Qué le ha sucedido á usted?

—Mientras hallaba dónde recogerme, estaba en aquella caza que usted sabe, de gente poco buena. Se puso malo el niño, y se murió en pocas horas. No estaba empadronada; me dijeron que en aquella pa-

rruquia no le querían enterrar porque no pertenecía á ella; que los iba á comprometer; que no había médico que diese certificación de que el niño murió de enfermedad; porque ninguno le había asistido; que me acusarían de haberle matado. . . .

Le cogí, yo, su madre; le llevé muerto por las calles, por tantas calles como hay de allí á la Inelusa, y le dejé en el torno. Luego eché á correr horrorizada, y después no se lo que me pasó, hasta que me ví enferma en el hospital

¡Los pobres también sienten! Y cuando uno siente con delicadeza, con vehemencia, ¡es horrible ser pobre! ¡La falta de medios materiales y de consideración, qué de torturas añade á la pena que Dios envía! Aquella pobre madre ve consumirse lentamente á su hijo. Le dicen que le lleve á tomar baños ó variar de clima; no puede: que al menos cambie su habitación por otra menos lóbrega y húmeda, no es posible tampoco: que le dé alimentos más nutritivos; no tiene medios. Al fin le ve caer y expirar. Al mismo tiempo sus hermanos lloran de hambre, y es

preciso atenderlos; luego, rendida de cansancio y de dolor, duerme al lado del hijo, que no despertará; por la mañana se horroriza de su sueño, ve sacar el cadáver, sabe que le llevan á la fosa común, que nunca podrá arrodillarse junto á una cruz y decir llorando: «¡Aquí está mi hijo!»

Aun admitiendo por regla que los pobres sienten poco, en honor de la verdad: por cierto muy tristes, hay que admitir que esta regla tiene numerosas excepciones. Si no tenemos pruebas, muchas y muy evidentes, de la dureza de un pobre, tratémosle en sus grandes penas como si fuera muy sensible; evitémosle esas escenas desgarradoras que destrozan el alma. Poco se ha perdido si nuestra solicitud no era necesaria: ¡y qué horrible sería que, siéndolo, faltase, y que añadiésemos al dolor inevitable otros que hubiéramos podido evitar! En todo, para no faltar nunca, es preciso sobrar muchas veces: sobre-mos, pues, de tal modo, que el vulgo pueda decir: «¡Qué necedad!»; pero que el hombre caritativo no diga nunca: «¡Que dureza!»

CAPITULO XV.

DE LOS ENFERMOS DE ESPIRITU.

Entendemos por *enfermos de espíritu* aquellos desgraciados que, no siéndolo por falta de medios materiales, se extravían sin corrección ó sufren sin consuelo.

Desde luego se comprende lo difícil de auxiliar á esta clase de desdichados, y que no todas las personas serán aptas para llevarles sócorro. La primera dificultad consiste en saber dónde están: los otros infelices no buscan; á éstos necesitamos buscarlos. Un gesto, una palabra, una lágrima, un rostro que se enciende ó palidece, revelan á veces un dolor oculto, que nadie sospecha ni consuela. Por regla general, en todas esas criaturas que el mundo llama *raras, extravagantes, excéntricas ó locas*, hay siempre algún gran

extravío ó algún gran dolor: tal vez las dos cosas. Acercuémonos á estos pobres seres, que el mundo relega moralmente con una desdeñosa sonrisa; acercuémonos, y veremos con asombro grandes errores, grandes virtudes y grandes desdichas en aquellas misteriosas existencias, especie de cavernas en donde nadie encendió luz.

Para acercarse al enfermo de espíritu suele haber dos dificultades, material una, moral otra; de la primera se triunfa con arte, de la segunda con caridad. Se buscan relaciones y se espía el momento propicio en que poder dirigirse al pobre sin violencia. Nunca será excesivo el cuidado que pongamos para que nuestras primeras relaciones parezcan naturales, y más bien hijas del acaso que de ningún cálculo por nuestra parte. El enfermo de espíritu está, por regla general, poco dispuesto á creer que sus males tienen remedio, y mira con cierta prevención al que se acerca á él con el objeto de curarle. El amor propio es tan monstruoso y tan irresistible en sus exigencias, que hostiliza aun á los que nos traen consuelo, por ver una especie de humillación en que

otro nos alcance un bien que no pudimos hallar solos: no olvidemos que en la clase á que, por lo común, pertenece el enfermo de espíritu, el amor propio es mucho más susceptible que en el pobre vulgar. No obstante, hay momentos solemnes en que enmudece: si nos acercamos á nuestro infeliz en uno de ellos, cuando un sentimiento profundo ó una gran pasión le agita fuertemente, entonces podremos ir derecho al corazón, sin necesidad de los rodeos que los hábitos, las preocupaciones, el carácter y el amor propio hacen necesarios.

El obstáculo moral que hallamos al acercarnos al triste está en su reserva, en su retraimiento, en su hábito de sufrir solo, en su suspicacia, ó cuando menos, en la desconfianza con que nos mira. Hay casos en que estos obstáculos parecerán insuperables, en que tendremos por imposible hallar medio alguno de ganar la confianza de nuestro desventurado. No nos desalentemos. Hay un camino seguro para llegar á todo corazón que padece, y este camino es el amor. ¡Sufrimos tanto cuando sufrimos solos! La soledad

del corazón es tan desconsolada, que, á pesar de todos los hábitos, de todos los propósitos, de todas las apariencias, bien pronto bendecimos en el fondo de nuestra alma al que nos desea paz y nos procura consuelo.

A veces el dolor tiene una especie de fanatismo, y parece que se complace en creerse incurable y eterno; pero en realidad, el corazón recibe el consuelo como los ojos la luz: enfermos, se cierran á ella; pero su tendencia, irresistible es á mirarla.

Al manifestar lo que entendemos por enfermos de espíritu, hemos dicho: «Los DESGRACIADOS que, no siéndolo por falta de medios materiales, etc.» ¿Y por qué decimos los *desgraciados*? ¿No hay dichosos que se extravían, que se precipitan, y tienen necesidad de nuestra dirección y consejo? Seguramente; más por regla general la felicidad escucha mal las amonestaciones de la prudencia; es demasiado ciega, sobrado arrogante para ver precipicios bajo las flores que cubren su camino, ni razón donde no hay alegría: ella

oponerlas al irresistible poder de una desventura sin remedio? ¿Qué es nuestra razón ante aquel desconsuelo, nuestra palabra á vista de aquellos gemidos? Y luego, nosotros, cristianos, hemos divinizado el dolor, le adoramos en los altares, personificado en la bendita entre todas las mujeres, en la triste entre las tristes, en esa divina Madre que tiene una lágrima eternamente suspendida, y un corazón atravesado por la espada del desconsuelo.

Á nosotros, cristianos, la criatura que se aflige por no haber podido realizar alguna cosa grande, que suspira por haber sido vilmente defraudada en sus más dulces esperanzas, que gime junto á un lecho de dolor ó llora sobre una tumba, nos parece sublime, nos inspira respeto; al acercarnos á ella, creemos oír una voz de arriba, que nos dice: «¡Detente, profano!» La suposición de que pueda sentir menos, se nos figura como una calumnia, como una impiedad; el dolor la diviniza: consolarla, ¿no sería envilecerla? ¡Oh, no! El dolor profundo, cuyo origen está en los nobles sentimientos, imprime carácter.

Llegad á los que aflige; no hayáis miedo que se degraden; siempre conservarán algo de sagrado estos ungidos de la desgracia; consoladlos sin temor: por más que hagáis, nunca serán vulgares ni dichosos.

Los grandes dolores que se apoderan de todas las facultades del alma, que pueden confesarse sin rubor y razonarse á sangre fría, fascinan como todo lo grande, y nuestro primer sentimiento es de impotencia; pero las naturalezas capaces de sentirlos son, por lo común, ricas en facultades, y la misma impresionabilidad que las predispone á la aflicción, las hace accesibles al consuelo. Un corazón generoso y amante no puede ser insensible á nuestra solicitud, á nuestra constancia, á nuestro deseo de su bien, á nuestras lágrimas: agradecerá nuestro cariño, y la gratitud es el primer síntoma de alivio, la primera forma de la resignación. Hablemos de lágrimas y de cariño, porque el que no siente y no ama, no puede consolar. Mas ¿quién no ama y no compadece á la noble criatura atribulada por un santo y profundo dolor?

posee la ciencia de gozar, y desdén a todas las otras.

El dichoso no escucha, pero hay pocos dichosos y por poco tiempo. Como la ventura enerva, el venturoso es débil, y cae por tierra al primer golpe de la desgracia. ¿Qué se hicieron su brillo, su arrogancia, su infatigabilidad? Al primer choque con el dolor se desvanecieron, como esos globos de espuma de jabón que hacen los niños y que no resisten el contacto de ningún cuerpo duro. Cuando queramos corregir a un hombre, esperemos á que sufra: no es probable que tengamos que esperar mucho tiempo.

El enfermo de espíritu puede verse reducido á su triste estado por errores del entendimiento, por extravíos de sus pasiones, por la vehemencia de su corazón.

Exige mucha perseverancia rectificar los errores cuando se han convertido en hábitos, como generalmente sucede en las personas de que tratamos. Solas viven, solas sufren, solas deliran, y el error en la soledad crea monstruos, como el miedo en las tinieblas. En muchos casos nos parecerá que un hombre está loco, y no es sino que ha vivido solo.

En toda aberración del entendimiento, que produce la desgracia del que la tiene, hay siempre una idea del que se presenta con más frecuencia y con más fuerza; una idea más ó menos fija, y otras que la han precedido y que la siguen, sirviéndole como de compañeras y auxiliares.

Podrá suceder que nuestras ideas y las de nuestro afligido no coincidan, que lo veamos todo de distinta manera: guardémonos de revelarles este antagonismo, porque si él nota que no convenimos con él en nada, tendrá por muy razonable no convenir con nosotros en ninguna cosa. Callemos nuestra opinión alguna vez; aparentemos ser de la suya en cosas de poca importancia; no vayamos á contradecir todo lo que no aprobamos; antes, por el contrario, ataquemos los errores uno á uno, sin querer rectificar el que está delante, si no hemos extirpado de raíz el de atrás. La contradicción sobre muchas cosas á la vez, por suave que sea en la forma y razonada en el fondo, aparece casi siempre como un ataque, y más bien que de corregirse, da la idea de defenderse.

Hemos dicho ya que en el enfermo de

espíritu extraviado por errores hay casi siempre una idea culminante, una idea más ó menos fija, causa principal de su malestar: lo más natural parece combatirla desde luego, pero no es lo más prudente. Debemos rectificar antes otras, á que nuestro infeliz dará menos importancia y sostendrá con menos empeño, ya porque en materia de obstáculos es cuerdo empezar venciendo los más débiles, ya porque quien se ha extraviado solo durante mucho tiempo necesita adquirir el hábito de ceder, de deferir á la opinión de otro; hábito que podrá contraer cediendo en cosas pequeñas, y contribuirá á que se obstine menos en las de más importancia.

Procuremos también no incurrir en el error, muy común, de exigir del hombre más razón de la que tiene, y pretender que sea todo lógica y consecuencia, cuando lleva en sí tantos elementos de desconcierto y contradicción. El que es desgraciado porque se equivoca, necesita guía y luz para su entendimiento: démosela hasta donde nos sea posible, pero teniendo siempre á la vista, primero su des-

gracia, su error después. Esto nos hará más pacientes y más ingeniosos para hallar medios de convencer: la razón aprende muchas cosas que sólo el corazón enseña.

¿Qué pondremos en frente del error al infeliz que se extravía? ¿Llevaremos la verdad? ¿Bastará que la vea para que la comprenda y la reciba? Tal vez le deslumbre su brillo; tal vez lastime dolorosamente sus ojos, no acostumbrados á tan vivo resplandor; tal vez los aparte con terror y con pena, no imaginando que el bien pueda venir bajo una apariencia tan desoladora. Al que está muy fuera de razón hay que irsela dando en muy cortas dosis, y una idea fija se combate mal con argumentos, por más concluyentes que sean. El hombre es un compuesto de facultades de aptitudes diversas, y su atención, y su sensibilidad tienen como una medida; de tal modo, que aplicadas con mucha fuerza en un sentido, aparecen debilitadas en otro. Al que es víctima de una idea fija y errónea, que le hace desgraciado, no empeceemos por contradecirle; no intentemos probarle que lo que

piensa es absurdo, sino procurar que piense en otra cosa: en vez de confundirle, distraigámosle. Nuestro primer cuidado no ha de ser que reconozca como absurdo su pensamiento, sino que se entregue menos á él. La verdadera fuerza de una idea está, no en lo que vale, sino en la atención que se le presta: disminuíd esta atención, y en el mismo grado disminuye el daño que os causa.

Estudiemos las facultades, las inclinaciones de nuestro enfermo, y procuremos poner en ejercicio aquella ó aquellas más señaladas, de modo que su acción venga á servir de contrapeso á la actividad excesiva de su idea dominante. Si nuestro afligido es vano, toleremos su vanidad; si orgulloso, su orgullo; si tuvo en otro tiempo deseo de adquirir, hablémosle de especulaciones, ó de ciencias, ó de artes, si para ellas tiene alguna aptitud: sobre todo, leamos bien en su historia, en la de su corazón, para hallar en sus afectos un medio de corregir sus extravíos mentales. Los afectos, las facultades, las inclinaciones, es raro que se aniquilen, por más sacudimientos que experimente nuestro

ser moral; más bien que desaparecer, duermen en el fondo de nuestra alma, y es necesario despertarlas para restablecer la armonía, turbada por la preponderancia de una idea errónea. Debemos repetirlo: nuestro principal medio no consiste en presentar argumentos concluyentes, sino en reducir á la inacción aquella parte de la inteligencia que, extraviándose, nos mortifica. Si nuestro enfermo, en vez de entregarse doce horas á su idea dominante, se entrega once y media, ha dado ya un paso para su curación.

Cuando la paz del alma está alterada por alguna ardiente pasión, tenemos que combatir un enemigo tan poderoso, tan terrible, que, á su vista, la primera idea que nos asalta es la de nuestra impotencia, y nuestra primera resolución la de abandonar al desdichado á su propia suerte. ¿Qué somos y qué valemos para luchar con ese poder irresistible, que se llama pasión; con ese monstruo, cuya fuerza no podemos apreciar, cuya forma no podemos comprender, que nos aterra con su rugido y nos atrae con un halago, á quien atribuimos un origen infernal en

sus delirios, y que en sus momentos sublimes parece venida del cielo? Luchar con ese gigante, ¿no es querer abarcar el espacio en nuestra débil mano, ó medir el infinito?

No nos desalentemos por desoladoras apariencias. Todo en el hombre es limitado, efímero: el que se agita á impulsos de alguna pasión poderosa, necesita comer y dormir, y ningún grande sufrimiento, físico ó moral, existe sin intermitencias.

En el hombre apasionado que sufre, hay la pasión y el dolor, la causa y el efecto. No tengamos la insensata arrogancia de empezar combatiendo la causa; dirijamos nuestros esfuerzos á disminuir el efecto, y prescindiendo del insensato que se extravía, pensemos en el misero que padece. La pasión es sorda, pero el dolor escucha; hablémosle el lenguaje de la compasión, único que comprende, y nuestras palabras hallarán eco.

¿Qué hacemos con un herido? Curarle primeramente, sin averiguar si se halla en aquel estado por culpa suya. Con el hombre apasionado debemos hacer lo mismo: debemos darle muchos consuelos an-

tes de aventurar el primer consejo. No nos ocurra nunca la idea insensata de combatir la pasión de frente y con razonamientos y lógica; cuando á un hombre apasionado le decimos, y aun le probamos, que es detestable lo que adora é imposible lo que pretende, podemos estar seguros de excitar su cólera ó su desprecio. La pasión, como todo lo que tiene una gran fuerza, se cree infalible: nada más inútil que argumentar contra ella.

Antes de combatir los funestos efectos de las pasiones, fijémonos bien en la causa, sepamos bien lo que es pasión. Pasión es la necesidad imperiosa del objeto que la inspira; es la acumulación de todas las fuerzas del alma para conseguir este objeto. La pasión no es, en sí misma, una especie de monstruo, como tal vez imaginamos: su deformidad está en su violencia. Todo afecto, toda inclinación, todo deseo, puede llegar á ser pasión, y las pasiones, aunque nos parezca que nacen gigantes, porque realmente lo son cuando las notamos, tuvieron un momento en que fueron afectos, inclinaciones, deseos moderados. Conviene tener esto presen-

te para no hacer *apasionado* sinónimo de *insensato*, ni creer que el hombre que delira en un sentido no escucha razón en nada.

Hay naturalezas volcánicas, que tienden á transformar en pasiones todos los afectos y los deseos todos. En ellas es posible combatir una pasión con otra, substituyéndola con alguna menos perjudicial, tal vez con alguna útil. Querer llevar la calma á estas organizaciones es un delirio, y más de una vez la inacción forzada produce en ellas movimientos convulsivos, desórdenes irreparables. Dejemos que la persona vehemente sienta, sufra y obre con vehemencia; procuremos enderezarla hacia el bien, sin intentar que vaya con movimientos acompasados. Esta exigencia nuestra bastaría tal vez para arrojarla del buen camino, sólo para buscar otro por donde pudiera marchar más aprisa: tratándose de naturalezas apasionadas, la pretensión de contener es el medio seguro de no dirigir. ¡Cuántos hombres se lanzar al vicio, al crimen tal vez, por no haber tenido quien dirigiese su energía por vías menos fatales!

Un triste es tanto más fácil de consolar, cuanto sus facultades son más variadas y más numerosos sus afectos. La pasión que le aflige puede hallar moderadores en el cariño que le conmueve, en el triunfo de amor propio que le halaga, en el trabajo que le ocupa, en la contrariedad que le irrita. Nuestro estudio principal debe consistir en buscar ocasiones en que se ejerciten los afectos ó las facultades que pueden servir de correctivo á la pasión que extravía.

Hay personas cuyo ser moral é intelectual parece limitado á un afecto, á una facultad. Estas personas son muy difíciles de consolar en sus dolores y de corregir en sus extravíos: cuando un pensamiento las domina, en vano buscamos otro que oponerles. Tales organizaciones ofrecen dificultades insuperables, y de ellas salen los monomaniacos y los dementes. Por fortuna, no son muy numerosas; pero si nos hallamos en frente de alguna, no deduzcamos la ineficacia de nuestros medios de la inutilidad del esfuerzo, ni el mal éxito de nuestra tentativa nos desaliente para hacer otra cosa.

Si nuestra misión es difícil para con el error y la pasión, ante el dolor no es más fácil. ¿Quién es capaz de clasificar los dolores, aunque emplease en este trabajo la vida entera? ¿No son casi infinitos por su número é imposibles de estudiar por su variedad? Cada persona que sufre ¿no parece afligida por un dolor diferente? A primera vista las diferencias asustan, quitan las esperanzas de poder formar alguna idea general del dolor; pero á medida que se profundiza un poco, á través de las diferencias se hallan las semejanzas. El dolor tiene sus criaturas excepcionales, que padecen penas sin nombre, cuyas nada más, y fuera de todas las reglas que da la limitada inteligencia humana; pero la generalidad de los tristes puede clasificarse, y si no en la forma, en la esencia, los que pertenecen al mismo grupo padecen de una manera parecida.

Lo primero que debemos investigar es el origen del dolor para que busquemos consuelo. Puede tenerlo en los malos instintos, en las nobles facultades, en los tiernos afectos. En el primer caso el do-

lor es una enfermedad del alma, comparable á esas corporales que dan asco; en los otros, diríase que es como un mérito, como una virtud; á veces parece que diviniza al desdichado á quien aflige.

El dolor que tiene su origen en los malos instintos, es una falta cuando menos, y en este caso no es posible consolar sin corregir. Necesitamos vencer cierta repugnancia para acercarnos amorosamente á la criatura cuya desgracia es efecto de la envidia, de la soberbia, de la codicia, de una ambición insensata, etc., etc.; pero no debemos abandonar una dolencia del alma porque nos inspire repulsión, como no estaría bien dejar sin curar una llaga porque nos dé asco. Ante un desgraciado culpable pensemos en que no hay nada más difícil que apreciar con exactitud el grado de culpabilidad de una persona. ¿Dispone nadie del temperamento que le ha cabido en suerte, de la educación que recibe, de la moralidad y carácter de sus padres y amigos, de la época en que vive, de su posición social, de las circunstancias todas que le rodean y que tanto influyen en sus ideas y en sus

acciones? ¡Cuántas influencias reciben el niño y el joven antes que ellos puedan influir eficazmente en su propio destino! ¡Qué de obstáculos no opone á veces la suerte al mejor deseo! ¡Qué combinaciones tan fatales no nos envuelven, formando una especie de laberinto, de donde es muy difícil salir sin pecado! En el infeliz culpable hay una cosa positiva, la desgracia; en cuanto á la culpa, ¿quién sabe si no lo será á los ojos de Dios? Y en todo caso, ¿quién es capaz de apreciarla exactamente? Si hemos meditado en lo imperfecto que son los medios que tenemos para juzgar, comprenderemos que es punto menos que imposible calificar una falta sin perjudicar ó favorecer á la persona que la ha cometido. En caso de duda, favorezcamos, porque la injusticia, siempre mala, es horrible ejercida contra un desdichado.

Por más benévola que sea la disposición de nuestro espíritu, no debemos disimularnos las dificultades que tendremos que vencer. En igualdad de energía, un dolor es tanto más difícil de consolar, cuanto su origen es menos noble: los do-

lores egoístas tienen todos algo de acre, que opone al consuelo una tenaz resistencia. El avaro, que no puede resignarse con la pérdida de su tesoro; el envidioso, que sufre al ver la prosperidad del que aborrece; el sensual, que suspira por goces que no puede alcanzar, tienen en su extravío un aplomo desdeñoso, que es preciso desconcertar.

Debemos hacer comprender á nuestro enfermo que todas las consideraciones que con él tenemos se las debe á su desgracia; que en cuanto á su razón, se halla miserablemente extraviada, y que no es infeliz sino por haber buscado la felicidad donde no puede hallarla nadie. Veamos de estimular sus afectos benévolos, de dar expansión á su ánimo contrariado, de hacerle ver el egoísmo en otro con todas sus deformidades y amarguras, asegurándole, como es cierto, que el que no piensa más que en sí, no puede ser querido de nadie, y que el que de nadie es querido, acaba por ser infeliz. Ofrezcámosle el cuadro de la alegría y de la ventura, cifrada siempre en los sentimientos expansivos y benévolos, y cómo parece

que Dios no se digna conceder nada al que lo quiere para sí todo. No nos será difícil presentarle ejemplos prácticos de esta verdad, y cuadros sombríos del egoísmo puesto en acción, hallando en el mundo la hostilidad, el desprecio que merece, y cuyo resultado es la desgracia del egoísta. No nos será difícil tampoco probar que, si hay hombres que se elevan y prosperan materialmente por sus malas cualidades, no hay ninguno que tenga goces y satisfacciones que merezcan este nombre sino por sus afectos benévolos. Las supuestas venturas, cuyo origen está en la satisfacción de los sentimientos egoístas, tienen siempre algo de sombrío y de agitado, mucho de incompleto; en fin, no son venturas.

Hemos dicho que la razón y la lógica luchan mal con el hábito y las pasiones; pero en el caso que nos ocupa, es preciso razonar hasta donde pueda seguirnos la inteligencia del paciente; y esto por dos razones: la primera, porque el egoísmo, que lo pesa y mide todo, lleva al dolor que causa esos hábitos de cálculo, y examina el pro y el contra de las resolu-

ciones, y las ventajas y los inconvenientes de una línea de conducta; la segunda, porque estas naturalezas egoístas son generalmente pobres, si se nos permite esta expresión; tienen pocos recursos, pocos resortes que podamos tocar con buen éxito para neutralizar la preponderancia de un instinto que extravía. Sin embargo, no hay que renunciar á este medio eficaz, sino después de habernos cerciorado de que no es posible emplearlo: debemos estudiar siempre cuidadosamente las facultades é inclinaciones de nuestro afligido, para oponer las que pueden aliviarle á las que le hacen infeliz.

He aquí una criatura sola, desdichada, que sufre porque es buena, ó porque es grande. ¡Qué espectáculo! ¡Qué amargura ver convertidas las más nobles facultades del alma, los más tiernos afectos del corazón, en manantiales de lágrimas! ¡Qué terrible nos parece el misterio que hace brotar el dolor de una alma generosa, de un corazón amante! En presencia de aquella amargura tan profunda, tan inmensa, quedamos como anonadados. ¿Qué son nuestras débiles fuerzas para

No pronunciemos nunca la palabra *consuelo* delante de una gran pena; parecería un insulto, una impiedad: el verdadero afligido se identifica con su dolor, y le acaricia y le ama. Encareced con él las excelencias del objeto cuya pérdida le hace desdichado; convenid en lo irreparable de su desgracia; mostraos convencidos de que ya no hay bien posible para él sobre la tierra. Aquel gran pensamiento frustrado, aquella defraudada esperanza, aquella tumba querida, han sepultado para siempre la dicha de nuestro afligido. Lloremos con él, deliremos con él, no le contradigamos en nada, y cuando intente alguna cosa contra su vida ó su salud, no hagamos valer nuestra razón, sino nuestra pena: el hará por nosotros lo que no haría por sí mismo; el que por sentimiento se aparta de la razón, por sentimiento vuelve á ella.

Al hablar con nuestro desdichado, las primeras palabras que aventaremos que no se refieran á su pena, deben ser el relato de algún gran desastre, el comentario de alguna grande desventura; es la única cosa que está dispuesto á escuchar.

En la exaltación del dolor, es frecuente sentir una horrible complacencia ante el espectáculo de los grandes desastres. Yo no he podido realizar un grande y generoso pensamiento; que nadie realice ninguno: la sociedad ha sido injusta conmigo: que lo sea con todos: he perdido el objeto de mi amor; que perezca el género humano. Cuando una persona afectuosa siente así, guardémonos de pensar que se ha depravado; compadezcámosla en vez de acusarla: su extravío nos da la triste y exacta medida de su dolor.

Con nuestros lúgubres relatos lograremos sacar un poco de sí á nuestro afligido; empezaremos á romper el fatal hábito de no apartar de su pensamiento la idea que le abruma. Este período de amargura aere, de complacencia terrible ante el espectáculo de las ajenas desgracias, dura más ó menos, según muchas circunstancias imposibles de señalar, pero tiene un término; y ¡ay del afligido si no le tuviese, porque perdería el juicio! No hay cabeza que resista por mucho tiempo la tensión que supone del estado de que vamos hablando, Cambia al fin; el triste no

puede ocuparse más que en penas, pero empieza á compadecerlas. La compasión hacia los males de otro es un síntoma infalible de alivio: el dolor supremo no compadece; es la única situación en que el hombre es grande no ocupándose más que de sí mismo.

Cuando el triste entra en esta segunda fase de su dolencia, es ya posible contemplarle é ir formando alguna idea de su carácter, sentimientos y facultades. Estudiémosle en tanto nos sea posible, á fin de ver qué nuevo curso debe darse á aquella existencia, que ya no puede seguir el que seguía. Veamos qué objeto pueden tener sus afectos, qué dirección sus facultades; pero no le propongamos ningún cambio en forma de consejo, ni por su bien, sino en forma de ruego, y por el bien de otro. La pena tiene su pudor; respetémosle. Para el que después de una gran desgracia vuelve á la vida del alma, puede decirse que hay como una especie de resurrección dolorosa. Cada paso que da el triste fuera de aquel recinto en que sufrió los primeros accesos de su pena, le produce un terrible

sacudimiento. La primera vez que sale de su aposento, que baja la escalera; la primera vez que pisa la calle, que sube en un carruaje; la primera vez que entra en un templo, que ve el campo; que oye una melodía, todos los objetos que no ha visto, todas las sensaciones que no ha experimentado desde que es infeliz, son otros tantos dardos que vienen á desgarrar su corazón. Y aquel mundo que sigue indiferente el curso de los sucesos, y progresa y brilla; y aquella naturaleza impasible, que se viste de verdura y tiene flores y frutos, lo mismo que cuando él poseía el bien que llora perdido, llevan al alma amarguras sin número y sin nombre. Estemos prevenidos contra estas sensaciones, no para evitarlas, porque eso es imposible, sino á fin de neutralizarlas algo: el haberlas previsto, es mucho; el que adivina, consuela. Habituaado nuestro triste á vivir indetificándose con una idea ó con una persona, tiene que hacer el doloroso aprendizaje de vivir solo, de colocar en sí el centro de sus pensamientos y de sus acciones, que tenía en otra parte. Procuremos dulcificar

la amargura de este cáliz; saquemos al infeliz de sí mismo, haciéndole ver la importancia de sus resoluciones. Esta importancia no es imaginaria; la persona que siente así, cualquiera que sea su posición, puede hacer mucho bien si sabe dirigirse o halla quien la dirija. A veces nos afligirá ver las caídas de un corazón que creíamos convaleciente; no nos desalentemos; el dolor baja como la marea, con oleadas que suben de continuo.

No hay para qué insistir en que los tristes de que vamos hablando no son esos desgraciados vulgares cuyos efímeros dolores en breve consuela el tiempo; ni que al hablar de soledad entendemos la material, porque hay enfermos de espíritu muy acompañados materialmente, y cuyo corazón está muy solo.

No hemos hablado de los consuelos de la religión, tan eficaces en los grandes dolores. Si nuestro afligido es religioso, él se volverá a Dios en su tribulación; y si vemos que se aparta algo, no intentemos llevarle por esos medios vulgares, tan propios para impacientar al que se intenta corregir, ni nos escandalicemos

de las blasfemias del atribulado. ¿Por ventura el dolor no hace delirar como la fiebre? En vez de exhortar al afligido a que rece, pongámonos en oración; en vez de dirigirle largas pláticas, procuremos colocarle en medio de esas escenas que conmueven el corazón y levuelven a Dios. En cuanto al desdichado irreligioso, ni en lo acerbo de su dolor es ocasión de convertirle, ni la falta de creencia debe ser motivo para abandonarle. ¿Qué caridad sería la nuestra si abandonase a un infeliz porque tiene una desgracia más?

Para auxiliar a un enfermo de espíritu se necesita mucha bondad, mucho trabajo, mucha perseverancia. ¿Quién no se detiene ante la perspectiva de tantos esfuerzos, cuyo éxito, tal vez dudoso, no será nunca brillante? Pero en nuestros momentos de amargura debe ser muy dulce el recuerdo de un atribulado que arrancamos a la desesperación; y en el día de la justicia, tal vez se incline la balanza del Supremo Juez en favor del que pueda decir con verdad: «Señor, yo he consolado a un triste».

CONCLUSIÓN.

Mis últimas palabras no se dirigen al visitador del pobre: él sabe por experiencia cuantas lecciones se reciben, cuántos consuelos se hallan en la práctica de la caridad; no hay que recomendársela: como la conoce, la ama. Si la casualidad lleva este libro á manos de una persona que no ha visto nunca de cerca los dolores del pobre; si no le arroja desdeñosamente; si lee con interés alguna de sus páginas, la autora, en premio de las lágrimas que ha vertido al escribirlas, le pide una buena acción: que se acerque una sola vez á donde gime la desgracia: al hospital, al hospicio, á la cárcel, á casa del pobre. ¡Oh tú, quien quiera que seas, hombre ó mujer de corazón, donde el mío ha encontrado algún eco; ven, ven, entra; no pases, por Dios, sin entrar, por delan-

te de la puerta de ese desdichado! ¡Si supieras qué fácil y qué dulce es hacer bien! ¡Si supieras con qué poco esfuerzo podías dar la libertad á aquel inocente encarcelado, salvar la vida á aquel pobre niño que muere por falta de alimento, guiar al que se extravía, fortalecer el ánimo del que decae, dar esperanza al que la ha perdido y consuelo al que no tenía ninguno! ¡Si supieras cuántos hay por tierra, porque no tienen quien les alargue la mano; cuántos enfermos de cuerpo ó de alma, porque, como el de los libros santos, no puede ir en busca del agua que da salud, ni han hallado quien los lleve! Entra, entra. Aprende á ser bueno, y á ser feliz, y á ser desgraciado. Llorá alguna de esas lágrimas santas que arrancan el dolor ajeno; de esas lágrimas que, cayendo sobre el corazón, le consuelan si sufre, y si está manchado, le purifican. Completa tu felicidad con esa celeste alegría que Dios reserva á los que hacen bien. Sobrelleva paciente tu desgracia viendo la resignación del que sufre más que tú. Entra, entra. Aprende á conocerte, no te calumnies; tú vales más que imagi-

nas, tú eres mejor de lo que pensabas. Por ignorancia, por ligereza, te colocaste entre los miserables; y ya lo ves, en tu corazón hay un tesoro. ¡Tu corazón! ¿Y es completamente dichoso el corazón tuyo? ¿No le atormenta, no le aflige ninguno de tantos dolores como pueden apenarle? Si no ha sufrido, si no sufre, sufrirá: esa es la ley; y para sus heridas, ¿qué bálsamo tan prodigioso podías hallar en la caridad! Aspiraciones imposibles de alcanzar, deseos que no pueden realizarse, vacíos que nada llenan, dolores en todos los grados, bajo todas las formas, que encarnecen la razón, que no escuchan la fe, que rechazan la esperanza, han hallado en la caridad dulce consuelo. Si comunicaras con los desdichados en tus penas y en tus prosperidades, tus dolores serían menos acerbos, y tus alegrías menos incompletas. Si no tienes una mirada piadosa que dirigir al desvalido, ni le ofreces una mano amiga; si eres desdichado, corres peligro de desesperarte, y si dichoso, de envilecerte. Sé bueno en la prosperidad, para que Dios te la bendiga y no sea maldita entre los hombres. Sé bueno en la

desgracia, para quitarle lo que tiene de más acerbo; y cuando tus oídos estén sor-dos al consejo y al consuelo, que penetre en ellos la celestial melodía de una bendición. ¿Y no te parece que hay algo de repugnante y de impío en esa felicidad que olvida al infortunio? ¿Y no te parece que Dios debe negar la entrada en su reino al dichoso que no lleve sobre su cabeza la bendición de algún triste? No pases de largo por la puerta de laffligido; entra, aunque sea unavez sola: si eres dichoso, para ser bendecido; si eres infeliz, para ser consolado.



INDICE.

	Págs.
A las hijas de San Vicente de Paúl.....	5
CAPÍTULO I.—¿Qué es el dolor?.....	7
CAPÍTULO II.—¿Qué somos nosotros?.....	14
CAPÍTULO III.—¿Qué es el pobre?.....	19
CAPÍTULO IV.—De nuestro exterior al vi- sitar al pobre.....	37
CAPÍTULO V.—De las cualidades que de- be tener el visitador del pobre.....	46
CAPÍTULO VI.—De la habitación del po- bre y de su vestido.....	69
CAPÍTULO VII.—¿De qué hemos de hablar con el pobre?.....	78
CAPÍTULO VIII.—De la corrección del po- bre irreligioso.....	86
CAPÍTULO IX.—De la corrección del po- bre vicioso.....	129
CAPÍTULO X.—De los enfermos.....	154
CAPÍTULO XI.—De los niños.....	167
CAPÍTULO XII.—De los encarcelados.....	181
CAPÍTULO XIII.—De la prudencia en la limosna.....	190
CAPÍTULO XIV.—Del respeto al dolor.....	195
CAPÍTULO XV.—De los enfermos de espí- ritu.....	200
CONCLUSIÓN.....	228

THE NEW
BIBLIOTECA